

Selección de textos

Miguel Albero

Miguel Albero, Cuento inédito : SAÍRTEMIS

El capitán Omega subió al puente de mando, y tras comprobar que los indicadores daban fe de que aún había vida en la estación KL357, dejó de pensar por un momento en el enemigo, y su mente se detuvo en la imagen del cuerpo desnudo de la teniente Trescetas, una imagen que era sólo desideratum, y no reflejo de lo visto o gozado.

A Teresa Parrondo (a ella y a sus alumnas) le quedaban dos horas para el seminario sobre Cortázar. Tenía la pantalla del portátil abierta como escudo protector, y una montaña de libros cubría los flancos laterales. Aun así, no se sentía segura en la biblioteca y, pese a que el ejemplar de “Objetivo la Tierra” estaba convenientemente forrado con un papel que hacía invisibles sus solapas, Parrondo leía las desventuras del capitán Omega como si leyera “El Manifiesto Comunista” en la España de 1960, aunque la prosa fuera en este caso más ágil y la peripecia favoreciera el interés. Es esa emoción del que experimenta lo prohibido, ya venga la prohibición de quien tiene medios para imponerla, o sea uno quien se marque los límites y concluya que su afición es manifiestamente inconfesable. Este último era el caso de Teresa Parrondo, porque no estaba en España ni en 1960, sino en 1997 y en Wellesley College, prestigiosa Universidad femenina y americana, donde leer noveluchas de ciencia ficción no estaba expresamente prohibido, como no se prohibía a las alumnas llevar ropa que no fuera de marca conocida.

Parrondo llevaba cinco años enseñando en Wellesley literatura hispanoamericana, con esa disposición de medios y tendencia a la especialización tan propia de las universidades del país, que hacen que el alumno pueda apuntarse a un seminario sobre Max Aub, y descubrir con estupor que España está al otro lado del océano y además ha sufrido a lo largo de su historia algún que otro conflicto civil. Esta vez era un argentino alto y desgarbado quien esperaba con sus cronopios a las estudiantes, pero aún faltaba tiempo y Teresa podía dedicarse por entero a su único vicio conocido. La verdad es que últimamente lo hacía con excesiva frecuencia. Acababa de descubrir un filón en la serie dedicada al capitán Omega, que con el preocupante título de LA TRAVESIA INFINITA, amenazaba con no dejar nunca de faltar a la cita con sus lectores. Había comprado por internet las veinte primeras entregas, y en sólo tres días había ya mediado una dosis que pensaba le iba a durar todo el invierno.

Veinte volúmenes son muchos volúmenes para tanta travesía, con el único combustible del capitán Omega, la nave que va, el enemigo que acecha, y toda una colección de especies inventadas que habitan en remotas galaxias, y que han sustituido a la caduca raza humana en el control de nuestro planeta. Al hombre le cuesta imaginar mundos distintos al suyo, y al creer inventar uno nuevo no hace sino reinterpretar el único que conoce, y así los seres de otros lares tienen siempre forma de tortuga, cabeza de hormiga, o una piel viscosa que se parece demasiado a la de un lagarto. Si a esta limitación añadimos las propias de Roger Williams, autor de esta obra nada singular, comprenderán que estamos ante un producto de difícil digestión. Para facilitar ésta, Williams viste a sus personajes con uniformes que son skijamas, y adorna la narración

con toda suerte de tecnicismos de revista de divulgación científica, además de una nutrida selección de las sentencias de calendario que ha ido recopilando. Algo tiene de bueno que los años pasen, cada vez que llega uno nuevo llega con él el calendario, y en él las frases con las que rellenar tantas horas sin que nada pase en la estación KL357. Pero como las sentencias se caracterizan por su brevedad, y la imaginación de Williams no da para mucho más, el folletín termina volviéndose verdadero folletín, y arrecian los encuentros amorosos y se multiplican las escenas de cama, con mucho adjetivo y algún término de anatomía recién rescatado del diccionario. Y es que el problema de este tipo de historia es que todo sucede en el interior de la nave, y ya se sabe, los espacios reducidos son el mejor alimento de la lujuria. Así, sin pretenderlo, la TRAVESIA INFINITA suma a lo cutre de la ciencia ficción el morbo de lo casierótico, produciendo un cóctel de efectos devastadores, al que alguien de vida ordenada como Parrondo apenas podía resistirse.

Pero todos tenemos nuestros vicios, y no seré yo quien condene a Parrondo por el suyo, que además servía para dar de comer a Williams y a toda su prole. Allí estaba ella, respetada profesora de edad casi madura, siguiendo con ansiedad los pasos del capitán Omega, que parecía ahora decidido a que su relación con la teniente Trescetas pasara de la teoría a los hechos. Parrondo miró su reloj y pensó que la Maga podía esperar aún diez minutos. La prosa comenzó a acelerarse, a medida que se aceleraba el corazón del aguerrido capitán, y se acercaba la hora feliz de quitarse el skijama; el poliéster no es amigo de la transpiración, y ésta, puede estar contenida pero no desaparecer. De pronto, en medio de los cuerpos que se juntan, los labios que son uno, la irresistible llamada de la carne, el párrafo inesperado, el que está tan fuera de lugar como el capitán Omega en Wellesley College:

Al destino le agradan las repeticiones, las variantes, las simetrías; diecinueve siglos después, en el sur de la provincia de Buenos Aires, un gaucho es agredido por otros gauchos y, al caer, reconoce a un ahijado suyo y le dice con mansa reconvencción y lenta sorpresa (estas palabras hay que oírlas, no leerlas): "¡Pero che!". Lo matan y no sabe que muere para que se repita una escena.

Parrondo levantó de golpe la vista del libro y miró a su alrededor, como si lo que acababa de suceder requiriera una explicación externa. Volvió a leer. Era Borges, eso era Borges, pero, ¿qué hacía Borges, con su sonrisa de ciego burlón y su forma de hablar entrecortada, en la estación KL357? El párrafo que acabo de transcribir no aparecía en la cursiva que yo he empleado para distinguirlo del resto. Estaba allí, tal cual, aunque nada tuviera que ver con la frase anterior, y aun menos con la siguiente, en la que por fin (habían hecho falta doscientas páginas) Trescetas se entregaba sin reservas al capitán, y los jadeos se oían en toda la biblioteca, que para ellos también había sido larga la espera, convivir con quien se desea puede llevarnos a la locura si no le damos salida a tanta pasión.

Tras dedicarle al asunto otros tres segundos de reflexión, Parrondo acometió la lectura diagonal del resto del volumen, buscando otra cita de Borges, o alguna pista que aclarara lo que únicamente podía calificarse como una aparición. Al seminario de Cortázar llegó tarde, con la lengua fuera y el ánimo crispado, porque con la misma voracidad con la que había terminado "Objetivo la Tierra" (perdiéndose el jugo de los

varios encuentros amorosos del capitán y la teniente en casi todos los lugares posibles de la estación), ultimó el otro ejemplar de la serie que llevaba en la cartera, sin encontrar ninguna mención a Borges, ni a Buenos Aires, ni al gaucho que muere para conformar una simetría. Esa noche en casa leyó con igual frenesí el resto de la colección que obraba en su poder, y cuando apagó la luz a las cuatro de la mañana, su cabeza hervía de Alfas, Gammas y revolcones interplanetarios, aderezado todo con la extraña sensación de que alguien le estaba tomando el pelo.

Al día siguiente en la ducha, y sin que su pensamiento pudiera ocuparse con otra cosa, creyó encontrar la solución al enigma. Simetrías, repeticiones, variantes. Había equivocado su línea de trabajo. Debía acudir a Borges, sería Borges, al que ahora sólo imaginaba con el skijama del capitán Omega y unas largas y finas patillas muy de moda en la estación, quien le ayudaría a resolver el problema. Releyendo el texto aparecido, Parrondo pensó que era incluso demasiado borgiano para ser de Borges; la forma de adjetivar, esa cadencia como si leyera en voz alta y despacio, las simetrías que son espejos. Tal vez era la broma de algún seguidor, los peores son siempre los partidarios. Para salir de dudas pidió en la biblioteca las obras completas (no tenía clase esa mañana) y esta vez sin parapeto alguno se puso a leer como una loca. Al cabo de un par de horas, cuando los tigres, los laberintos y las espadas habían ocupado el lugar de toda esa estética de grandes almacenes que había creado Williams, Teresa cayó en la cuenta de que alguien podía ayudarla en la pesquisa. Patricia Peckerman era profesora de matemáticas y borgiana militante. Como no podía enseñarle el lugar del hallazgo (¿qué hacías tú allí para encontrar eso?) copió en un papel el texto y se fue corriendo al despacho de Patricia. Esta vez no había errado el disparo.

- “El hacedor”- dijo Patricia sin tan siquiera quitarse las gafas con las que ocultaba su supuesta timidez- Es un textito de “El hacedor”. La muerte del gaucho es la muerte de César. Creo que se llama “la trama”, pero si querés te lo miro ahora mismo.

Teresa Parrondo no dejó tiempo para que su compañera saboreara su victoria. Le dio las gracias con un- sí, claro, “El hacedor”, sabía que tu me ayudarías- y salió disparada hacía su despacho. Allí guardaba en la estantería un ejemplar de “El hacedor” sin forrar. Esos eran los libros que sí podían mostrarse en Wellestley, los que uno debía lucir si quería que la comunidad académica lo tuviera por uno de los suyos. Se lo había regalado un antiguo novio, un profesor español que estuvo un año dando clases en Boston, y que le dejaba muy claro en la dedicatoria, que firmaba como si él fuera Borges, que su relación no tenía el menor futuro: “A Tere con amistad, su siempre amigo, Manuel”. Tere, Parrondo, se acordó de la dedicatoria pero no volvió a leerla. Fue directa al índice y de ahí a “La trama”, donde encontró por fin la pieza que le faltaba a ese puzzle de dos que llamamos simetría. Porque en ese cuento de una página, no sólo estaba el párrafo que alguien había robado para incrustarlo en “Objetivo la Tierra”, sino dos frases que no eran de Borges, y que tampoco esta vez aparecían en la cursiva que distingue lo propio de lo ajeno.

“Trescetas no tardaría en ceder. El capitán Omega sabía por su mirada, que ella también lo deseaba con pasión irrefrenable, y que si hasta ahora había mostrado indiferencia, era sólo porque pensaba que así lograría antes su propósito.”

Leído el texto, Parrondo respiró tranquila, que es lo que hace todo simétrico cuando completa una simetría, aunque el completarla no suponga encontrar explicación a lo vivido. Ocurre como con los crucigramas, en los que el sentido pasa a dejar de importar lo más mínimo, y lo único que verdaderamente cuenta es llenar de letras las casillas en blanco, y cubrir así tanto vacío. Sólo por un momento, Parrondo se preguntó por el autor de semejante juego, y a su cabeza acudió la imagen de Manuel García, ese novio sin porvenir que le había regalado el libro. Imposible que él fuera el responsable de todo aquello. No podía conocer la existencia de las obras de Williams, y cambiar la edición de un libro de Borges era una empresa inalcanzable para sus escasos recursos, materiales y mentales. La imagen le trajo el recuerdo de aquel año, los paseos por el campus, las salidas a cenar, y esa costumbre intolerable de sacarse cera de las orejas con las llaves del coche. Dos fueron las conclusiones de tan breve reflexión: una era que la simetría no era obra de Manuel; la otra, que el mundo universitario estaba lleno de tarados.

Fue así como Teresa Parrondo, en una mañana de invierno y en un lugar nevado de Massachusetts, concluyó su primera simetría. Luego vendrían más, la vida se le llenaría de simetrías, hasta el punto de ser éstas las que marcaban el paso del tiempo, y no los años, ni las estaciones, ni los cada vez más breves cursos académicos. Como sucede a todos los simétricos aunque por distintas razones, Parrondo decidió no contarle a nadie su secreto, y dejó de buscarle explicación, salvo la que supone que llegue una nueva simetría, que vuelve a generar la emoción suficiente para seguir viviendo, y así la ansiedad por encontrar lo que se persigue sustituye a la necesidad de comprenderlo. Desde ese día buscaba las simetrías mientras leía, y terminó leyendo para encontrarlas. Lo difícil para el simétrico es el periodo de ayuno, porque las simetrías, o la primera parte de ellas que precede inevitablemente a la segunda, aparece siempre donde uno menos se lo espera, y si se pretende atrapar se nos escapa, como ocurre cuando buscamos el teléfono de un amigo, y encontramos ese recibo que nunca supimos localizar, y cuando queremos dar con otra cosa, nos topamos con el dichoso teléfono, pero ya no nos sirve, nuestro amigo se ha mudado, o ya no queremos hablar con él. Así, Teresa Parrondo se pasó meses leyendo las obras completas de Williams (que incluían 200 entregas de una serie del Oeste y 150 de una policíaca ambientada en el Chicago de hoy) y nada sacó en claro, salvo un odio profundo hacía la prole que obligaba al autor a semejante logorrea, e imponía de paso a los personajes una insólita promiscuidad, destinada a mantener el pretendido interés de la narración. Sólo cuando se dio por vencida y hablaba sin saberlo con frases prestadas del capitán Omega (que eran curiosamente las mismas que las de los otros dos protagonistas) apareció la segunda simetría, y no en un libro, y sí en la carta de un restaurante de Boston.

Parrondo había quedado a cenar con una amiga en un local supuestamente español que era la novedad de la temporada. La decoración ya anunciaba lo peor, lo peor cuidado hasta el último detalle, y en ella se mezclaban con perfecta naturalidad un sombrero mejicano con un cartel de toros de Linares, presidiendo el local una enorme y descolorida fotografía de Las Hurdes, cuando Las Hurdes eran Las Hurdes, y había que viajar hasta allí para constatar que no todo el monte es orégano. La carta, que Parrondo comenzó a leer con entusiasmo al comprobar que el gazpacho convivía con el guacamole y la paella con los burritos, le iba a deparar lo inesperado. Allí, y en el

apartado consagrado a los entrantes, junto al jamón ibérico y a los nachos, aparecía la única frase en español, escrita en mayúsculas, y sin tener nada que ver con las sugerencias del chef ni con el menú de temporada:

APARECIO MI ALMA COMO DE LA COROLA DE UN LIRIO.

El verso no llevaba firma, pero esta vez Parrondo no tuvo que acudir a nadie para averiguar el autor, porque estaba dando entonces un curso sobre Rubén Darío, y tenía fresco ese poema, como fresco tenía aquel en el que los suspiros abandonan involuntariamente la boca de la aspirante al trono. Al leerlo, miró a su alrededor como el día de la biblioteca, pero ahora sabiendo ya que estaba frente al comienzo de una simetría, y así la sorpresa dio paso al alivio que supone dejar de esperar si no se sabe exactamente qué se espera. Eso sí, cuando el maître llegó a tomar nota, perfectamente dispuesto a explicar la composición del ajoblanco, se encontró con la pregunta directa de Parrondo sobre el texto sin receta y, como un maître no debe nunca manifestar más ignorancia de la debida, también para eso tenía respuesta.

Lo que vino a llamar “el poema”, había sido una sorpresa descubierta al recibir las pruebas del tipógrafo. Desconocía cómo había aparecido en el menú, dando como posibles explicaciones los famosos duendes de la imprenta, o el origen mejicano de la familia que la regentaba. El caso es que al propietario (esta vez del restaurante) le hizo gracia la cosa y ahí la dejó.

Parrondo escuchó la explicación como si le estuvieran contando las variedades de helado de la casa, y, en lugar de pedir dos bolas de vainilla y fresa, reveló al empleado, sin despojarse tampoco ella de sus gafas, que lo que se había colado en la carta era un verso de Darío. Dicho lo cual, tras informar a su amiga de que el taco no era una especialidad vasco-navarra, pidieron margaritas para celebrar el hallazgo, y se dejaron aconsejar en lo demás por el amable caballero, resultando al final la cena agradable en su conjunto, toda vez que después de tres margaritas cualquiera cosa sabe a gloria bendita.

Al día siguiente la resaca no pudo con el cumplimiento del deber, y Parrondo se zambulló en Darío para encontrar su media naranja. Tampoco esta vez acertó a la primera, y tuvo que esperar a corregir los ejercicios de las alumnas para dar con el resto del cítrico. Susan Wilson era sin duda la más brillante de la clase, consistiendo su brillo en que entendía perfectamente los textos a analizar, o por ser exactos entendía perfectamente lo que los profesores querían que ella entendiera de los textos. En este trabajo sobre Darío volvía a dar en la diana, pero en medio de las agudas reflexiones, y tampoco esta vez en cursiva aunque sí en mayúsculas, podía leerse claramente la palabra COCIDO, junto con una descripción de tan ligero manjar, a la que se añadía al final una cifra en dólares, que era lo que los comensales tenían que abonar si querían degustar un plato de garbanzos duros, sopa de sobre, y tocino de Vermont. Convocada la alumna a su despacho, Parrondo le mostró el ejercicio que ella leyó con perplejidad, para afirmar después que efectivamente ésa era su letra, pero que no recordaba haber escrito semejante cosa, permitiéndose añadir que el precio le parecía disparatado para un plato con ingredientes tan básicos. El sentido de la simetría volvía a escaparse como una sabandija, pero la simetría era por fin simetría, y Parrondo se quedó satisfecha, le

dijo a Susan que la morcilla (es decir el cocido) no iba a costarle una rebaja de la nota, y así todos contentos, y además sin malas digestiones.

Las simetrías siguieron apareciendo en la vida de Parrondo, con la precisa impuntualidad que hacía mantener el interés y también el misterio. Cuando yo la conocí andaba ya por la octava, y esa octava fue la que se cruzó con mi vigésima, con la que iba a poner punto final a mi serie para siempre. Un quince de marzo se publicó en El País un anuncio que debió de sorprender a casi todos sus lectores. BUSCO GUIAS TELEFONICAS DE MADRID DE 1980: PAGO BIEN. El anuncio no decía el tipo de guía, pero yo sabía que lo que el anunciante estaba dispuesto a comprar era la página 2345 de la guía de calles, porque ésa era la página que yo tenía. Vaya si la tenía. La había arrancado del ejemplar que conservan en la sede de Telefónica de Fuencarral, a dónde había acudido llamado por el deber. Soy investigador privado, que suena a novela de Williams, pero es oficio digno y bien remunerado, aunque el misterio se limite muchas veces a confirmar lo que otros ya saben, mi marido me engaña, mi secretaria le está pasando papeles a la competencia. Necesitaba averiguar un paradero pasado, o si prefieren comprobar que una persona había vivido en un determinado inmueble en 1980. Entenderán que no sea demasiado prolijo en los detalles, no necesito extenderme en lo narrado como Williams, que prole no tengo y vivo de mi trabajo y no de esto. El caso es que fui a Telefónica y encontré lo que buscaba, aunque también aquello que era el principio de una serie de dos, la primera parte de lo que sólo tiene dos partes. Yo ya había perdido entonces el entusiasmo de las primeras simetrías, y seguía completándolas por inercia, o tal vez por deformación profesional. Así que cuando me topé con lo que ahora paso a transcribirles, no experimenté emoción, y sí el hartazgo de quien que vuelve a comprobar que se ha salido por enésima vez el agua de la lavadora.

La lámpara el cuerpo es el ojo. Si tu ojo es limpio todo tu cuerpo será luminoso.

Las frases sonaban a proverbio chino encontrado en un pastel de improbable digestión, y desde luego no sonaban a nombre, apellido y teléfono, que es la literatura de la que están hechas las guías telefónicas, que tampoco necesitan recurrir al experimentalismo narrativo de Williams para conservar a sus lectores. Para que quedara claro que yo era el único destinatario deseado del acertijo, el texto aparecía justo debajo del nombre que yo andaba buscando, e iba seguido por otro apellido de un vecino de mi investigado, que vivía casualmente en el mismo inmueble, en el año de edición del elenco.

Cuando se publicó el anuncio, ya habían pasado casi dos meses desde mi visita a la sede de Telefónica, y yo estaba ya desesperado por no encontrar al autor de lo hallado. Llamé al número que allí figuraba, y tras explicar sin ser preguntado que no tenía la guía entera sino la página 2345, fui directamente convocado esa tarde en el Vips de Velázquez. Parrondo se identificó como profesora de Universidad, y me dijo que al día siguiente se iba del país y tenía que verme antes a toda costa. Al preguntar yo cómo nos reconoceríamos, la anunciante contestó sin dudar cuanto sigue, como si fuera ella la investigadora privada y yo un mero confidente:

- Llevaré en la mano un ejemplar de Alfanuhí, de Sánchez Ferlosio. Tal vez ese libro valga su página.

Como el lector ya ha adivinado, allí estaba yo en el Vips a la hora convenida, y allí estaba también Parrondo, esgrimiendo el ejemplar prometido en una de las mesas más recogidas del local. Intercambiamos nuestros cromos sin decirnos palabra, y mientras ella sonreía, yo comprobé cómo en la página a la que me dirigió un pliego indicativo, estaban las frases que yo encontré en la guía, además de quince nombres, apellidos y teléfonos de vecinos de mi investigado, que se habían colado en la narración con la brusquedad con la que nos despierta un teléfono a media noche.

Después de confesar nuestra condición y completar de paso nuestras simetrías, Parrondo inició el relato pormenorizado de las suyas. Había encontrado por fin alguien a quien podía contar lo que siempre había callado y, con casi el mismo detalle que les he transmitido, me fueron descritas cada una de sus aventuras con segunda parte. Yo fui mucho menos locuaz; mi profesión me ha hecho tender al laconismo, o tal vez fue éste el que me llevó a hacer lo que hago, o al menos a hacerlo bien. Me permití (de nuevo deformación profesional) grabar nuestra conversación, y con esa grabación y algún que otro adjetivo he reconstruido su historia. Parrondo insistió en que le diera mi número de teléfono, ahora que por fin había encontrado a un alma gemela debíamos seguir viéndonos sin falta, convertirnos en confidentes, en amigos. En su entusiasmo y en su manera de mirarme, creí ver intenciones que iban más allá de la voluntad de intercambiar experiencias simétricas. Sin duda fue presunción por mi parte; soy perspicaz cuando se trata de juzgar lo ajeno, pero a veces como si a mí me afecta lo que deduzco. Le di un número falso (el nombre que le había dado ya lo era) y ella se despidió con dos besos y un hasta muy pronto, encaminándose a la puerta del Vips sin retirar su mirada de la mía. Después de unos pasos cayó, suplicando por dentro pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra, y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras.

Este final de nuestro breve encuentro no resulta sorprendente sólo para quien lo lee. También para quien lo vivió, para quien lo ha escrito, porque mi recuerdo no conduce en ningún caso a ver a Parrondo desplomarse cual montón de guijarros, y sí a salir tranquilamente del Vips, al menos con la misma tranquilidad con la que yo me retiré minutos más tarde. Pero eso no es lo que aparecía en mi relato, lo que descubrí cuando pasaba al ordenador aquello que era todavía manuscrito. Como le ocurrió a la alumna de Parrondo, la caligrafía era mía, pero eso era lo único que yo reconocía en el texto. Cuando emprendí la tarea de escribir esto que ahora leen, un poco por contar al mundo la historia de los simétricos, y otro mucho por satisfacer así mi vocación de escribir, nunca pensé que podía existir una tercera razón, y esa razón eran las propias simetrías. Por eso este final es muy distinto del que yo había concebido, no siempre tiene uno la libertad para escribir lo que quiere.

Sólo después de haber leído cien veces la salida de Parrondo del Vips, caí en la cuenta de que eso no era la salida de Parrondo del Vips, sino un cuerpo extraño, como extraño es que nos aparezca un pedazo del menú de un restaurante en un trabajo universitario. Y si yo no era el autor de ese texto, alguien debía haberlo escrito, convirtiéndome a mí en mero copista, escribiente o transcriptor de frases ajenas.

Estaba pues, delante de otra simetría, y entonces se imponía buscar al autor y allí encontraría la otra parte, la que sacia nuestra curiosidad y nos deja tranquilos. La pesquisa fue larga, y únicamente di con la solución al reparar en el tono definitivo del texto, que me llevó a rastrear entre finales de obras conocidas. Cuando supe que era el final de Pedro Páramo, mi alma de investigador y mi condición involuntaria de simétrico, reposaron relajadas un instante. Luego vino la zozobra, porque el simétrico prosiguió su tarea, que no era otra que encontrar algo en Rulfo que cerrara la simetría. Y ese algo no podía ser de Rulfo sino mío, tal vez esta frase que ahora concluyo. Confiado por la brevedad de la obra de Rulfo y la casi inexistencia de la mía, leí cuanto escribí, tratando de encontrar esa frase que me diera la razón y provocara el sosiego de otras veces, pero nada encontré de este relato (porque yo sólo he escrito este relato, y ni siquiera lo he acabado aún) incrustado entre los párrafos de otro argumento.

Por fin (hace apenas tres meses) resolví el misterio, cuya solución no estaba en una edición olvidada de las obras completas de Rulfo, y sí delante de mis propias narices. En mi descargo diré que no se encuentra uno todos los días con la verdadera simetría, la que excluye las otras, la que pone fin a la serie, porque una vez que se completa ya no hay más. Y es que sí había algo mío en la obra de Rulfo, y no era otra cosa que el párrafo que escribí y luego leí y releí pensando que no era mío. Con todas sus letras y cada una de las sílabas que éstas formaban, allí estaba en Pedro Páramo un trozo de la historia de las simetrías, del mismo modo que en esa historia que es este cuento hay un pedazo de Pedro Páramo. El círculo se ha cerrado al fin. Es redondo y perfecto, no es espiral, tampoco elipse. Si lo cruzamos por el centro con una línea recta y miramos a cada lado, las dos mitades de la naranja son iguales, no serían de otra forma mitades. Pero un círculo con una recta que lo atraviesa no es sólo una simetría. Es también la definición del conjunto vacío. Y es así como me he quedado yo, hueco por dentro y además sin compañía. Solo.

CRUCES

I

MANCHA DE CUYO NOMBRE NO QUIERO

La inabarcable biblioteca de la familia Ambrosini, conocida como *La mutilata*, deslumbraba a quien entrara en la pieza por su inmensidad, pero ocultaba a primera vista su rasgo distintivo. El responsable de la mutilación había sido el general Gian Carlo Ambrosini, quien a principios del siglo pasado había vendido la residencia familiar a un millonario americano para comprar y reformar una todavía más grande, donde dedicó un inmenso espacio a la biblioteca para que todos sus libros pudieran contenerse en un solo ámbito. El carpintero encargado de la obra tomó mal las medidas, construyendo anaqueles que resultaban demasiado estrechos para albergar los libros, por muy estrechos que éstos fueran a su vez. En un arrebato de desesperación, tras haberse peleado durante la interminable reforma con una larga lista de personas que abarcaba al arquitecto, al constructor y a los obreros y no excluía a su propia esposa, el general Ambrosini decidió cortar por lo sano, y en lugar de encargar al carpintero una nueva biblioteca, guillotiné los libros para que cupieran en los anaqueles, aplicando de forma estricta el dicho que reza que ojos que no ven corazón que no siente, dicho que se cumplía siempre y cuando uno no se aventurara a abrir alguno de los volúmenes.

Mientras repasaba unas navidades tristes el olvidado álbum familiar, Sara Lonja descubrió con sorpresa que tenía una hermana gemela, que esa niña con los mismos vestidos que aparecía en cumpleaños, comuniones y viajes no sólo era un calco de la otra niña, era necesariamente parte de la familia.

La delirante decisión del general no sólo supuso la destrucción parcial de ejemplares de enorme valor histórico sino que marcó el destino de la siguiente generación familiar. Y es que los cuentos ya no empezaban por *Había una vez* y sí por la frase siguiente, y

las oraciones ya no se regían por las reglas clásicas sino que terminaban en el aire como un equilibrista que ha seguido caminando terminada la cuerda floja, o añoraban el encabezamiento hasta la incomprensión, o quedaban cercenadas en su interior por el mismo medio, si a la pobre frase le había tocado en suerte cambiar de línea sin haber dicho todo cuanto tenía que decir.

Al recorrer de nuevo, ahora ya con lupa y angustia el álbum de fotos, Sara Lonja observó cómo la casa que aparecía tras las figuras en las fotos del jardín en nada se parecía a aquella retenida en su memoria, y no es que como sucede habitualmente lo recordara todo más grande, es que no recordaba esa casa, y hasta podría jurar que nunca habían tenido jardín.

Los resultados de la obligada lectura incompleta, a la que el general sometió a sus cuatro hijos con disciplina militar, como si con ese gesto negara su estúpida conducta, fueron del negro al blanco sin pasar por ninguna gama de gris. Los dos hermanos mayores, Ilide y Gian Franco, crecieron en la incertidumbre lingüística, y pese a los esfuerzos posteriores de la enseñanza reglada, desarrollaron un carácter refractario a la letra impresa, pues la falta de lógica impuesta por el corte paterno consiguió que nada entendieran de la sabiduría o la emoción contenida en los libros. Sin embargo, a los más pequeños, Tommaso y Leonardo, las ausencias irreparables, en lugar de hacerlos recelar de la palabra escrita, les permitieron desarrollar una imaginación sin límites, y se volvieron lectores habituales de lo sesgado. Entre los dos jugaban por ejemplo a comenzar las frases con las más variadas propuestas, o a buscar la rima a los sonetos, donde los endecasílabos se habían vuelto heptasílabos sin rima. Terminaron viviendo en un mundo propio, únicos lectores capaces de disfrutar del legado familiar, y hasta se compraron una enorme guillotina con la que adecuaban a sus gustos sus adquisiciones literarias. También Sara Lonja podía haber acabado en un mundo propio, el propio de quienes han perdido el juicio, pues en un nuevo repaso al viejo álbum no reconoció tampoco a sus padres. Sólo volvió a pisar tierra firme cuando su marido llegó del trabajo, y al verla demudada con el álbum abierto y la mirada perdida, le preguntó si tanta emoción le había causado el álbum de fotos de los vecinos, lo trajo Cristina ayer, aclaró, quiere que veas que era niña bien de familia de posibles, ahora que los pobres no tienen un duro.

II

ESPEJOS DE OTRO TIEMPO

Tras esperar una eterna media hora, bien acompañada por la paciencia y un silencioso grupo de turistas alemanes, Heather Wheataker pudo por fin entrar en la capilla de los Reyes Magos del Palacio Medici Riccardi, y dejarse invadir por el encanto de las dimensiones, la sorpresa deslumbrante de los colores y el carácter casi clandestino de la pequeña habitación. Buscó los Reyes y vio primero al fondo a Baltasar, el Mago adulto, negro el vestido sobre un caballo blanco y dorado. En la pared de la izquierda encontró otro rey, esta vez Melchor, el Mago anciano, luciendo un lanoso poncho blanco tejido con su propia barba. Y para que ninguno faltara a su cita, tres eran tres los Magos de Oriente, descubrió en la pared de la derecha al joven Gaspar, también él a caballo, sobre cuya imagen se perdía la montaña hacia el cielo, un sendero infinito subiendo hasta las nubes. A su espalda, en una esquina y detrás de una fila de cabezas de caballos sin cuerpo, Heather reparó en la acumulación de rostros, cuarenta personas mirando cada una a ninguna parte, cuarenta retratos sin cuello. Se fijó en uno que mira al turista, cuyo nombre figura escrito en el tocado, como si Benozzo Gozzoli fuera la marca de la gorra y no el autor de la capilla, el maestro a quien encargaron esta delicia en colores. A su lado, y entre dos rostros tostados con expresión de sorpresa, Heather Wheataker, la editora inglesa que visitaba por primera vez Florencia, se dio de bruces con su cara, con su propia cara, con cada una de sus arrugas en su lugar exacto, y el lunar sobre el labio superior que había heredado de su madre.

El caballete inmóvil, la silla de lona, el cielo despejado. Como cada día desde los últimos cien, Néstor Donoso se sentaba frente al volcán de Villarrica, una forma perfecta que también subía hasta el cielo, para luego bajar con suavidad y cubrirse de nieve sin grises. A modo de guinda de postal, una mancha blanca se mecía sobre su cráter y nos hacía dudar, pues bien podía ser nube pero también humo. Como cada día, y más desde que enero había convocado a los turistas con su buen tiempo, un grupo de curiosos se juntaba a sus espaldas, mirando alternativamente al volcán, sobre el que Donoso fijaba su vista cuando levantaba la cabeza del cuadro, y al lienzo, donde el pintor de Chiloé completaba, en los intervalos en los que dejaba de mirar al Villarrica, el retrato ecuestre de su madre muerta.

La visita no duraba más de diez minutos, el grupo que esperaba empujaba, y los turistas alemanes salieron hablando en voz alta, había merecido la pena hacer cola para ver esa joya escondida de Florencia, ayer ciudad espléndida, hoy atestado parque temático del Renacimiento. Heather Wheetaker compró al salir la guía, y en la calle, detenida entre peatones que también empujaban, buscó el lugar donde había visto su cara, esperando que la fotografía desmintiera el equívoco y fuera otro el lunar y otros los ojos.

Néstor Donoso terminaba su ceremonia particular sobre las ocho, ajeno al murmullo de los turistas, incapaces de encontrar relación entre el modelo natural del volcán de Villarrica, y la imagen elegante de una mujer a caballo, cuya sonrisa apenas dibujada era ella también incapaz, esta vez de ocultar una infinita tristeza. Recogía el caballete, guardaba las pinturas, pasaba una vez más los dedos de su mano izquierda por el pelo denso de la nuca, y se retiraba despacio, no sin antes mirar al volcán una última vez, casi con sorpresa, como si hubiera aparecido de pronto frente a él.

Sin avisar ni a turistas ni a lugareños, la lluvia se hizo presente en Florencia con estruendo, y comenzaron a aparecer como salidos de debajo de los adoquines, pequeños individuos asiáticos armados de una enorme sonrisa y unos diminutos paraguas negros para vender. Heather Wheetaker, apenas se dio cuenta de la presencia del agua y de su remedio, se había quedado mirando la página con su rostro, pensando en su madre de quien sólo le quedaba el lunar. No pudo ver a los vendedores, ni se percató de la gota de lluvia que recorría su frente, la misma gota que recorría el papel satinado de su guía a color, haciendo que sobre el rostro que era su rostro cayera también el agua de marzo. Con la lluvia se fueron los turistas pero no Néstor Donoso, sentado con un enorme paraguas negro que protegía el lienzo del agua frente al volcán Villarrica, esperando que en algún momento se abriera el cielo y apareciera la elegante silueta de la montaña de fuego, para encontrar en ella, en algún resquicio de su luz, la expresión del rostro de su madre muerta, en ese día en él que fue feliz, en ese día en que el sol brillaba, y las caras de los vivos tanto se parecían a las caras de los muertos.

III

ES MEJOR SER PUNTUAL

El gordo Storani miró su reloj de oro, correa también de oro y agujas del mismo metal. ¡Pucha!, fue lo único que alcanzó a decir, llegaba tarde, ésa era la realidad, la que había constatado al mirar el Longines, aunque a esa realidad iba a sucederle otra y muy pronto, se lo llevó un auto por delante en San Martín y Espejo, una camioneta Suzuki lo volteó con violencia de todoterreno, y al suelo se fue, ahora sí que llegaría tarde a lo de Marita Navarro, terminarían el asado con sobremesa y él seguiría sin aparecer.

Como si la espera fuera obligación que no entendiera de fuerzas mayores, Giorgio Lamalfa seguía aguardando en su carnicería de Via Sicilia la llegada inminente desde hacía horas de Adriana del Cornó. Roma cerraba sus comercios con júbilo de verano, de sol en franca retirada hasta el día siguiente, y en las caras de quienes paseaban se podía ver el cansancio de la jornada y la alegría del ocio que es también fresquito. Adriana del Cornó no estaba ya entre los paseantes, y no iba a llegar a por sus florentinas, un ataque al corazón le iba a impedir ya cualquier desplazamiento y no sólo a por la compra, tirada la había dejado en la acera de Via Garibaldi, cuando iba a recoger a su hija a un cumpleaños en el Giannicolo. Las florentinas, cortadas y envueltas la esperaban, también lo hacía Lamalfa, con más ganas de entregar el pedido que de echar el cierre para irse al Circolo a ver el partido de la Roma.

Los invitados a lo de Marita seguían con el aperitivo interminable, mientras el matambre y las costillas, y no digamos las mollejas, esperaban pacientes, les habían retirado las brasas más bravas, y ahora era sólo calorcito para que no se enfriaran, calor que no quema, sol de las siete de la tarde, para ése no hace falta crema protectora. Tirado él en la vereda, rodeado por curiosos entre los que no estaba el culpable de su estado, Storani miraba al cielo, sin poder ver ya las agujas de oro de su reloj de oro, con correa del mismo metal, seguro de haberse partido el espinazo, moverse no podía, la hora ya daba igual. Quién se acuerda de un asado cuando no siente piernas ni brazos, quién piensa en los demás cuando la vida ha decidido dejarlo a uno sin derecho a moverse.

Cansado de esperar, con el agotamiento nervioso que procura el aguardar sin respuesta, Lamalfa devolvió las florentinas a la cámara frigorífica, cuando la ambulancia conseguía llegar entre el tráfico al Trastevere, y llevarse ya sin remedio a Adriana del Cornó. La única que continuó la espera fue su hija, nadie fue a buscarla al cumpleaños, aunque en verdad también esperaban los invitados al asado en lo de Marita Navarro, lo hicieron hasta las tres, y entonces se sentaron por fin, la carne ya no estaba en su mejor momento, tampoco el gordo Storani vivía sus horas más felices, llegar a tiempo es a veces lo de menos, ser impuntual quiere decir que uno ha llegado.

IV

POR LA VIDA PASA UN TREN

Freddy Wilson quiere ser escritor. Tiene veinte años. La vida de todos los escritores que admira es trágica y profundamente infeliz. Desamor, desamparo, desesperación, desconsuelo. Antes de escribir una sola línea, para recrear el ambiente propicio y empezar con buen pie y las mismas letras, decide lanzarse de lleno a la

desdicha. Llama a su novia para comunicarle que la deja, abandona la casa familiar sin una muda limpia, se va a vivir al centro a una pensión de buena muerte. En los días que siguen no se lava, bebe sin moderación, frecuenta tugurios donde no son raras las peleas, comprueba como en éstas abundan navajas y pistolas.

Una vaca adulta mastica moviendo la mandíbula en círculo y mira al infinito. La vaca adulta tiene cara de paisaje, su mirada sin fondo parece haberse impregnado del panorama que no ve, como si la inmensidad de las montañas que la contemplan le hubiera otorgado a su vista el vacío de lo insignificante. Durante un segundo en el que casi parece fijarse en algo, la vaca detiene la operación de masticar, pero luego la reanuda, mecánica y cansina, igual e implacable.

A las dos semanas de abrazar la vida literaria sin letra impresa, Freddy Wilson se sienta en una cafetería con algo de luz y reflexiona sobre su decisión. La ropa le apesta, quisiera darse una ducha, ayer le han partido un vaso en la cabeza, y un hilo de sangre seca le recorre la cara. Llama a su novia para reconciliarse, vuelve a casa, se ducha, pide perdón a sus padres por su comportamiento. No volverá a repetirse, no os preocupéis.

La vaca ha terminado de engullir lo que su boca llenaba, y ahora, durante otro segundo interminable, vuelve a mirar sin ver el horizonte. Luego baja la cabeza con parsimonia, y con ella bajan las moscas que la rodean, y sobre el pasto se inclina para arrancar un ramillete de hierbajos que aún sobresalen por las comisuras de la boca.

Freddy Wilson ha vuelto a la universidad. Estudia económicas. Cumple con los ritos familiares, sale los fines de semana con sus amigos, hace deporte. Su padre quiere que comience a trabajar con él en la empresa lo antes posible. Un día en la biblioteca de la facultad un compañero le pregunta en voz baja si sigue queriendo ser como Rimbaud, y mientras un tren cruza el paisaje y llama la atención de la vaca, que le dedica un saludo casi imperceptible con un pestañeo, Freddy Wilson sonríe y contesta a su amigo en voz alta con otra pregunta. ¿Se puede esperar algo bueno de alguien que descuida de esa forma su higiene personal?

V

AGUA CLARA

Dos sellos más. Me faltan dos sellos más. En la otra ventanilla no me lo dijeron, me he aguantado una cola de más de dos horas para que ahora salgan con esto, dos malditos sellos más, lo siento señor, sin ellos no puedo admitir a trámite su solicitud. Huelga decir que la vez no me la guardan, imagínese, toda esta gente esperando para verlo a usted saltarse la cola, de nuevo lo siento, y ya sabe cómo son estas cosas. Así que me he quedado sin turno, tampoco creo que vaya a esperarme Susana, voy a llamarla al móvil, hola bonita, sigo aquí en el Ayuntamiento y va para largo, disculpa, casi lo dejamos para otro día, además con la lluvia el tráfico debe estar imposible.

Nadie recordaba tantos días de lluvia seguidos, una manta espesa de agua sin tregua durante dos semanas, el sol ausente sin dar razones, y la tierra ya con poca fuerza para asimilar tanto líquido sin destino. Felisberto Hernández, escritor uruguayo y pianista de ocasión, se disponía a dar un concierto más de su desastrosa gira por el interior argentino. La tromba de agua era la explicación oficial a la falta de público, pero no la causa: no habrían acudido ni mediando sol de los que llaman de justicia. Felisberto comenzó a tocar sin muchas ganas, ante la mirada atenta de los seis lugareños, convertidos en audiencia más por acumulación que por actitud. De hecho, parecían mirarlo a él más que escuchar a Mozart, y no porque supieran que era escritor, y sí porque era ese tipo de público que acude al concierto para verlo y no para oírlo, y en cualquier caso nunca para escucharlo. Los gestos del hombre que toca el piano, los movimientos de su cabeza, qué rápido mueve los dedos, cuán largos son, ése es el material al que debe prestarse atención. Lo de menos es la música, convertida en música de fondo del espectáculo, la misma que nos dedicarían si fuera un mimo y llevara la cara pintada de blanco.

Blanco me he quedado yo, Mauricio Catalán es mi nombre, blanco al principio, blanco del susto, rojo de ira después, ya tengo los sellos dichosos, pero ahora la oficina estaba cerrada, debería haber usted preguntado por los horarios, eso me ha dicho el guardia de seguridad con cara de sorpresa. Y desahogarse con el guardia no es solución, no va a resolverme el problema, se terminó el plazo, la licencia ya no me la dan ni sobornando al mismísimo alcalde, y encima Susana debe estar de uñas, no vuelve a quedar conmigo ni aunque le proponga matrimonio, o sobre todo entonces.

En el entreacto, funesta oportunidad que se da a los indecisos, se fueron tres de los seis, se medió literalmente la audiencia, mientras afuera seguía la manta de agua, debiera al menos eso haberlos retenido, sólo fuera por falta de ganas de empaparse otra vez. Felisberto se bebió de un trago el vaso de agua tibia que la organización, o si

prefieren el negro Quiroga, es decir la empresa contratante, había colocado junto al piano, en una mesita también negra junto a una toalla casi blanca. La reverencia marcial que marcaba el final de la pausa resultó casi cómica, aunque los tres pertinaces no se rieron nada, como tampoco lo hicieron cuando Felisberto comenzó a tocar con fuerza inusual la segunda parte de su programa. Entonces, con la misma fuerza con la que arremetía contra el piano, comenzaron a caerle a Felisberto lagrimones grandes y negros sobre las teclas blancas, así le pasaba a un personaje de uno de sus cuentos, o tal vez no le había pasado aún, era él la inspiración, lloraba sin parar y sin poder controlarlo, lloraba como afuera llovía, con violencia y sin asomo de escampe, eternos chuzos de punta sobre teclas y veredas, mientras Mauricio Catalán dejaba que el agua le mojara la cabeza caminando despacio por la Castellana, así se olvidaba del disgusto, como se había olvidado el tercer espectador de su cita con el dentista, y se acordaba de pronto y se levantaba para abandonar el concierto, convertido ahora ya en velatorio sin muchos amigos del finado, negro el piano ataúd, dos que ven y no escuchan, uno que toca y solloza, y un mar de agua cayendo sobre todos nosotros, sin ánimo de concedernos tregua alguna.

VI

SI NO LO VEO MÁS LO ADMIRO

Cuando Nabokov era infante y estaba enfermo, su madre, sabedora del gusto de su hijo por los objetos imposibles, le trajo un día a casa un enorme lápiz de un metro veinte, exhibido como reclamo en el escaparate de una papelería. El dependiente se resistió al inicio, luego consultó a la central de la casa y finalmente accedió a vendérselo. Huelga decir que a Nabokov le fascinó el regalo, pero lo que llegó a cautivarlo hasta la inquietud fue comprobar como la inútil mina abarcaba toda la extensión del lápiz, haciendo de ese objeto desproporcionado el mejor ejemplo del arte por el arte.

Un elefante triste duda entre seguir descansando o reemprender la marcha, y ese instante de reflexión salva la vida a un saltamontes que iba a morir aplastado. El elefante sigue su camino al fin, cuando el saltamontes ya está a salvo, y toma el sol en una hoja, y toma de ésta el color para no ser visto.

El arquitecto catalán Domènech i Muntaner recibió el encargo de proyectar el Palau de la Música, y sin conocer a Nabokov por una cuestión de incompatibilidad temporal, obró como si estuviera elaborando su lápiz gigante. Cuando los responsables del Orfeo comprobaron que la fachada que daba a un patio trasero estaba concebida con el mismo detalle de la principal pese a que nunca iba a ser vista, preguntaron al arquitecto por la necesidad de ese esfuerzo inútil. Dios sí lo ve, contestó Domènech i Muntaner, y ante semejante argumento de autoridad sus planos terminaron haciéndose realidad.

El elefante y el saltamontes vuelven a cruzar sus vidas en el mismo ámbito, y en esta ocasión es el ruido de un helicóptero el que detiene un segundo el trote inmenso

del paquidermo triste. El saltamontes sobrevive otra vez, y en su saltar despreocupado se percibe que ignora haber salvado de nuevo su vida.

Jean Pierre Thibaut no es lector de Nabokov ni aficionado a la arquitectura. Es pastelero, y confiere a su labor la relevancia que se otorga a lo sagrado. Su especialidad es una tarta llamada Arco del Triunfo, formada por seis capas de hojaldre y merengue. Sobre la segunda capa de hojaldre Thibaut dibuja con maestría y merengue el perfil exacto del Arco del Triunfo, un dibujo que nadie puede ver, pues queda luego sepultado por las siguientes capas de dulce elemento. Un día Thibaut olvida el dibujo, y al darse cuenta siente como si hubiera incurrido en pecado mortal, sufre el mismo remordimiento de quien ha matado a un hombre. Esa noche no consigue dormir, y cuando a la mañana siguiente el cliente vuelve a por el pan de cada día, el pastelero le pide disculpas con lágrimas en los ojos. Estás loco Jean Pierre, si estaba más rico que nunca, es todo lo que dice el supuesto agraviado antes de marcharse a toda prisa. Thibaut escucha sus palabras, cobra el pan, y cierra sin avisar el negocio. Si el dibujo no importa, si ese pastel es igual a cualquier otro, entonces es que nada tiene el menor sentido. Abandona el oficio, descuida su higiene personal, muere a los tres meses de un aneurisma. Junto a él, o más bien lejos, muere aplastado el saltamontes por varias toneladas de piel rugosa, quien avisa no es traidor, o si ustedes quieren, a buen entendedor sobran las palabras.

VII

DETERMINISMO DE BARRA Y PAPEL

Heberto Pamesa se ha sentado en la barra del Tony´s y ha pedido un gintonic de Bombay, la medida de tiempo precisa mientras espera que algo pase. Para su desgracia, Pamesa no está en el primer capítulo de una novela policíaca, y no va a entrar en el local un pistolero a sueldo, ni lleva él un treinta y ocho en la cintura, presto a actuar si algo termina en verdad por suceder. Heberto Pamesa es funcionario de Correos desde hace

veinte años, y de nuevo para su desgracia nada relevante va a acontecer esa tarde, más allá de que a ese gintonic le sigan otros, y que Tony termine dándole volumen al televisor que cuelga en la esquina, el partido de la Champions está a punto de empezar.

También para su desgracia, pero en este caso la suya de él y no la de Pamesa, los gintonics de Bombay no forman parte de la rutina del joven Törless, como tampoco las tardes de bingo o las noches locas en antros de la periferia. Él es personaje de novela y escrita, y encima por un autor sin derecho a corregir, porque no tiene cómo hacerlo, y por si eso no bastase lleva ya muchos años muerto sin remedio. Ahí tu margen de maniobra es escaso, condenado estás a cumplir el destino que otros te marcaron, hoja tras hoja, párrafo después de párrafo, sin el menor resquicio para la iniciativa personal. Ya nadie va a cambiarte la suerte, sólo algún traductor incompetente o gamberro puede darte algo de vidilla, escribir feliz donde debiera decir triste, inventarse un final que te libre del que ya te conoces de memoria.

Pamesa está mirando sin verlo el partido que es el acontecimiento del día para la parroquia del Tony's, pensando en su vida gris y en el carácter definitivo de esa tonalidad, ya no tiene pinta de mejorar mucho, es verdad que algo podría hacer si quisiera, pero para eso hace falta quererlo de verdad, tener fuerza para mandarlo todo al diablo, y no dejarse llevar por el manto de inercia que gobierna su vida. Pero para demostrarnos que nada es en el fondo inmutable, ha marcado el equipo visitante, una falta al borde del área, un disparo seco y mal dirigido, un desvío inoportuno o providencial, un portero que no puede leer la trayectoria en zig-zag, un público escaso que celebra, y otro mayoritario que se echa las manos a la cabeza.

También el fútbol por televisión y en un bar de Argüelles es material desconocido para el joven Törles, que sigue repitiendo su papel sin salirse una línea del guión, siempre que alguien se anima a leerlo y vuelve a darle vida, ya sea ésta otra vez una vida sin hueco para la felicidad. Este año un traductor islandés le ha dado una pequeña alegría, ha cambiado un número por despiste, y en lugar de cuatro días de puente que les había concedido el director de su delicioso colegio militar, donde falta el aire para respirar casi tanto como le sobran a Pamesa los gintonics, el traductor ha escrito cinco, cinco días de vacaciones, aunque eso no quiera decir que va a darle más párrafos, volverá a la disciplina en un santiamén, y tampoco habrán cambiado sus compañeros de mazmorra. Lo peor es que por añadidura todo eso sucederá en islandés, dándole a lo vivido ese aire triste y melancólico de isla fría y lejana, y haciendo que el colegio militar resulte decididamente insoportable, el puente más largo de lo previsto no hará sino acentuar su sordidez a la vuelta.

Pamesa se termina el tercer gintonic cuando el partido está a punto de concluir, venderá la casa y se marchará a vivir a la costa, los niños son ya mayores, su mujer se fue antes que ellos, pedirá la prejubilación y se olvidará de su jefe y de las tardes del Tony's. No, no lo va a hacer, trazada está su vida como la del joven Törless, trazada por su desidia, por la falta de ganas de que sea otra cosa, por la triste fuerza del paso de los días sin sobresalto, sin emoción también, sin sentido al cabo, aunque tampoco es para tanto, el sábado vuelve a haber partido, esta vez de Liga, no me faltes Heberto, le dice Tony cuando ya se marcha, y no te olvides de apoquinar para la porra, luego no vengas a pedirme cuentas, y a sabes que en eso no se fía.

VIII

PATINAR TAMBIÉN ES UN CRIMEN

Hay cuatro hombres jugando a las cartas, hay humo, hay alcohol, hay dos mujeres casi vestidas tiradas en un sofá. La mujer del vestido rojo no tiene más de veinte años, y se levanta como para decir ¿qué hago yo aquí?, pero no dice nada o dice sólo voy un momento afuera. El frío la ha estado esperando y la golpea en la cara al abrir la puerta, y ella se cubre con un abrigo que no es de piel, y piensa despacio en el bebé que acaba de

abandonar hace dos semanas, en su bebé, en ese niño blanco y peludo que ya no verá más.

El hielo cubre el lago todos los años, no, no es exacto, no es una manta de hielo, es la misma agua de siempre que hielo se ha hecho también este invierno. Todos los niños del pueblo han salido a patinar, y con ellos ha salido el sol y él sí que tapa el frío, es él en realidad quien ha convocado a los patinadores. Los niños patinan dando vueltas al lago y mirando al sol, apurándose como si en verdad fueran a alguna parte. Ursina Bércher acompaña a sus hijos en la tarea, y son dos sus hijos, otros tres con ella dando vueltas, nadie parece querer parar, para ellos dar vueltas es recorrer el mundo sin salir del lago.

¡Cierra esa puerta, entra un frío del carajo! Vanessa obedece y cierra la puerta, pero se queda fuera y con ella la angustia, y con ella el frío. Las apuestas crecen, también la tensión, la mujer que aún está dentro se ha tumbado todo lo largo que es el sofá aprovechando el espacio, y duerme como si nunca lo hubiera hecho hasta ese día, con los ojos sin cerrar y la boca abierta, a ellos ha debido pillarles el sueño por sorpresa.

En Iverdon le Lac la familia Bércher sigue dando vueltas a sí misma, repitiendo cuanto hicieron sus padres y sus abuelos. Nadie se pregunta allí si tiene ganas de patinar, o si hacerlo tiene algún sentido, ha salido el sol, es invierno, el lago está helado, y cuando eso ocurre se sale a patinar, primero una vuelta donde todo es casi nuevo, luego dos, el mundo es redondo al fin y al cabo, también él da vueltas, tampoco él sabe por qué lo hace. Así, las vueltas se suceden las unas a las otras, todas en el mismo sentido, todos patinan en la misma dirección, todos van a ninguna parte por el mismo camino, o vuelven por el mismo camino a ningún lugar, y así patinar es pasar el día, sólo la llegada de la tarde y la marcha del sol les hace concluir ese viaje sin destino.

El disparo ha sonado seco y como sin gracia, nada que ver con esos disparos tan del agrado de las películas. Antes ha habido tensión, también algún grito y una mención a un asunto del pasado. Ahora uno de los jugadores tiene la cabeza apoyada sobre la mesa, y de ella no deja de salir sangre, y los otros recogen cartas y dinero para que no terminen manchándose. Vanessa ha oído el disparo desde afuera, ella sabe muy bien qué es un disparo, no es la primera vez que va a ver a un hombre muerto. Pero no llora por eso, y casi tampoco por su hijo abandonado, llora por llorar, temblando de frío, llora como los Bércher dan vueltas al lago, con la misma inercia milenaria, la suya hecha de generación tras generación de miseria y fracasos, y mientras el sol ya se va y se irán también los patinadores, ha dejado de sangrar sobre la mesa la cabeza enorme de Tobías Manglano, como si ella también quisiera decirnos algo.

IX

NO SALGO DE SU ASOMBRO

Conservar la calma quiere decir tenerla previamente, se conservan las sardinas en conserva y ellas sí que no pierden los nervios con facilidad. Yo no podía conservar la calma ni mantener la compostura, pues compostura nunca tuve, calma menos, histérico estaba ese día como siempre. Lo que hice esa madrugada cuando un joven borracho me apuntó con algo que con toda certeza se parecía mucho a una pistola, fue abrazar la calma de pronto, pasar del nerviosismo a la tranquilidad y además de una sola vez, comprobar cómo mi natural alocado se tornaba sereno frente al peligro.

La enfermera tenía cada vez más dificultades para cambiarla. Estaba gorda, cada vez más gorda, y a la parálisis se sumaba la voluntad decidida de poner las cosas complicadas, la decisión de pelear, no importa que fuera la muerte, los médicos o las enfermeras, lo relevante era la actitud de enfrentarse a la adversidad. El otoño avanzaba cambiando colores y mudando plantas, y si hacía un gesto supremo y estiraba el cuello, alcanzaba a ver tras la ventana un jacarandá enorme, el único trozo de vida a su disposición en medio de tanta presencia de muerte.

Me estaba apuntando a mí, no al aire, y eso que llevaba en la mano era definitivamente una pistola, y la forma de actuar revelaba que no era la primera vez que la usaba. Gritó algo, sería una amenaza, pero casi no pude oírle o más bien entenderle, porque me estaba gritando al oído. Como quiera que yo no me moví ni contesté, ni siquiera grité a mi vez, el agresor me puso el cañón sobre la frente, por si la amenaza verbal y la presencia del arma no hubiesen bastado para intimidarme.

Una mañana, la paciente de la 347 decidió desistir, pelearse con las enfermeras era tan estúpido como seguir tomando tres veces al día esas pastillas, tan absurdo como luchar contra ese cáncer que había ganado la batalla hacía ya tiempo. Ese día se dejó cambiar sin protestar, y a la enfermera, nueva en el turno, el cuerpo de la enferma le pareció liviano como el de un recién nacido, o como el de alguien que está a punto de morir y ya ni siquiera pesa, porque tiene prisa en marcharse y poco se preocupa por la gravedad. Ese día, la paciente ya no hizo el esfuerzo casi sobrehumano de incorporarse y levantar el cuello para contemplar siquiera un segundo el jacarandá, despedirse de un árbol es también otra concesión a lo irracional, y ella había optado por el sentido común, por mucho que éste dictaminara su muerte inminente.

Fue en ese momento, uno de esos en los que la muerte aparece para decirnos que ahí está, cuando sin saber por qué me comporté con una frialdad nunca exhibida por mí como virtud o defecto. En una reacción muy cercana al calambre, agarré el brazo del agresor y apreté con fuerza hasta que soltó el arma, y casi al mismo tiempo le di un rodillazo sin sordina en la entrepierna. La cara del agresor ahora agredido reflejaba más sorpresa que dolor, más estupor que espanto. Y esa cara la vi sólo un instante, antes de

descargar sobre ella una patada, y seguir andando, como si ese fuera para mí un comportamiento normal, una actividad ya mecánica por la costumbre, así lo es afeitarme o lavarme los dientes.

A veces dejar de luchar no es cobardía sino sano juicio, es dejar a la naturaleza actuar, es dejarse llevar por el flujo de las cosas, liberarse de la angustia de vivir enfermo y sin esperanza. La paciente de la 347 dejó de luchar el día que permitió que la cambiaran sin protestar, y ya no hubo necesidad de hacerlo al día siguiente, pero la expresión de felicidad reposada, de plácido estar, reflejaba en su rostro todo menos la derrota, la derrota es trabajar doce horas cambiando enfermos si eso no es aquello que te gusta. Yo también debía gastar esa cara de serenidad cuando seguí caminando después de haber dejado atrás a mi agresor, al menos debí lucir esa serenidad un instante, hasta ese momento nefasto en el que se me torció el gesto como en las novelas, y sentí en la espalda el disparo que desde el suelo me enviaba el agresor, para recordarme que, como la muerte, también él estaba allí, como ahora estoy yo en la 347, peleándome cada mañana con la enfermera que viene a cambiarme, incapaz de mover siquiera el cuello para ver al florecido jacarandá, que luce orgulloso sus mejores galas.

CULPA MÍA NO ES

Caso uno: el joven capitán Drogo llega tras un largo viaje a una fortaleza para luchar contra unos tártaros que nunca aparecen. Caso dos: el agrimensor K también ha venido de lejos, pero nunca podrá entrar en el castillo que es su destino. Caso tres: los jubilados de Log-jumeau, ellos tampoco, no lograrán salir de su pueblo, por muchas veces que lo intenten. Y por si la lista no fuera lo suficientemente larga, Marco di Bari, como si quisiera imitar con su vida a la literatura, lleva seis días encerrado en el baño de caballeros del aeropuerto de Roma, pese a que su intención inicial era no estar allí más tiempo del que se tarda en lavarse las manos.

Las manos de Fernando Oliván son grandes como dos grandes hogazas de pan, grandes y hermosas, la primera vez que las ves piensas que deben contener más de diez dedos, poca es esa cifra para tanto volumen. Oliván habla despacio, finge una estupidez que nunca tuvo, y vive de siempre en su pueblo cerca de Córdoba, pese a detestar el calor y haber preferido toda su vida lo urbano a lo rural. Esta mañana se ha levantado con el pie derecho hinchado, llueve fino sobre un Berlín que sí es urbano, pero a él poco le importa, Berlín está lejos y la hinchazón no sólo es cercana sino suya, dolorosamente suya.

Japoneses con apretón, romanos con telefonino y ganas de peinarse otra vez, un jubilado alemán que no controla su vejiga, por el baño de caballeros pasa una procesión anónima que es un catálogo del género masculino. Pero mientras todos se apuran porque el avión los espera para llevarlos a alguna parte, Marco di Bari no tiene ya la menor prisa, él ya perdió su vuelo hace días, lo perdió una hora después de entrar al baño de caballeros, repitieron su nombre por megafonía y tuvieron que vaciar el avión y hacer a todo el mundo reconocer sus maletas, alguien había embarcado para Ginebra pero nunca subió, ese alguien, ya lo saben, no es otro que Marco di Bari. Desde entonces, di Bari sólo sale del retrete y del baño cuando vienen a limpiar ambos, se va al bar, se toma un sandwich y luego vuelve, con su bolsa en la mano y su tarjeta de embarque inservible, y con esa botella de limoncello que compró en el Duty Free para llevar a su cliente ginebrino.

El pie de Oliván está hinchado hasta lo deforme, ha debido sentir súbita envidia de las manos y grande quiere ser de pronto. El médico de guardia no le encuentra explicación, y han empezado a desfilar los vecinos, como si fueran al baño de caballeros de Fiumicino, aunque ellos vayan sólo a ver el pie inflado de Fernando Oliván. Son ya varios días sin ir a trabajar y la cosa empieza a gustarle, tiene el pie sobre la mesa del salón y ve televisión todo el día, y hasta allí le llevan comida y cerveza fría, y hasta allí se llegan los amigos a expresarle su preocupación compartida.

Marco di Bari ya sabe que nunca saldrá del baño de caballeros, lo ha sabido después de beberse la botella de limoncello, no importa que le quede poco dinero, con la tarjeta puede aguantar el tiempo que haga falta. Por otro lado, preocuparse por eso es absurdo,

en realidad no le queda otra salida, o mejor dicho salir no puede, luego si es preciso terminará pidiendo dinero a los usuarios, visitantes fugaces de la que ya es su casa para siempre.

Fernando Oliván ya no tiene pies, ahora el derecho es apenas un recuerdo, para nada sirve pues andar no puede, y el protagonismo lo tiene el izquierdo, los dedos ya ni se ven por la hinchazón, la cortisona no ha servido más que para aumentar el volumen de negocio farmacéutico. Su mujer ha prohibido las visitas, ahora ya la cosa no tiene gracia ninguna, aunque a él parezca importarle poco, sigue viendo la televisión y bebiendo cerveza, y cuando su hijo le trae más liquido elemento, se da cuenta de que la mano derecha tampoco es ya lo que era, ha disminuido cuanto ha crecido su pie, la mano que agarra la jarra es ya tan pequeña como el pie que ya no puede andar pero tampoco se ha hinchado. Y así, al mismo tiempo pero sin relación alguna, Marco di Bari reflexiona en el baño de Fiumicino sobre su cercana vejez sin vistas, mientras las extremidades de Fernando Oliván prosiguen calladas su proceso paranormal de asimetría.

XI

TAMPOCO ES PARA PONERSE ASÍ

La calle peatonal era un ir y venir y a ver si compro algo, las prisas de la gente revelaban que estábamos en tiempos de rebajas. Consciente de su misión de salvar al mundo, convencido hasta la obsesión de estar viviendo el día en el que el Renacer haría de todos nosotros una sociedad libre, Ceferino Manchado comenzó a disparar a la multitud, y quienes la componían se pusieron a correr ahora de veras, como si les hubieran anunciado que la semana de liquidación total estaba de golpe llegando a su domingo.

Patricia Guzmán no sabe que la primavera está a punto de llegar también de golpe, y se ha vestido de invierno para ir al tanatorio. De invierno y de negro, de viuda abrigada aunque el muerto no sea su marido, ni siquiera un conocido, sólo el padre de una compañera, a quien ni la falta de roce con Patricia, ni la práctica diaria de ejercicio físico le ha librado de un ataque al corazón, calificarlo de repentino sería caer en la redundancia.

Ceferino cumplía su misión con el mundo y la eternidad con una escopeta de cartuchos, y así cada etapa de su tarea requería el volver a cargar el instrumento. La calle peatonal había perdido a los transeúntes que le otorgaban el calificativo, sólo un peatón la ocupaba además de Ceferino, y ahora había alcanzado la condición de yacente, sobre el suelo se desangraba sin que el salvador de la tierra siquiera le dedicara una mirada. La falta de puntería de Ceferino, que no de vocación, había esta vez sí salvado de la muerte al resto, y algunos curiosos comenzaron a asomarse a las ventanas, hay un loco disparando abajo en la peatonal, no te acerques, no vaya a ser que se le escape un tiro al aire.

Los ritos de la muerte son cada vez menos solemnes, puro expediente sin liturgia que arrope al finado hacia quién sabe dónde. Patricia se acuerda ahora de su padre muerto, ya ha cumplido ella con el pésame a la hija del difunto, más para que vea que ha ido que para compartir su dolor, pues dolor no tiene y no es ése sentimiento susceptible de ser compartido. Tras el abrazo sin fundido, se queda un rato fuera con el grupo que ella misma forma junto al resto de compañeros de la oficina, y empieza a pensar no en la muerte y sí en lo absurdo de la vida, en sus ciclos, en esa sinrazón de cada paso, y también en el peinado imposible de Conchita, la secretaria del director, ella sería la muerta de cada funeral con tal de llamar la atención.

Un impacto preciso, tras varias llamadas al alto y algunos disparos al aire que no afectaron a las ventanas de los edificios de la zona, derribó sin remedio a Ceferino Manchado, poniendo fin a su campaña individual en pro del Advenimiento de un Mundo Mejor, de la eclosión de una Nueva Era. Lo que llegó después vino a entrar ya

en el terreno del trámite, como el entierro del padre de la compañera de Patricia. La bolsa de plástico, la ambulancia que se lleva a un herido, la prensa salida de la nada al oler la miel, no eran más que la póliza, el sello y la firma que acompañan a todo expediente, tan previsibles como los gestos mecánicos de los enterradores, las flores o los llantos en el momento de la inhumación. Pero había un elemento nuevo, imperceptible para casi todos, completamente ajeno al esquema previsto, y era el color azul mar profundo impregnando el cielo, un mensaje inequívoco de la llegada al fin del Nuevo Amanecer pregonado por Ceferino, aunque Patricia, que acude ahora con su falso luto a hacer la compra en el supermercado de la esquina, y que está en el presente cuando Ceferino estaba en el pasado, no parece haberse percatado de la llegada de ese mundo sin sombras, de ese Despertar que ha de devolver la Luz a las Tinieblas.

XII

SI TE HE VISTO ME FALLA LA MEMORIA

Hoy me he encontrado con mi ex marido en el centro comercial de las afueras y he mirado para otra parte, como si con ese gesto me quitara de un plumazo veinte años de matrimonio desdichado. He seguido andando hacia la tienda de electrodomésticos, he comprado una batidora muy parecida a una nave espacial, y he abordado el resto del día con la ligereza de haber sido siempre soltera, y con el aire risueño de quien sólo ha conocido el sufrimiento por televisión.

Una consultora americana ha hecho un estudio sobre los efectos de abrir una o dos puertas para que los pasajeros descendan de los aviones. Lo lógico sería que abiertas la delantera y la trasera, el tiempo de descenso del avión fuera exactamente la mitad del consumido de abrir sólo la delantera. No es así. Los dos factores que alteran la lógica son, por un lado el comportamiento borrego de muchos turistas que miran sólo a la puerta de delante por ser la que ven si se levantan sin girar la cabeza, y por otro la indecisión de muchos situados en las filas centrales, que dudan entre salir por una o por otra, y esa indecisión se convierte sin más aditamento en tiempo perdido para todos.

La batidora ha cumplido su papel a la perfección y las salsas me han quedado de cine, y de cine he seguido sintiéndome tras el cruce sin palabras con el padre de mis hijos, no es que piense que nada ocurrió, es que no lo siento, o mejor, siento como si nada hubiera ocurrido. Pensando haber encontrado la solución a todos mis problemas he cogido un taxi y con él he pasado por delante de la fachada del colegio de monjas donde tan malos ratos me hicieron vivir, y he hecho como si no lo viera, como si nunca hubiera estado allí. Al volver a casa tenía la certeza de no haber ido nunca al colegio y una sensación de bienestar procurada por la mágica combinación de una infancia sin problemas y una juventud sin marido.

La consultora ha comenzado a sacar conclusiones del comportamiento de los pasajeros respecto a las puertas, y los resultados ofrecen curiosas valoraciones de los distintos pueblos del mundo. Así, hay países tremendamente de cajón, donde nadie acude a la puerta de atrás por mucho que lo indique la azafata, y todo por que los asientos miran hacia delante. Hay otros con tal grado de indecisión que la oferta de dos lugares para salir produce una incontrolable zozobra entre sus ciudadanos, y tardan el doble si hay dos puertas y no la mitad, y además se genera tal estado de ansiedad entre los que viajan que se incrementan de modo notable los suicidios, los accidentes de tráfico y en general las decisiones absurdas de las que luego todo el mundo se arrepiente.

Ayer me he ido a la playa, al chiringuito donde mi primer novio me dejó plantada, y he pasado por delante fingiendo no verlo. Por la tarde he esperado a que mi antiguo jefe saliera de la oficina y me he cruzado con él mirando al suelo. Así, en dos días he eliminado de un plumazo gran parte de mis frustraciones, y he seguido con la peluquería donde una vez me dijeron que iba a quedarme calva, y con una cafetería donde un camarero apestoso me llamó gorda pesada, y todo porque me quejé de lo frío que estaba el café con leche.

La consultora ha decidido llevar hasta sus últimas consecuencias su estudio, y ha realizado una prueba con los habitantes de una pequeña ciudad que se llevaban la palma en el campo de la indecisión. Ubicados todos en las filas centrales del avión, la oferta de dos puertas los ha conducido al aterrizar a la parálisis, y durante cincuenta minutos han permanecido sentados, hasta que la azafata les ha advertido del cierre de la puerta de atrás, y entonces se han dirigido a la de delante como un solo hombre. Yo, por mi parte, sin ningún atisbo de indecisión en mi vida, ahora que he encontrado la formula de la felicidad me he decidido a aplicarla, y una vez eliminados los malos recuerdos, cada vez que observo que algo puede disgustarme finjo que no existe, y deja milagrosamente de existir. Y además, dicho sea de paso, no me ha hecho falta contratar a ninguna consultora para llegar a mis propias conclusiones, a veces la solución no está en los demás y sí en nosotros mismos.

XIII

TODOS LOS FUEGOS DOS FUEGOS

En la hora de la muerte Frank Kafka piensa si debe destruir su obra. Ordenar que se destruya a posteriori es condenarla a la vida, la misma que él ahora deja. Para la letra impresa quemarse es morir, y no hacerlo es dejar al azar que cumpla su papel, a la suerte le gusta tener la posibilidad de tomar decisiones, se enfada y mucho cuando sólo le dejan una opción.

María Salobre contempla el fuego de la chimenea y relee la carta que debe ser su última carta. Está mal escrita pero refleja muy bien lo que siente. El fuego sigue su curso tenaz, proporciona calor y también ese arrullo del sonido de los troncos consumiéndose, la misma sensación de paz que nos da el agua cayendo, ésa que bastaría para apagarlo.

Que otros se tomen la molestia de hacerlo. Esa es la conclusión última de Kafka sobre su obra, la deja inacabada, pero qué obra no lo está, sólo se termina con la destrucción o la imprenta, así la vida se acaba con la muerte, por eso no hay nunca muertes prematuras, sino vidas más largas que otras. Qué lo quemé Max, y si no lo hace es cosa suya, mis responsabilidades se terminan con mi vida, los demás asuman las suyas mientras sigan viviendo.

El fuego se está apagando por falta de aire, también él renecesita respirar. María Salobre mueve un poco los troncos y eso le da vida al fuego, y lo celebra chisporroteando y dando llamas de alegría. Los suicidas que leen su carta de despedida suelen dejar de serlo, la lectura de sus propias razones puestas por escrito termina por disuadirlos. Distinto es cuando la nota deja la confesión y se limita a últimas voluntades. No dejes de dar de comer al perro, que Paquita no se lleve por Dios el retrato de nuestro padre.

Poeta, no regales tu libro, destrúyelo tú mismo. Así dice Eduardo Torres, y eso debiera haber hecho Kafka si de verdad hubiera querido privarnos de sus pesadillas. Al fin y al cabo, las pesadillas pertenecen a la esfera de lo privado, compartirlas con el mundo es mostrarnos que todos también las tenemos, enseñarnos eso que no queremos saber. Fuera por falta de valor o por venganza al género humano, Kafka dejó en manos de otro la solución, así María Salobre arruga al fin la carta y la echa al fuego, no será esta vez, también ella prefiere que alguien tome por ella la resolución irreversible, así los troncos dejan al fuego, inermes y resignados, la decisión del momento de dejar de existir.

XIV

SIN PRISA

Las lluvias trajeron otra vez su húmedo calor insoportable, pero también el verde al baobab que ya era sombra, y en la sombra se refugiaron los niños a comer enormes mangos maduros, con mucha menos hambre que sed, con más ganas de fresco que de escuchar otra vez los cuentos del ciego griot. Las mujeres siguieron acudiendo a por agua con sus vestidos de colores de otro mundo, elegantes hasta el insulto, despreciando

la arena y el sol sin cobijo, como si nunca hubieran estado allí. Un rumor como de tos o tormenta rompió el decorado en seco, haciendo que las miradas se volvieran al cielo.

-Pablito, ¿quieres hacer el favor de subir a casa? María gritó ese día con más fuerza que nunca, pero Pablito no la oyó, como tampoco la oyó su padre, pegado un día más al televisor en el cuarto del fondo. Las palabras de María se perdieron sin pena en el patio de vecinos, bajaron los cuatro pisos de golpe y los volvieron a subir despacio, desparramándose ya en silencio entre la ropa tendida y el olor a fritanga de las cocinas.

Sin reparar en gritos, tampoco en aceites o suavizantes de patio, los días siguieron pasando sin avisar, y las lluvias dejaron de acudir a su cita, tal vez atendiendo algún compromiso ineludible, y el baobab perdió su sombra y recuperó el perfil desafiante de los meses más largos. Las mujeres continuaron con su caminar inmutable en el paseo diario, ajenas a las estaciones, tercas en la elegancia sin público, cumpliendo con el rito del agua como si perteneciera más a lo sagrado que a la mera supervivencia. El cielo se volvió de un azul imposible, y el sol comenzó sin mala intención a quemar la tierra roja hasta fundirla. Pese a los cambios del cielo y la desnudez del árbol sagrado, nadie pensó que las cosas cambiarían para siempre, porque eran así desde que se perdía la memoria, aunque el silencio del sahel sin nubes pareciera anunciar algo en su infinita monotonía.

- ¡Pero hombre Pablito, si son ya más de las diez! ¡Mira que bajo! Aun sabiendo que dos avisos eran presagio o más bien anuncio de castigo seguro, Pablito siguió sin oír a su madre, corriendo detrás de un balón con la fuerza de la última carrera. El día se agotaba y había que exprimirlo hasta la última luz. Mañana será peor, pero aun no ha venido.

XV

A CURA MUERTO VIVAN LOS IMPOSTORES

La Universidad de Valparaíso, su facultad de derecho para ser más exactos, ha invitado al constitucionalista sueco Björn Larsson a dictar unas conferencias magistrales con ocasión del centenario de algún autor nacido hace cien años. La fotografía de la página web de la Universidad de Estocolmo nos describe a un hombre corpulento, de evidentes rasgos nórdicos y una poblada barba blanca que le infunde un aire de pastor luterano. El profesor De la Concha acude a buscarlo al aeropuerto, y para evitar confusiones, un asistente lo acompaña y esgrime un cartel con el apellido del invitado ilustre.

Unas cien personas, menos de la mitad de los invitados al convite, llenan los bancos de la capilla de Nuestra Señora del Manto. El cura se dispone a iniciar la ceremonia ante la mirada perdida de los novios. Hasta ese instante todos los ritos se han cumplido, la novia ha llegado tarde como es de rigor y el novio está nervioso como un flan así manda la tradición. De pronto, y tras sentir un agudo dolor en el pecho, que le ha impedido siquiera decir una palabra, el oficiante se desploma, y nada puede hacerse para reanimarlo.

Un hombre bajito y moreno sale por la puerta de la terminal con sus maletas y aire decidido. Repara en el cartel que firme sostiene el asistente de De la Concha, y allí se dirige. Saluda cortésmente a los dos y dice en un perfecto castellano: Muchas gracias por venir a buscarme, se lo agradezco de corazón. El profesor De la Concha duda un instante, cruza una mirada inquieta con su asistente, pero segundos después ya está éste acarreado las maletas del invitado, y el profesor pronunciando la fórmula de cortesía. ¿Qué tal el viaje?

El cadáver del cura ya ha sido retirado por la inútil ambulancia. Un murmullo llena la capilla. En la minúscula sacristía los novios sostienen una fuerte discusión, que sería conyugal ya a esa hora de no haber ocurrido la desgracia. Él es partidario de seguir con lo previsto. Encontrar ahora un cura que los case es imposible, suspender el ágape un error, ya debe haber gente allí tomando el aperitivo. Ella cree que continuar es inmoral y además absurdo, nadie tiene ya ganas de fiesta, cómo van a cortar la tarta si no están casados.

El falso profesor Larsson es en realidad un viajante de comercio español, cura que colgó los hábitos por falta de fe. Su aguda miopía le ha llevado a leer Lanza en el cartel de Larsson y ahora está en la residencia universitaria, en el apartamento destinado a los profesores visitantes. El marcado sentido de la responsabilidad inculcado en el seminario, y una timidez sin fisuras lo han conducido a no desmentir el error. Mientras tanto, el Larsson verdadero deambula por el aeropuerto de Santiago y finalmente toma un taxi y le pide que le lleve a un hotel de la capital.

La novia cede inicialmente tras ser presionada por su padre, pero luego se derrumba en la sesión de fotos en los jardines de Villa Dorita, donde los invitados dan cuenta del aperitivo y comentan lo ocurrido. Para ellos el suceso no es más que algo de qué hablar, ellos no tienen dudas, han pagado el regalo, se han vestido de domingo, al menos quieren comer y beber gratis. El ambiente se enrarece por momentos, y cuando los invitados empiezan a ocupar su lugar en la mesa asignada, nadie sabe en realidad si los novios siguen allí.

La rectitud insobornable de Mauricio Lanza lo ha llevado a no defraudar a quien lo acoge. En los días sucesivos mejora incluso la versión real del profesor sueco. Dicta las conferencias con elocuencia no exenta de profundidad, cena con sus colegas chilenos e intercambia con ellos comentarios profesionales, tiene dos encuentros distendidos y fructíferos con los alumnos de doctorado. El Larsson real confirma todos sus prejuicios sobre las universidades latinoamericanas y regresa a Europa al día siguiente, sin llamar siquiera a Valparaíso.

El padre de la novia toma la palabra cuando todos están ya sentados para dar dos noticias sorprendentes. La primera es que el cura muerto era un falso cura. El titular de la parroquia ha sido encontrado asesinado en su casa, y el fallecido por infarto no es sino su asesino, compañero del seminario que pretendía ganar tiempo suplantándolo. La conciencia de estar cometiendo un acto atroz al oficiar la misa, la misma que no ha tenido cuando mataba, le ha provocado el infarto. La segunda noticia afecta más a los invitados, lo novios han discutido, han decidido separarse. Pero ya que estamos, qué siga la fiesta, concluye el orador, al que nunca había gustado ese arribista de yerno, mientras un ejército de camareros entra marcial a servir el primer plato. A más de mil kilómetros de allí una amplia comitiva despide a Mauricio Lanza en el aeropuerto, lo agasaja con regalos. Todo podía haber concluido bien, pero en el control de policía no lo dejan pasar, el pasaje que exhibe lo es para la semana que viene. Ha habido una confusión, confiesa Mariano a los presentes que aún aguardaban, como si fuera a anunciarles su verdadera identidad. Mi pasaje es para el próximo jueves, concluye tras una pausa interminable. ¡Bien, una semana más!, grita un alumno enloquecido, y se suceden los abrazos, se planifican cenas, se improvisa allí mismo un seminario para los alumnos de cuarto curso.

XVI

MIMO, CÁLLATE DE UNA VEZ

Las vidas de Lautaro Millán y Pierre Latour se cruzan sin cruzarse el mismo día o se miran al espejo sin mirarse. Millán es charlatán de los de antes, vende en las ferias con su verborrea inimitable, y ese domingo de mayo decide acompañar el discurso verbal con el de su cuerpo, se vuelve una mezcla de charlatán y mimo. Mimo es la profesión de Pierre Latour, y mimo de éxito ha sido mucho tiempo, pero los contratos ahora escasean y el implacable paso del tiempo le hace pensar en la retirada. El mismo domingo de mayo se le ocurre una idea genial y la pone en práctica sobre el escenario, acompaña su cara blanca y sus movimientos con la palabra, se convierte en el primer mimo parlanchín, decide dejar el silencio para la competencia.

Seis personas ocupan todos los asientos de un compartimiento en el tren que las conducirá a París, si es que no deciden bajarse antes. A pesar de que llevan más de dos horas juntos, sentados tres frente a tres, nadie se ha animado a empezar conversación alguna. El revisor ya ha pasado dos veces, y cuando la voz de megafonía dice *próxima estación Tours*, y lo repite en francés por si alguien no lo ha entendido, uno de los seis hasta entonces callados viajeros emite un eructo brutal, seis segundos de explosión sonora, y remata su intervención, ante la mirada de sorpresa de los demás, con la exclamación que sigue: “¡Va por ti, Nicolasa!”

Las primeras veces que Lautaro Millán ensaya su verborrea acompañada de lenguaje corporal la respuesta del público es la risa y ésta no conduce a la compra de lo ofrecido. La velocidad infinita de su discurso verbal, tan propia de su condición de charlatán, casa mal con su intento de expresarse con el cuerpo, pues éste nunca alcanza a la palabra en su huida hacia adelante. El resultado es que el público pierde el hilo de lo hablado al fijarse en los gestos y termina no entendiendo nada, y en nada por tanto se siente tentado de adquirir producto alguno, ya sea crecepelo o anticelulítico, alfombras o cuberterías de acero oxidado.

Las dos jubiladas francesas que están situadas frente al agresor se miran con estupefacción y murmuran algo, la palabra *cochon* puede haber sido utilizada, aunque ninguna se dirige directamente al hombre de digestión difícil. El caballero de Burgos sentado junto al eructante tampoco dice nada, y se acuerda de un chiste en el que hay un compartimiento, un bofetón y también una monja.

Pierre Latour obtiene un éxito considerable con su espectáculo “La fin du silence”, en el que alterna su habitual puesta en escena con monólogos chispeantes sobre la actualidad del país. Pero el éxito del actor es la muerte del mimo y hoy ya no gasta tez

blanca ni estira sus manos para hacernos ver que tiene delante un cristal imaginario. Su herejía ha supuesto que le expulsen del sindicato de mimos, como han expulsado a Lautaro Millán de su trabajo de charlatán, hoy es él quien calla, y el alcohol y la falta de luz han empalidecido su piel, que ahora es blanca como la de un mimo. Del resto de los viajeros del compartimiento uno ha actuado también como mimo, callado se ha quedado frente al incidente, pues lleva auriculares donde escucha cumbia argentina, y nada ha visto ni oído de lo ocurrido. El otro, situado casi enfrente del agresor, ha permanecido unos instantes con los ojos abiertos de par en par, y luego, coincidiendo con el murmullo de las ancianas, dice en voz alta “¿No será Nicolasa la del *Nuncaduermes*?” Y hay dos que ríen, uno que sigue ajeno, dos viejas todavía más enfadadas que antes, y un caballero de Burgos que se acuerda ahora de otro chiste aún peor.

XVII

CUESTION DE PESPECTIVA

Impecablemente desnudo, Javier Lanaza, emulando al emperador que vestido no estaba, sale a la calle una mañana de invierno sin sol. La brisa helada le hiela la piel pero aún así sonrío, y esa sonrisa desarma a quien con él se cruza, sienten su frío y la vergüenza que él no tiene, vergüenza de qué si al fin y al cabo está acudiendo como cada día a trabajar.

Trabajar no está en los planes de una rana de charca, la vida del animal es toda ella ocio, aunque no esté hecho éste de parques temáticos ni cenas sociales. Sobrevivir es la consigna, dar saltos de aquí para allá la herramienta, croar es mostrar al mundo que una tiene sus recursos.

En la oficina le han procurado a Javier Lanaza una gabardina para cubrirse, que ha aceptado con indiferencia y naturalidad. Gracias Marisa, le ha dicho a su secretaria estupefacta, y ha comenzado con las primeras llamadas de la mañana. ¿Tienes ya el informe? Necesito un presupuesto para la semana que viene; el jueves tenemos reunión en mi despacho. Los compañeros no han dejado de hablar de la desnuda llegada de Lanaza y alguien ha llamado a personal, parece que el responsable de recursos humanos va a desplazarse a la oficina.

Con un salto que ha sorprendido a las vecinas, una rana ha salido de su charca como quien abandona un mundo, y ahora mira con ojos saltones su natural elemento, como un pez naranja que saliera de su pecera para ver el recipiente casi redondo donde

no para de dar vueltas. Un movimiento intermitente en la garganta de la rana parece presagiar un discurso, tal vez su opinión sobre la realidad cotidiana vista desde la distancia, la primera manifestación en su vida de la siempre ilustradora perspectiva.

El jefe de recursos humanos ha irrumpido en la oficina como un cliente engañado y tras anunciarse a la secretaria ha entrado sin llamar en el despacho de Javier Lanaza. Javier está leyendo el correo electrónico de su flamante ordenador, se ha quitado la gabardina porque le daba mucho calor, y saluda con sonrisa de sorpresa a su compañero de facultad ¿Hombre Florencio, que te trae por aquí?

La rana ha sentido un vértigo infinito al ver su realidad desde fuera, el abismo del mundo enorme ajeno al suyo, y la existencia chata y enfangada de su hogar de siempre. El vértigo la ha llevado a la parálisis, y mientras la naturaleza sigue su curso dinámico, estática lleva ella una eterna media hora, sólo el movimiento espasmódico de la garganta revela que viva sigue, pero también acentúa su rigidez, como si fuera una bomba de tiempo a punto de estallar.

Florencio Martínez, jefe, director, o responsable de personal o de recursos humanos de Tecnical Systems, ha vivido el trago más amargo de su carrera profesional. Ha tenido que hacerle ver a su amigo Javier Lanaza que está desnudo en su despacho, lo ha instado a volver a ponerse la gabardina y le ha dicho que se vaya a casa, va a mandar un médico para que lo examine. Javier ha escuchado con una sonrisa las palabras de Florencio, y no bien se ha ido éste, ha salido de la oficina, no sin antes devolver la gabardina a su secretaria. En la calle ya es mediodía y el sol mitiga el frío, y Javier sigue sin echar de menos ropa alguna. Todo el personal de la oficina está pegado a las ventanas contemplando alejarse la figura desnuda de Javier, y todos van dejando sus huellas sobre los cristales. Contra uno de ellos, un pájaro choca de forma violenta y desvía así la atención de todos, pero no es ése pájaro sino otro, de pico mucho más alargado y plumas de colores, el que se ha llevado en un viaje sin retorno a la rana contemplativa, poniendo fin de golpe a su reflexión existencial y a su existencia misma

XVIII

LAS FLORES DEL BIEN

Las bondades de las flores son infinitas, se dice Dora Walter mientras poda un rosal. No es ya el carácter efímero, ése que nos revela lo pasajero de la vida, ni su olor desarmante, sino esa elegancia en marchitarse, ese envejecer y morir sin perder en ningún momento la dignidad. Dora vive entre las flores y para ellas, poda, corta, cambia el agua de los jarrones, lucha contra las plagas, improvisa un espléndido centro de mesa. La vida sin flores no es vida, le dice a una amiga mientras pasean camino de la iglesia.

Cuando has visto morir a tu padre en la puerta de tu casa acribillado a balazos, la vida se vuelve un concepto abstracto y de difícil justificación. Si la violencia forma

parte de lo cotidiano termina por ser rutina como el miedo, ese miedo destemplado que cada mañana despierta a Facundo Silvestre, y le recuerda que al menos sigue con vida. Silvestre vive en una villa miseria del Gran Buenos Aires, no tiene trabajo, el día se vuelve una eternidad sin mucho contenido, la familia y el hogar son palabras huecas sin realidad que las sustente.

A Dora Walter le han diagnosticado una enfermedad sin cura. Ante el pasmo del doctor, la paciente afirma con rotundidad que no piensa ingresar en hospital alguno, moriré con mis plantas, le ha dicho en un tono en el que había más alegría que orgullo. El doctor ha tratado de convencerla de lo contrario, pero Dora ni siquiera le ha dejado terminar su discurso. Disculpe, tengo que irme a casa a regar las begonias, han sido sus palabras de despedida.

Facundo Silvestre es detenido en una redada por la policía. Tiene antecedentes por robo, pero ahora buscan un asesino, lo retienen dos días en comisaría y lo devuelven a la calle sin explicaciones. No ha sido él, él no mató de dos tiros a un policía en un asalto a un colmado, pero podía haber sido él, claro que sí, también podía estar ya muerto por alguna pelea en la villa, por alguna bala perdida, por la miseria que tiene distintas formas de matar, distintos modos de decirle a quien la sufre que no están hechas para él las alegrías, patrimonio de los demás, terreno prohibido.

Con el paso de las semanas Dora ha ido consumiéndose poco a poco, más como lo hacen los jazmines que como mueren las rosas, ayudada por la morfina para mitigar los dolores. La primavera llega con su explosión de vida y el brote indiscriminado y casi salvaje de toda suerte de especies le ha procurado la alegría más inmensa jamás vivida, porque sabe además que será la última. La muerte la sorprende mientras regaba con mimo las plantas de interior. Al sentirse mal se ha recostado sobre un sofá y allí ha dejado de respirar sin violencia. Mientras, Facundo Silvestre sigue librándose de la muerte día a día, lo suyo es burlarla a cada rato, porque le está esperado hace ya tiempo. Hoy tampoco va a ser, y las flores de Dora Walter lo celebran con alegría, le están dando ánimos sin que él lo sepa, aunque ya no quede nadie que se ocupe de ellas.

PARA VOLAR ES MEJOR SER MARIPOSA

Un escritor se lanza a la empresa de escribir un libro para la posteridad. El resultado es una novela extensa y total donde se recrea un mito clásico, dotada de una exuberante riqueza verbal desconocida e infestada de referencias, o dicho de otro modo, empachada de simbolismo. Los principales editores rechazan el manuscrito. Los menos principales ni tan siquiera acusan recibo. Por fin, una editorial pequeña publica el texto. La respuesta de la crítica es el silencio. La reacción del público, la ausencia de toda reacción.

Dos pájaros grandes sobrevuelan una ciénaga. Su discurrir paralelo revela años de vuelo en común, componiendo en el aire una suerte de silueta única, dos pájaros que son un sólo pájaro. Un ruido seco nos dice que ha habido un disparo, y ese disparo ha interrumpido también en seco el vuelo de uno de los pájaros, y ahora es uno solo quien sobrevuela la misma ciénaga.

El escritor ambiciona ahora el aplauso, visto que la posteridad no parece de momento (ella maneja tiempos más largos) hacerle ningún caso. Escribe entonces una novela que responde al esquema del éxito. Trama policial, ambientación histórica, lenguaje sencillo. El personaje busca un secreto y en el encontrarlo está la peripecia, trufada de crímenes alternados con largas digresiones de revista de divulgación científica. Los editores se rifan el manuscrito, las ventas se disparan, firma ejemplares en unos grandes almacenes. Pese a que la crítica lo ignora, el escritor se instala en el éxito. Repite la fórmula cambiando personaje y época, gana premios, se hacen películas con sus argumentos, las traducciones son ya legión. El escritor llega a los cuarenta. Comienza a beber. La amargura le sobresa le por la comisura de los labios.

El pájaro que ya es pájaro sólo sin compañía, se ha quedado dando vueltas por la misma ciénaga, allí acude cada día aunque al hacerlo se juegue la vida. La ausencia de su compañero le resulta insoportable, y al regresar al lugar donde lo vio por última vez lo hace albergando la esperanza de que reaparezca.

Una tarde de abril el escritor entrega a su editor el manuscrito de su primera y total novela y éste no tiene más remedio que publicarla, es mucho el dinero que le ha hecho ganar. La crítica aplaude la conversión de un escritor de masas en uno de leyenda, el público lee el libro sin entender nada, ingresa en la Academia. El escritor se sienta una mañana ante un ejemplar de su obra cumbre y un vaso de güisqui sin hielo. En dos horas despacha la novela, que encuentra fatua, alambicada, incomprensible, el producto destilado de un mediocre con pretensiones. Terminados el libro y la botella de güisqui, se encierra en su cuarto, e inicia febril la composición de un poema épico en octosílabos. Escribe doce mil versos de una tacada, como si brotaran de un impulso externo, como si fueran dictados por un ente superior. Al concluir, sale a la calle sin rumbo fijo, y al cruzar por un paso de cebra lo atropella un autobús de línea con un golpe seco, el mismo que es un disparo y ha derribado al pájaro triste, ahora son ya los

dos los que no están, y un perfil de sombra de dos pájaros grandes sobrevuela la ciénaga cada día.

XX

EL TURISMO ES UN GRAN INVENTO

Un hombre quiere ser feliz. Vive en Australia, tiene una granja que le da para bien vivir, su mujer le dejó sin preaviso, sólo uno de los hijos sigue con él. Una tarde nublada le anuncia a su hijo su partida, y conduce hasta Sydney parando únicamente a repostar. Entra en una agencia de viajes, paga al contado un paquete de quince días recorriendo Europa y sonrío a la chica de la agencia, no como si quisiera ser su amante y sí como si lo hubiera sido ya.

El sueño de Miranda es ser artista, y no es sólo anhelo, todas las noches es sueño de verdad, se ve cantando en un teatro, o más bien escuchando los aplausos, sonrío mientras se inclina para agradecerlos. Cuando no sueña trabaja en un supermercado de cajera, pasa el género por el lector del código de barras, le da bolsas al cliente, termina cobrando, a veces se olvida de entregar los puntos, con ellos puedes obtener gratis un juego de cacerolas o una cubertería de acero inoxidable.

Al cuarto día de viaje, desde una habitación sin vistas en un hotel de la periferia de Roma, el hombre que quiere ser feliz llama a su hijo. Todo bien, contesta el joven al ¿cómo estás? Volveré en quince días, anuncia su padre. París llega al sexto día y con ella el buen tiempo, y el programa sigue su curso inalterable. El turista australiano no habla con el resto del grupo, no hace fotos ni graba en video, pues no tiene cámara ni de lo uno ni de lo otro. Al salir del Louvre, y ante la sorpresa de todos, agarra al guía por la solapa y le dice- Espéreme cinco minutos. Olvidé comprar una postal.

Miranda canta mal hasta en la ducha, bien es verdad que es el único lugar donde lo hace, en su sueño sólo aparecen los aplausos que suceden a la actuación. Tiene novio, se ven sólo los fines de semana, también él trabaja en un supermercado. Por las noches

sigue soñando cada día el mismo sueño, no hay variaciones, el público aplaude, ella vuelve a inclinarse sonriendo.

En Londres el granjero de gira manda una postal de la Gioconda a su hijo. El texto es breve. París es hermoso. Las distancias son aquí muy cortas. Un abrazo. Papá. Tras firmarla decide romperla, pero luego no lo hace, y al bajar al hall del hotel la entrega en recepción.

Miranda lleva dos semanas intentando descifrar las caras del público de su sueño. Al principio eran borrosas, pero desde hace tres días distingue con claridad a un hombre que no conoce, cuyos rasgos le resultan sin embargo familiares. Su novio la nota rara, ayer le subieron el sueldo, hoy han quedado en la bolera para celebrar el cumpleaños de una compañera.

En el vuelo de regreso el granjero comienza a llorar sin motivo. Europa no le ha decepcionado, tampoco le ha procurado felicidad alguna. El coche lo espera en el aeropuerto, sonrío al verlo como si hubiera acudido un ser querido a recibirlo, conduce en dirección a la granja. A medio camino, le sorprende la noche, para en un motel, cena liviano y se acuesta en su habitación.

Miranda sigue obsesionada con la cara del sueño, pero no puede reconocer al granjero australiano que quiere ser feliz, porque nunca lo ha visto. Una noche se despierta sudando, sobresaltada. No en ese instante, pero sí exactamente treinta minutos después, como si obedeciera a una pauta marcada en el programa, un disparo suena en la habitación 445 del Motel Belvedere. La pistola que el granjero siempre lleva en la guantera ya no está allí. En el funeral, el hijo menor se abraza a su madre. Me envió una postal, le dice llorando; antes, me llamó por teléfono desde Roma.

XXI

LAVAR Y CORTAR

El 7 de septiembre de 2004, como si alguna conjunción astral lo hubiera provocado, dos mil trescientos ciudadanos varones residentes en la ciudad de Grenoble fueron a cortarse el pelo a la misma hora, saturando las peluquerías de la ciudad hasta el punto de llamar la atención de transeúntes y curiosos. El fenómeno podía haber pasado desapercibido, pero un periodista lugareño, que era uno de los dos mil trescientos con ánimo de reducir su bagaje capilar, decidió investigar el asunto hasta sus últimas consecuencias, con el mismo rigor con el que hubiera abordado la resolución de un crimen en el que un familiar hubiera jugado el papel de víctima.

La peor de las noticias le llegó a Lorenzo Vinuesa el día de su cincuenta cumpleaños. Su única hija, Francisca, les anunció durante la cena que iba a casarse con el hijo de Martín Lozano, su mayor enemigo, la persona que más detestaba en este mundo. Tras comprobar que no se trataba de una broma, se suspendió la ceremonia de

soplar las velas, y el cumpleaños se encerró en su cuarto incapaz de digerir semejante noticia.

Tras dos meses de pesquisas, que incluyeron entrevistas con mil trescientos de los candidatos a corte de pelo, las conclusiones del investigador reflejaron que estábamos ante un caso sin precedentes. Nadie decidió ir a cortarse el pelo en manada, no mediaba promoción alguna que hubiera incitado a los clientes habituales a ir ese día a esa hora a la peluquería, ninguno de los entrevistados afirmó haber actuado por algún motivo especial. Fui a cortarme el pelo como voy una vez cada mes y medio, sería la respuesta tipo a la pregunta del periodista. Sólo ciento veinte de los entrevistados reconocieron que la idea de ir ese día a esa hora había surgido de una conversación con algún conocido, al que debían ver para otra cosa y había llamado para decir que no podía, tenía que ir a cortarse el pelo. Eso les recordó que llevaban tiempo sin ir a la peluquería, y los incitó a tomar la decisión de hacerlo, decisión que compartieron con los otros dos mil ciento ochenta conciudadanos.

Tras haber anunciado que no iría a la boda, la mujer de Vinuesa logró convencerlo con el argumento de que su ausencia sería para su enemigo una victoria, debía estar allí para llevar de la mano a su hija al altar, para mostrarle a ese imbécil que él si era un buen padre.

Al cabo de un año en él que no se dedicó a ninguna otra actividad, (acababan de despedirlo del periódico), el investigador concluyó que se trataba de una de las verificaciones más sorprendentes de las leyes de probabilidad, del casi infinito juego de combinaciones y permutaciones. Después de haber estudiado los hábitos de todos los ciudadanos involucrados (incluidos los de él mismo), lo único que quedaba claro es que no había acción externa que hubiera provocado la decisión colectiva, no había pues en puridad decisión colectiva, si no una colosal coincidencia de dos mil trescientas decisiones individuales, similar a si un día concreto nadie entrara en unos grandes almacenes, y al día siguiente media ciudad optara por hacerlo. El periodista entregó a su antiguo periódico un informe que incluía una propuesta de seis artículos en los que se irían revelando las particularidades del caso, pensando que con semejante descubrimiento la readmisión estaba asegurada, pero sólo recibió una contestación del subdirector, un mes más tarde, en la que le recomendaba de forma simultánea pero excluyente, un cambio de aires y un psiquiatra de toda confianza. Aquí las leyes que rigen las probabilidades obraron en su contra, pues el único subdirector, al que además consideraba un amigo, era quien ejercía de verdugo. Tampoco la suerte jugó esta vez a favor de Lorenzo Vinuesa, de todos los hombres del mundo su hija iba a casarse con el hijo de un canalla. En los brindis y entre dientes, Martín Lozano no dudó en regocijarse de su momento de gloria y le dijo al oído a su consuegro. ¡Qué te parece, vas a tener un nieto Lozano, eso sí que es mejorar la especie! Conchita es estéril, se limitó a contestar Vinuesa, y además es tan tonta como su madre, añadió para rematar la venganza.

XXII

SINCERIDAD Y VENGANZA

Francisco y Alberto son amigos de la infancia, los mejores amigos, de esos amigos que no se separan jamás. Los dos estudian derecho, los dos quieren dedicarse a la docencia. Francisco es de los dos el menos inteligente pero también el más ambicioso, y trepa pronto en la pirámide académica. Cuando ya está cerca de la cúspide, le toca en suerte estar en el tribunal que debe decidir si Alberto accede a una plaza de profesor titular. Francisco sabe que su amigo es el mejor candidato, pero a instancias del rector y en aras de su propio medrar, vota por el candidato oficial, es más, censura en público la exposición de su amigo, para que a nadie le quepan dudas. Terminado el acto académico, Alberto lo busca con la mirada pero él no la aguanta, no puede aguantar esa superioridad que siempre supo, estará además perdonándole la vida.

En una noche larga llena de alcohol y confesiones, y cuando ya los invitados se han marchado y sólo quedan ellos dos, Santiago Román de dice a su mujer entre sollozos que nunca la ha querido, que no puede vivir más tiempo sin decírselo. Marisa escucha atenta las palabras de su marido y le dice con gran tranquilidad que no debe preocuparse, ella tampoco le quiere, y le pide acto seguido que deje de llorar, es hora de irse a la cama. En silencio se acuestan los dos, y al día siguiente no se escucha ninguna mención a lo sucedido en toda la jornada.

Francisco ya es rector y Alberto vuelve a presentarse a una plaza, esta vez de catedrático, su prestigio ha crecido entre alumnos y compañeros. Los dos amigos no se han hablado desde el día que ya saben, todo el mundo espera que las aguas vuelvan a su cauce. Pero en lugar de enmendar lo que sabe fue una injusticia, Francisco cita a su despacho a todos los miembros del tribunal para decirles que Alberto no puede sacar la plaza. Alberto es el mejor en las pruebas, pero se queda sin cátedra, y al saber que la causa es la animadversión del rector otrora amigo, cambia de Universidad para proseguir su carrera. No vuelven a hablarse. Un día se cruzan a la salida de una conferencia, Alberto lo mira de nuevo a los ojos y Francisco vuelve a esquivar la mirada que juzga, no aguanta esa suficiencia de quien no sólo es más inteligente, también es mejor persona.

Los años pasan, Santiago y Marisa siguen juntos. No, no lo han hecho por los hijos, pues hijos no tienen, es precisamente la ausencia de éstos lo que los mantiene unidos, sólo se tienen el uno al otro.

Estalla la Guerra Civil, Francisco y Alberto viven en la misma ciudad pero pertenecen a bandos distintos. Francisco es detenido en los primeros días y Alberto, convertido muy pronto en uno de los líderes del otro bando, va a visitarlo a la cárcel. Cuando le anuncian la visita, Francisco sufre más por ella que por su incierto futuro. Ahora su amigo lo sacará de allí, y tendrá que agradecerle la vida, además de añadir el remordimiento por su comportamiento pasado. Volverá a despreciarlo con su suficiencia, a demostrarle que es superior a él en todo. Pero el futuro no va a depararle a Francisco ningún espacio para el remordimiento. Alberto entra en la celda, y mirándolo como siempre a los ojos, le dispara dos tiros a bocajarro. Cuando ve como su amigo da con sus huesos en el suelo, sale él y le dice al custodio: lléveselo, creo que acaba de sufrir un accidente. Por su parte, Santiago y Marisa, como si con su comportamiento quisieran ellos salvar la condición humana, han terminado por enamorarse, años después de su sinceridad terrible. En su caso la convivencia, tantas veces el final de un amor, ha supuesto, para sorpresa de todos, el principio.

XXIII

LA ARMONÍA, EL TODO Y LAS PARTES

Los problemas laborales llevan tiempo erosionando la convivencia en el seno de la orquesta filarmónica. El director, que es también el responsable administrativo del elenco, sostiene que las diferencias salariales son esenciales en una orquesta, donde la jerarquía debe prevalecer, cada uno de saber cuál es su lugar exacto, motivarse pensando lo que ganan los demás. Pero el malestar aumenta, y el director advierte con estupor cómo esta semana los vientos están sonando demasiado altos para llamar la atención, ha percibido también un tono de protesta en la manera de sonar los violines, las cosas empiezan a írsele de las manos, ésas que debieran controlarlo todo.

Mariana Lacerna trabaja en una empresa desde hace años pero no soporta más a su jefe, no soporta su soberbia, esa mezcla terrible de ignorancia y chulería, ese querer suplir con confianza en sí mismo las carencias más elementales.

En la velada de gala que cierra la temporada los conflictos de la orquesta han llegado a un punto que un observador externo calificaría de insostenible. La presencia del Gobernador en el palco no parece que vaya a actuar de bálsamo esta vez. Si sonamos bien hoy, sostiene uno de los músicos más combativos, precisamente hoy, entonces parecerá que nada malo ocurre aquí, que nuestras quejas son sólo lamentos de bambalinas.

Durante la última reunión del comité de dirección, Mariana no ha logrado contenerse y ha interrumpido a su jefe para cuestionar el proceso de fusión que la empresa está por decidir. A los asistentes, más allá de las críticas que muchos comparten, les ha sorprendido el tono, la violencia de las palabras, la cara asesina de Mariana, que no ha dejado de mirar a su jefe mientras hablaba.

La tensión en los prolegómenos del concierto alcanza un punto de no retorno. El comentario del más rebelde ha provocado gritos, éstos han traído consigo insultos y no menores, los agravios acumulados en meses estallan en todas direcciones. El director acalla con otro grito la revuelta porque el tiempo apremia y hay que salir a escena, pero no puede evitar que al saludar al público una mueca de tragedia le invada el rostro.

Como quiera que el jefe de Mariana se ha quedado sin respuesta, otro de los miembros del consejo ha intervenido para secundar a Mariana, ahora habla un tercero, todos comienzan a decir sin tapujos eso mismo que antes ni se atrevían a sugerir.

Las caras de los intérpretes revelan antes de empezar que nadie tiene la menor intención de guardar la compostura. El primer instrumento que vuela es un violín, y lo hace en dirección a los vientos, el golpeado es el propietario de un oboe, que tiene dificultad para repeler la agresión, pero cuando lo hace el impacto suena en todo el teatro. A partir de ahí, los útiles de trabajo cuya conjunción en armonía conforma la orquesta, vuelan por el escenario, provocando el estruendo y la mirada de pánico del público, algunos abren el programa de mano para buscar una explicación. El director permanece inmóvil, sólo gesticula moviendo los brazos, pero eso es al fin y al cabo lo que hacen los directores en circunstancias normales. Cuando el último instrumento, un contrabajo pesado y viejo, da con sus huesos en el suelo, se hace por un instante el

silencio, los músicos se miran como si no pudieran creer lo sucedido. En ese instante, el director se gira hacia el público y se inclina ante él, en lo que pudiera ser un gesto de pedir disculpas pero también el habitual de recoger los aplausos. ¡Bravo!, grita al fin un espectador de la tercera fila, y al levantarse y aplaudir el resto del público lo imita, hasta que ya ese aplauso deviene un clamor. ¡Bravo! ha dicho también aunque sin ponerse de pie el jefe de Mariana, por fin habláis para llevarle la contraria al jefe, de haber querido que sólo asintierais cuanto digo no habría convocado un consejo de dirección. Y Mariana abre los ojos sorprendida, mientras en el teatro el público sigue aplaudiendo y los músicos han tenido que levantarse a saludar.

ALLÍ DONDE ACÁ QUIERE ESTAR LEJOS

Los adverbios de lugar se reunieron en una habitación sin luz. Las quejas no tardaron en llegar, una vez que cada uno hubo acomodado su existir a la estancia cerrada y seca. *Allá* solicitó casi a gritos una mayor cercanía, ni leyéndose al revés podía aproximarse a la realidad, estaba condenado a vivir en la periferia de todo. *Allí* apoyó la propuesta pese a no ser él capicúa, mientras *Lejos* asentía con la cabeza y decía por supuesto, también yo me sumo, no en vano estaban en su territorio quienes le habían precedido en la palabra.

La familia Fernández Echevarría vivía los momentos para recordarlos, pues cuando en realidad sus componentes vivían plenamente era cuando se juntaban en torno a una mesa para rememorar el pasado. Esta costumbre, heredada de varias generaciones para las que lo relevante era la memoria, había llegado en su caso al paroxismo, y programaban cada uno su actividad del fin de semana sólo con la idea de vivir algo que debía ser después contado en las cenas de los lunes.

Aquí intervino para sugerir un intercambio, si *Allí* añoraba la cercanía que nunca había disfrutado, él sin embargo estaba harto de su proximidad a los acontecimientos. *Acá* secundó, pero fue interrumpido casi con malos modos por *Arriba*, quien quería aprovechar el curso que estaba tomando la reunión para intercambiarse por *Abajo* a toda costa, él sufría vértigo desde hace años, y estaba harto de su posición.

Toda afición puede devenir patología cuando se practica casi como religión y sin aplicar el sentido común. Borja, el hijo menor de los Fernández Echevarría llevó la tradición familiar a terreno limítrofe, y no es que viviera para contarlo, terminó contando sin vivirlo. En lugar de acudir a una fiesta y provocar algún incidente gracioso para luego diseccionarlo con la familia, Borja comenzó a inventarse una vida, la suya, pues la imaginación le permitía mejorar y mucho cualquier peripecia realmente vivida. Todo empezó cuando se decidió a adornar sus relatos en las cenas para poder competir con las aventuras de sus hermanos y sus padres. El adorno fue poco a poco convirtiéndose en invento y así cuanto contaba no era lo vivido exagerado, sino lo inventado rebajado, para darle al discurso algún viso de verosimilitud.

La propuesta de intercambio terminó por soliviantar a la tropa, y revelar que nadie en verdad estaba contento con su posición, lo que resulta especialmente grave tratándose de adverbios de lugar, pues es precisamente su posición aquello que les confiere su razón de ser. Sólo *Dentro* se negó en redondo a reemplazar a *Fuera* pues ese cambio de lugar implicaba para él quedarse a la intemperie y de paso no enterarse de nada de cuanto sucedía en el interior.

Una cena de navidad Borja comenzó a contar la imposible historia de su noviazgo con una presentadora de televisión. Pero ni la elocuencia aprendida, ni los adjetivos sonoros, ni siquiera las pausas para dar aliento al relato convencieron a nadie, hartos

estaban ya de los cuentos de Borja, de la vida inventada de Borja. Y lo peor es que con su traición a la costumbre, con su vocación de llevar las cosas a su límite, Borja había terminado por arruinar la tradición familiar, ya nadie quería escuchar las historias de la familia, todas sonaban falsas como las suyas. A veces es mejor mantener las cosas en el terreno de la moderación, tampoco los adverbios de lugar lograron ponerse de acuerdo, y todo por la maximalista pretensión del global intercambio. Al final terminaron todos en su sitio como siempre, *Aquí* sin ir mas lejos, y *Debajo* siempre con la cruz de llevar algo encima, quizás hubiera sido mejor ir poco a poco, acercar posturas, arrimar aunque fuera un milímetro *Lejos* a *Cerca* para que no perdieran el contacto, ya se sabe, el amor nace del roce.

UNA VIDA SIN TIEMPO, UN CUERPO SIN PROTECCION

Un hombre nada todas las tardes durante cuarenta minutos. Las gafas se le empañan con puntualidad cada diez, y ha de quitárselas para ver hacia dónde se dirige y no chocarse con el borde. Una tarde, al quitarse las gafas en la primera parada, comprueba que sus ojos están también empañados, y sólo cuando las gafas se desempañan lo harán sus ojos, como si obraran por simpatía con quien los cubre. El fenómeno se repite las otras tres veces que debe pararse. Al hombre le alarma lo acontecido, episodio que no volverá a repetirse porque desde ese día nada sin gafas, y debe usar colirio dado el daño infligido por el cloro a sus ojos sin escudo.

Ya no tengo tiempo para nada. De mi casa al trabajo, del trabajo a mi casa, mi marido y los niños, cumpleaños y médicos, cenas con gente que no conozco ni quiero conocer. El jueves pasado me olvidé de comer, ayer no fui al baño en toda la tarde porque me faltó tiempo, llevo quince días sin ir a la peluquería, hace meses que no leo un libro.

El hombre de los ojos empañados está un domingo dedicado a las tareas del jardín, actividad manual que le relaja de la tensión de la semana. Gasta guantes de jardinero, desbroza una zona de hierbajos, poda los rosales, planta algunas flores de temporada. Al terminar la tarea y quitarse los guantes, comprueba con espanto que sus manos están sucias y arañadas, como si nunca los hubiera llevado, como si las uñas hubieran estado en contacto con la tierra, o como si de nuevo se hubieran querido solidarizar con quienes las cubrían. Cuando se le limpia las manos y procede a guardar lo que llama sus aperos de labranza, comprueba también con espanto que los guantes se han limpiado también, aunque sobre ellos no ha caído ni el agua ni el jabón. El episodio no volverá a repetirse, porque desde ese día el hombre no usa guantes cuando trabaja los domingos en el jardín, y luce manos de campesino durante todo el año.

El día se me llena de actividades que detesto, mi vida se ha convertido en un ir y venir dónde no quiero, las jornadas se suceden sin margen para la improvisación. El lunes pasado decidí que esta semana iría al cine, pero no he ido, he tenido que acompañar a mi marido a una cena, ayer se me puso mala la niña pequeña, hoy ha venido mi cuñada a contarme sus penas, y he estado a punto de contarle las mías. Ni siquiera puedo decidir el dónde y el cuándo de las vacaciones, tiene que ser a la playa con ese grupo de gente que detesto desde siempre, y en agosto que es cuando pueden los niños, cuando puede mi marido. ¿Y yo?, ¿cuándo puedo yo?

El campesino dominical con ojos rojos de cloro está una tarde de agosto en la playa de Denia. El Sol ha decidido hacer caso del pronóstico del tiempo y golpea a los bañistas invitándolos a cumplir con la actividad que les da nombre. Nuestro protagonista lleva un gorro para proteger su cabeza sin pelo, pero al volver a casa descubre de nuevo con horror que tiene la calva quemada. El espanto se reproduce con más fuerza si cabe, cuando después de aplicarse crema hidratante en la calva ve como su

gorro está impregnado de un líquido pringoso que es el mismo que su cabeza ha absorbido hace ya rato, pese a que no ha vuelto a haber contacto entre calva y complemento. El incidente no volverá a repetirse, porque el hombre ya no ha vuelto a ponerse gorro alguno. Y como si tres ejemplos fueran regla general, Javier Lanaza, así se llama el hombre de nuestra historia, sale desnudo a trabajar un día de invierno sin sol, ha debido deducir que cualquier aditamento corporal es promesa de espanto, ha decidido combatir lo absurdo en su terreno. Y al cabo no lo entiendo, porque al menos lo absurdo tiene la virtud de lo inesperado, es mejor comprobar que se te empañan también los ojos a saber qué vas a hacer con el resto de tu vida, cosas que no decidiste tú, cosas que en nada te interesan.

ENTREMES INFORMATIVO

El cruce, ese pequeño cuento que son dos cuentos.

Debo a la generosidad del autor de estos cruces y supongo que a cierta tolerancia del editor, la ubicación de estas líneas informativas sobre el género que este libro practica. Siempre he pensado que cualquier acotación o glosa a un volumen debería figurar en su justo término, esto es cuando el lector ha consumido ya la mitad de las páginas y tiene por tanto una idea de lo ingerido, pero le resta aún acometer la otra mitad, entiendo que con la esperanza de que la cosa mejore. Y es que el prólogo tiene siempre un aire de manual de instrucciones, y como ya he dicho alguna vez, ésa es literatura que casa bien con los electrodomésticos pues no sabemos nunca cómo funcionan, pero no con la propia literatura, dado que a priori ésta no debería necesitar de explicación alguna, y sí bastarse a sí misma sin mayor comentario. Al epílogo le sucede lo contrario, comentar a toro pasado lo ya leído resulta casi una *explicatio non petita*, especialmente cuando es el propio autor quien lo perpetra. Nos queda siempre la sensación de que el autor ha procedido a la lectura de su propia obra y no le ha convencido, y pretende aclarar las cosas con una justificación (a usted no le ha gustado lo que acaba de leer pero yo le voy a explicar por qué es buenísimo), cuando lo más sensato sería condenar el libro al cajón y evitarnos a los lectores tener que llegar hasta el final.

Buena ocasión para colocar las cosas en su sitio, ésta la de comentar el cruce, pues no olvidemos que éste se caracteriza precisamente por la existencia de un punto de intersección, sin el cual el mismo cruce no llegaría a producirse nunca, dejaría de ser. Un amigo culto me dice que esta modalidad de comentario debiera llamarse *intrálogo* por seguir con el prefijo que anuncia la situación y el *logos* que nos dice que estamos ante un conjunto de voces mejor o peor combinadas, con sentido o sin él. Yo he preferido llamarlo *entremés informativo*, por recuperar por un lado otro género breve, pero añadiendo el adjetivo para anunciar que esto no pretende entretener sino ofrecer algunos datos al lector sobre el carácter de lo leído.

Pero basta de preámbulos, terminaré contradiciéndome y convirtiendo esto en el prólogo del entremés, para desgracia de todos. Hechas las justificaciones y agradecimientos oportunos, conviene hincarle el diente al asunto sin más demora, empezando por la definición. **Encuentros de ficción sin contacto.** Así definía el estudioso Rolando Frolán este género chico, esta fórmula de cuento breve a la que pertenecen las páginas de este libro. El esquema es simple; se trata de dos relatos en uno, dos historias mínimas que se cruzan para trazarnos un pequeño mundo, un mundo que a veces es uno sólo y a veces son dos, o muchos mundos contenidos en dos mundos. Ustedes me entienden, o espero que lo hagan cuando hayan terminado de leer mis palabras.

El primero en practicar esta modalidad de relato breve, quien acuñó el término y desarrolló su teoría, fue el incansable Ramón Gómez de la Serna, cuya mente en estado

de ebullición incesante tantos caminos abrió para la literatura. En el Pombo, esa tertulia retratada donde Ramón era el maestro de ceremonias, se parió el primer cruce y se inventó el nombre, en uno de los incontables juegos literarios propuestos a los asistentes. En este caso Ramón dividió a sus tertulianos en dos grupos para confeccionar un relato con un método prefijado. El primero proponía una frase a través de su portavoz, y el siguiente continuaba la narración con otra, si cabe más delirante que la precedente, y así hasta que se daba por concluido el cuento. La falta de acuerdo y el tono ya claramente surrealista del material producido, pues las frases terminaban por no tener nada que ver la una con la otra, haciendo del relato un galimatías incomprensible, llevaron a Ramón a definir el cruce, fórmula por la que cada grupo era responsable de una trama que debía necesariamente tener coherencia interna. El primer grupo confeccionaba así el primer párrafo, al que se cruzaba el segundo esbozando otra historia, y así hasta confluir finalmente en un párrafo de conclusión, elaborado casi siempre por el propio Ramón, en el que mágicamente ambas tramas se ensamblaban. Como casi todos los juegos ramonianos, los cruces duraron poco, los contertulios se cansaron, su falta de disciplina hacía imposible la ejecución de la pieza, las discusiones llegaban a las manos por un adjetivo que se repetía. El mismo Ramón, lejos de poner orden al caos, contribuía activamente a él, lanzando veinte ideas por minuto y alterando a cada instante las reglas del juego. Varios cruces sobrevivieron al final de la broma, al ser publicados en alguna de las múltiples y fugaces revistas literarias que florecían por Madrid como las tertulias, piensen que en algún momento hubo incluso más tertulias que tertulianos, más revistas que escritores que en ellas publicaban. El género había nacido, pero también fallecido, alguien debía tomar el testigo para no condenarlo al olvido como tantos otros vehículos literarios, abocados al garaje por falta de gasolina.

Y esa continuidad se iba a dar al otro lado del Atlántico, pues la breve historia de los breves cruces se traslada como Ramón a la Argentina, y son Borges y Bioy, también aficionados a los juegos literarios, quienes rescatan este género. Cinco son los cruces que nos ha dejado esta pareja de ases de la literatura en español del pasado siglo, todos ellos publicados en Sur, la revista de su amiga Victoria O'Campo. Con ellos Borges y Bioy empezaron su escritura a dos manos, que luego produciría los cuentos policíacos firmados por el seudónimo Bustos Domecq, los casos que resolvía el preso Isidro Parodi, o los publicados bajo la supuesta autoría del también inventado Suárez Lynch.

Los cinco cruces Borges-Bioy responden al mismo esquema. Dos historias se enuncian en sendos párrafos, y tienen en común los nombres de los personajes, pero disienten en todo lo demás, empezando por el lenguaje, que en el caso del primer párrafo es popular si no directamente lunfardo, y en el del segundo un español afectado y barroco. El relato se prolonga cuatro párrafos más, hasta que es cerrado por un último en el que las historias convergen para ser una sola. Al parecer, el método de trabajo de la pareja era el siguiente: Borges escribía (dictaba) el primer párrafo, Bioy el segundo y el tercero, y así hasta el final. Las discrepancias sobre el último párrafo, pues nunca se ponían de acuerdo sobre el tono o la conclusión, les llevaron como a los ramonianos a concluir la colaboración, y en lo sucesivo, en las sucesivas, los dos escribían a la vez, elaboraban cada frase en voz alta con la complicidad del otro, y luego Bioy transcribía el resultado.

El mencionado Rolando Frolán, cuyo estudio seguimos aquí casi hasta el plagio para trazarles la vida de este género, cita al OULIPO (Ouvroir de Littérature Potentielle) y dentro del grupo a Georges Pérec como continuadores del mismo, pero también los responsabiliza de su nueva defunción. Como tantas otras veces, los miembros de esta agrupación lúdico verbal llevaron el experimento al paroxismo y con él al hastío, llegando a definir hasta ochenta modalidades de cruce en función de los criterios más variados. Cada subgénero fue premiado con un nombre, siendo los cruces puros aquellos en donde no existía contacto alguno entre las tramas, los encadenados los dotados de la particularidad de que cada párrafo (salvo el primero) empezaba repitiendo la última voz del anterior, y así ad nauseam, pues había categorías en función del asunto tratado (cruces históricos, policiales, eróticos..) del tono (oníricos, descriptivos, líricos..) o de la longitud (minimalistas, medianos, eternos), y así de cualquier otro aspecto que se les ocurra.

El resultado de este ejercicio clasificatorio fue la casi extinción del cruce, pues logró arrinconar al género, confinándolo al territorio de los juegos de palabras, más cerca del palíndromo que del cuento o la poesía en prosa, ejercicio en fin para desocupados, más próximo a las matemáticas que a la literatura. Desde entonces Frolán recoge sólo tres casos de cruces, dos que son uno en Estados Unidos y uno que es uno en Italia, los tres por autores que ni siquiera disfrutaban de alguna mención de pasada en las historias de la literatura. Philip Dolson y Mathew Bromerick practicaron el cruce epistolar, por aplicarle un epíteto como habrían hecho los secuaces de Pérec y Queneau. Profesores universitarios, el destino y la guerra habitual de las cátedras les había llevado a vivir a cada uno en un extremo del país. Stanford acogió a Dolson por sus trabajos sobre la leucemia en los chimpancés, mientras que el M.I.T. fue el hogar de Bromerick, aunque nunca consiguiera el Nobel para el que todos predestinaban. Aficionados a la literatura, los dos profesores se escribieron semanal y religiosamente, y terminaban cada una de sus misivas con un párrafo que era una pieza de un cruce. Sus frutos están recogidos en *Mail Crossed Stories* (University Press, Baltimore 1980) cuyo éxito de crítica y ventas puede calificarse y con piedad de limitado.

Giovanni Croce es el tercer practicante del cruce que menciona Frolán, a quien el no ser descendiente de Benedetto le impidió heredar nada de él, incluido el talento. El apellido sí le hizo practicar el género cuyo nombre lucía y nos ha dejado (para que hagamos con ellos lo que queramos) más de cinco mil cruces que tienen en común el tema tratado (la muerte de Cristo) y una brevedad que no impide la abundancia de agresiones a la sintaxis. Desconocemos cómo Frolán supo de este personaje, pues para tranquilidad de todos ninguna de sus producciones llegó a la imprenta. Hay quien sugiere que es un autor inventado, un relleno que se le ocurrió al estudioso para completar su trabajo, pero esa posibilidad, que para otro hubiera sido un elogio, era para el recto profesor el mayor de los insultos, y se molestó en escribir un artículo para defender eso que sólo alguno le había refutado. *Giovanni Croce, un mal escritor de carne y hueso*, tiene la misma falta de interés que los cinco mil cruces del reseñado, pero al menos no incurre en sus incontables errores, y está escrito con la corrección que se espera de un profesor universitario.

Pero amante como es de esta pieza breve, Frolán no se limita en su trabajo al estudio de quienes lo practicaron con menor o mayor suerte, publicados o no, célebres o

desconocidos; también traza las similitudes del género con otros, busca ecos, aventura influencias. Así, una canción a dos voces de nombre *Dolsa*, popular en las provincias argentinas de Jujuy y Catamarca, responde al esquema del cruce, pues dos son las historias breves que allí se cantan, que sólo al final confluyen en una, en el momento en el que las dos voces cantan al alimón. La misma estructura está presente en unas canciones tradicionales lituanas, y en unas justas poéticas celebradas desde tiempo inmemorial en un cantón suizo, donde las parejas contendientes tienen que afinar sus armas y adornar con sonoros adjetivos dos ficciones que terminan por converger en una.

Los cruces ahora publicados de Miguel Albero sirven para mostrarnos que éste es un género tenaz, puede desaparecer durante décadas pero resurge, hecho que sería sin duda fuente de satisfacción para Rolando Frolán de no habernos dejado de forma tan prematura por un desgraciado accidente doméstico, aunque reconozco que al utilizar prematura aplicada a muerte y desgraciado a accidente no haya llevado yo a cabo un portentoso esfuerzo de imaginación. No caeré eso sí en el error del OULIPO de clasificarles los cruces que siguen y preceden, si alguien sufre esa patología puede proceder él mismo a formar grupos. Tampoco los comentaré, ya que no era ése, no lo es, el objetivo de este intrálogo, siendo mi intención únicamente poner al lector en suerte para su lectura, al menos para la segunda parte de la misma. Sí me permito un consejo y es que dicha lectura lo sea alterna, esto es dejando pasar un tiempo entre cruce y cruce, pues su naturaleza breve y condensada gana con el aliento previo a cada acometida. Y ya que me permiten, después de trazarles la historia de los cruces, terminaré con una última reflexión sobre la naturaleza de este pequeño artefacto, sobre su capacidad para ofrecernos una visión del mundo.

Y es que la naturaleza fragmentaria de los cruces, o mejor dicho la visión fragmentaria que ofrecen de la realidad, los convierte en casi una definición del mundo en el que vivimos, cuya esencia es el cruce y lo fragmentario. Qué mejor instrumento para describir un mundo inasible, que no obedece a ninguna estructura organizada, y sí a una multiplicidad de cruces, de peripecias cruzadas, de realidades que se juntan. En los ejemplos de este libro verán que algunos se cruzan con otros, y no debe sorprendernos, si ya uno ha abandonado la pureza, si cada trama se encuentra con otra trama en su misma historia, por qué no con otras de otros cruces, haciendo del cruce estrella, tejiendo sin quererlo una inmensa tela de araña imperfecta e irregular. Quizá esa tela quiera decir algo, termine por construir un dibujo con un sentido propio, o tal vez no sea más que un mosaico sin patrón, una tela hecha de retazos sin forma definida. Pero puede que al cabo ése sea su discurso, no olvidemos que el mundo es eso, sentido no tiene, patrón tantas veces tampoco. A veces una vida no es más que el resultado de juntar retazos, la combinación de cruces que han cambiado nuestro devenir y la de aquellos que nos han dejado indiferentes.

Quiero acararles que esta última reflexión, esta visión del cruce como instrumento de representación del mundo, es ya cosecha mía y no del malogrado Frolán, así que si les resulta del todo impropio no carguen sobre él, que tanto amaba este género, y que bastante tuvo el pobre con morir al resbalarse en la ducha con un muñeco de plástico de su hija pequeña, a veces lo dramático de una muerte es lo que no lo es, no es la muerte en sí sino la estupidez de la forma, como si a uno se le quedara menos cara de

tonto si muere fusilado o de muerte natural, y no cayéndose del balcón de su casa una nochevieja de borrachera y cotillón.

Y ya les dejo, basta de reflexión o descripción, retomen la lectura sin más, demasiada información puede ser peor que ninguna. Queden pues a los pies de esta segunda entrega de cruces, y nada me queda a mí sino invitarlos a su atenta degustación.

Gabriel Lumeo

Tunuyán, marzo 2005

XXVI

CHURROS Y MERINAS

Un hombre entra en una casa de noche mientras sus moradores duermen. Con sangre fría no exenta de profesionalidad asesina a toda la familia y abre una caja fuerte de la que se lleva joyas y dinero. Antes de salir, con la misma frialdad se dirige a la cocina, saca dos huevos de la nevera y se prepara una tortilla. Está amaneciendo y le ha llegado de pronto el hambre. Son el olor agradable de lo cocinado y el brillante manejo de la sartén los que han traído consigo la pregunta inevitable: ¿afecta el comportamiento criminal del sujeto a la calidad de la tortilla?, o dicho de otro modo: ¿puede un asesino ser un buen cocinero?

Salvador Iniesta desayuna café con churros, y es siempre uno el café y son siempre muchos los churros. Luego se arrepiente, no han pasado ni dos minutos desde que pidió que le trajeran otros dos churritos más y ya está echando pestes de sí mismo, no sólo va a engordar más de la cuenta, dentro de una hora le va a doler el estómago y no poco, pero en el instante en el que ve que churros no le quedan y que churros puede pedir, le puede la gula, no logra nunca contenerse.

El asesino cocinero es también escritor. Al enfrentarnos a su primera novela sabemos de antemano su innoble condición. Y vuelven de nuevo las preguntas sobre si a la naturaleza de lo producido afecta o no la naturaleza de quien lo produce. ¿Debe ser esa novela necesariamente abyecta?, ¿puede ser por el contrario una obra de arte? Así pensamos que detrás de un producto que nos gusta debe haber un creador interesante, creemos que alguien lamentable no debe ser capaz de producir belleza.

Hoy Salvador Iniesta ha pedido zumo de naranja natural y café, y aunque el camarero le ha traído por inercia el plato con los churros, se los ha devuelto sin

mirarlos, no Javier, gracias, hoy voy a ver si me cuido. Javier se ha reído en voz alta pero poco, está cansado de la noche anterior y son muchos los desayunos a servir esa mañana. Más tarde, cuando ya la mayoría de la gente se ha empezado a ir a al oficina, Javier se ha acercado a Salvador con otro plato de grasiento elemento. Come, come, no vaya a ser que te enfermes por perder la costumbre.

Finalmente decidimos leer la novela, intentando juzgarla sin considerar al autor. La trama es simple, y en ella se nos describe la apacible vida de una familia de clase media, compuesta por un médico, una profesora de música y sus dos hijos. Una noche, mientras duermen plácidamente, un ladrón entra en su casa y los asesina, para después abrir la caja fuerte donde guardan los ahorros de toda una vida. Tras terminar la tarea que es un crimen, descrita con frialdad y sin entrar el narrador a calificar los hechos, al asesino lo asalta el hambre, y se dirige a la cocina para prepararse una tortilla. Los nervios, tal vez provocados por los asesinatos o quizás por haber encontrado más botín del esperado, hacen que prescindan del aceite y la mantequilla, y la tortilla se le quema y se queda pegada a la sartén como un hombre a la vida. La novela termina con una absurda reflexión sobre adherencia y realidad, dejando al lector la duda sobre si el asesino terminó comiéndose la tortilla o la dejó abandonada en la sartén, como abandonados se han quedado los churros que Salvador Iniesta no comerá, a veces para evitar los excesos hay que ser drástico y huir de la moderación, si un churro terminan siendo veinte, mejor no comer ninguno.

XXVII

POLITEISMO Y LIMPIEZA

Antonio Montilla, propietario del Tony´s, no soporta que los vasos de su bar estén sucios, y se pasa las horas lustrándolos con un paño de cocina hasta el brillo infinito, y ese gesto se ha convertido en manía, la manía en tic, el tic en obsesión, la obsesión en tara. Si nadie entra en el bar él consagra todo su tiempo a limpiar la cristalería como si fuera de Bohemia, como si en su pulcritud le fuera la vida. Si un cliente entra, deja el paño, sirve el gintonic, caña o café, añade invariablemente un platito mugriento con aceitunas de saldo, y retoma su actividad preferida, y así sigue hasta que termina la jornada.

Paris no quería en realidad secuestrar a Helena, si Afrodita no le hubiera puesto los dientes largos nunca hubiera ido tras ella, y si no hubiera hecho que la esposa de Menelao se enamorara de él al primer vistazo, ésta no habría abandonado su cómoda vida para marcharse con un campesino, por muy hijo de rey que fuera. Ahora bien, ¿por

qué además de abandonar a su marido se llevó todos los tesoros del reino? Quien peca una vez necesita pecar cien veces para justificar el primer pecado, dice con solemnidad el profesor Morales a sus alumnos, respondiendo a una pregunta que sólo él mismo había formulado.

Montilla se ha dado cuenta de algo en apariencia imposible; cuando limpia los vasos de tubo le vienen a la mente reflexiones existenciales, del tipo ¿habrá un Dios?, ¿me querrá de verdad mi mujer?, mientras que el lustre de los vasitos de caña hace brotar las cuestiones más prácticas de su vida cotidiana, dudas como ¿quedaran existencias de latería?, o ¿me estará sisando Carlitos cuando viene a ayudarme los sábados?

La idea de una multiplicidad de dioses con defectos humanos describe mucho mejor la naturaleza del mundo que la monoteísta del dios relojero. Lo injusto y arbitrario de la creación se entiende si es fruto de la lucha de fuerzas de varios dioses, y es intolerable si pensamos que uno solo ha concebido el mundo de la nada. El profesor Morales aprovecha cualquier ocasión para hacer proselitismo politeísta y lanzar de paso dardos a las tres religiones del libro, pese a que imparte clases en un colegio confesional. La mayoría de los alumnos calla, alguno asiente, un larguilucho muy católico ha ido a quejarse a dirección por el carácter ateo de sus comentarios.

Al final es un hecho que Antonio Montilla tiene distintos pensamientos en función del recipiente que limpia, pero yo dudo y mucho que sea el vaso el que provoque la reflexión. La relación de causa efecto es más bien la contraria, cuando Montilla anda preocupado por el más allá escoge de forma mecánica un vaso de tubo, y cuando duda si le quedan suficientes boquerones es uno de caña el elegido. Los vasos son así la excusa para perderse en la reflexión y a ella ayuda el gesto repetido, la tarea rutinaria, el proceder mecánico.

El profesor Morales niega la mayor en el comité de dirección. Él no es ateo sino pagano y recuerda que existe un derecho llamado libertad de cátedra. Pero el colegio religioso es, y van a pedirle que deje sus clases, aunque por supuesto le indemnizarán por los servicios prestados. Morales invoca la ira de Zeus, anuncia que Poseidón enviará maremotos, que a Apolo no va hacerle ninguna gracia la noticia, y al citar a este último y hacerse un silencio, Antonio Montilla deja de recoger la mesa siete de los restos del desayuno, y pese a que le queda por llevar a la tres dos cafés con leche y zumo de naranja natural, se ha quedado detrás de la barra limpiando con denuedo un vaso de tubo, los clientes llegarán hoy tarde a la oficina.

XXVIII

DOS CABRAS LEEN EN UN MONTE AL REVÉS

Dos cabras adultas están sentadas en el borde de un risco, y contemplan la lejanía con el escepticismo de toda una especie. El ejemplar más viejo de los dos retira primero la vista del horizonte, tal vez más desengañado si cabe que su colega, y emprende camino peñas arriba, con aire resignado y cansino.

Juan Filloy está también sentado, en su caso en la mesa de su escritorio. Lleva tres horas intentando terminar la corrección de una novela que se ha propuesto entregar a la imprenta al día siguiente, pero la cabeza se le ha ido en busca de palindromas, y en lugar de perseguir repeticiones o fallos de concordancia, lee de izquierda a derecha cada palabra del texto para examinar su potencial capicúa.

Las cabras han vuelto al risco un día más y se sientan como hacen los viejos en los pueblos a ver pasar la vida. Hoy no ha pasado, al menos la vida en su versión activa, pasar pasan los minutos y ya llega la hora de recogerse. Se levantan del risco que es su banco del pueblo, y vuelven a emprender el camino de subida. En esta ocasión ha sido la cabra más joven la primera en bajar la cabeza, tal vez está cansada, puede que empiece a cundir también en ella el desaliento.

Las horas leyendo la novela al revés le han procurado a Filloy más de un hallazgo. *Sevilla es Allí ves, sería son aires*, y si se inventa una hija de nombre *Yolli*, con su propio apellido Filloy hace un palindroma. La corrección es ya lo de menos, el texto no es ya novela sino conjunto de palabras a estudiar para ver si de allí petróleo sale. Filloy va agrupando palindromas de una, dos, tres y hasta diecisiete palabras, los llamará *fillogramas*, y su composición terminará por absorber todo su tiempo. Poco le importan ya las redundancias de la novela, el exceso de subordinadas relativas, el abuso del gerundio.

Mientras las cabras han regresado al lugar de su diaria contemplación del mundo, Filloy ha decidido no enviar el texto a la imprenta, al fin y al cabo se lo edita él, no tiene un agente que le presione. Con su decisión lo condena así a seguir vivo, se condena él a seguir corrigiéndolo, a plantearse de nuevo hasta las premisas iniciales de su escritura. Pero no es sólo él quien ha decidido que lo más urgente es no hacer nada, las cabras han hecho lo propio, empieza a oscurecer y no se mueven, quizás también ellas estén leyendo el paisaje al revés, jugando con la vida, para poder así, al menos durante un rato, olvidarse de ella.

XXIX

EN CASITA ESTÁBAMOS MEJOR

El gordo Storani está en el hospital reponiéndose de las lesiones de un atropello. Su estado ha mejorado en los últimos meses y ya da paseos por los jardines de la clínica, verdes y silenciosos como un cementerio. En esas cortas caminatas con esfuerzo, entabla amistad con otro enfermo, herido por un disparo en la espalda de un loco borracho. Las circunstancias y el tiempo libre, su situación personal y la ocasión que da el paseo para reflexionar sobre ella, los llevan a discutir sobre su suerte, a plantearse si el destino está marcado, o si ambos están allí sólo por el azar o la mala fortuna.

Dos hombres entran en la tienda de una gasolinera para asaltarla. Ambos van armados. El más experimentado se dirige a la caja mientras el otro se queda en la puerta controlando la entrada. Este último está nervioso, es su primer asalto, mueve la cabeza convulsivamente, y su mirada se dirige ahora a la caja, esperando que su compañero termine, ahora a la puerta, deseando que nadie aparezca. El nerviosismo se vuelve pánico frío cuando al mirar a la caja cree reconocer a su madre en la figura de la cajera, los brazos en alto, la expresión de miedo grabada en el rostro.

Para el gordo Storani el azar existe, el destino no. Su compañero de hospital sostiene lo contrario, nada es casual, esa bala tenía su nombre, estaba escrito que el gordo iba a sufrir ese atropello, el accidente en sí fue constatación y no sorpresa. Los argumentos empleados por cada uno para defender sus tesis son los propios de una charla de café, al fin y al cabo se están moviendo en el territorio de la fe o si lo prefieren en el de las convicciones, lo cierto es que ninguno de los dos puede probar cuanto dice.

El tiempo se ha detenido en la gasolinera para el ladrón novato, y en los próximos minutos todo sucederá como en cámara lenta, pero también a una velocidad de vértigo. Una mirada más atenta a la caja ha confirmado sus peores temores, es su madre quien

tiene los brazos en alto, está un poco más vieja y más gorda, pero sin duda se trata de la persona que lo trajo al mundo, quien lo educó, aquella que le leía cuentos antes de dormir.

La discusión del gordo Storani y su nuevo amigo ha entrado ya de lleno en lo religioso, si todo está previsto es que hay un dios, y ese dios manipula nuestras vidas a su antojo, o las tiene escritas antes de que las vivamos. Así es, responde el herido de bala, ese dios quiso que yo me enfrentara a mi agresor con el valor que nunca había tenido, casi con soberbia, y también dispuso la trayectoria de la bala, una herida en la espalda no mortal, para que yo asumiera así que algo debía cambiar en mi vida, nada ocurre porque sí, ningún detalle es gratuito.

El asaltante le ha pedido a la cajera que no se mueva, un gesto extraño puede costarle la vida. Ella sigue con los brazos en alto mientras él abre la caja y saca de ella menos billetes de lo esperado. No puede ser, ¿esto es todo?, grita enloquecido ¿me vas a decir que ésta es la recaudación de toda la noche? Su compañero quiere gritar también pero no puede, algo le ahoga la voz, aunque por fin logra emitir un vengá, vámonos casi imperceptible, pero en el que la cajera ha reconocido sin sombra de duda la voz de su único hijo varón.

Storani contradice la tesis determinista con vehemencia. Ningún dios ha causado su atropello, y sí la falta de pericia de un conductor novato, ningún dios, le dice a su amigo, emborrachó a tu agresor y le puso en la mano una pistola. Desengáñate, aquí todo lo que pasa es culpa nuestra, concluye, y como si quisiera darle la razón, el atracador experto acaba de endosarle dos tiros a la cajera, ella ha querido escapar hacia la puerta y no le ha quedado más remedio que disparar. Su compañero abre los ojos de par en par y éstos pasan de la sorpresa al espanto, y mientras el gordo Storani se despide de su amigo pues ya tiene el alta, el ya huérfano ladrón novato le vacía el cargador a su compinche, y se sienta a llorar en el suelo, a llorar y a esperar a que por fin venga la policía y acabe también con él.

XXX

NO HAY COLUMPIO SIN CONDENA

El principio que rige el tobogán es claro como el agua clara. Se suben despacio y de uno en uno los peldaños de una escalera de pared que en lugar de apoyarse contra ésta tiene en su extremo una vaina hueca, hecha de metal o madera, por la que el niño se desliza cuando ha terminado el ascenso. No hay nada práctico en su diseño, no está concebido el tobogán para llevarnos a ninguna parte, es en la velocidad de la caída donde reside la gracia del invento. Este esquema sólo lo rompen los niños cuando la edad los conduce al hastío, y entonces suben por la vaina en lugar de bajar, y al pobre tobogán se le parte el alma, el uso indebido de su cuerpo le hace perder su razón de ser, cuestiona su propia existencia.

Dos amigos llevan seis años sin verse. Un día se cruzan por casualidad en el centro y quedan esa semana para tomar café. Uno de ellos acaba de salir de la cárcel, y duda si acudir a la cita, y cuando a ella se dirige al fin duda si entrar en la cafetería, no sabe si quiere o no decirle a su amigo la verdad. Cuando va a darse la vuelta y marcharse, oye la voz de su amigo que lo llama, vuelven a abrazarse como el día del encuentro fortuito, entran juntos en la cafetería.

Al balancín viene a sucederle lo mismo que al tobogán, con el agravante de que él precisa de dos niños para ser, cada uno situado a un extremo de su osamenta, y es en el contrapeso donde está el movimiento y la diversión, ahora subo yo, ahora subes tú. Pero los niños se cansan antes del balancín que del tobogán, y los más grandes comienzan a usarlo de catapulta, o se suben quince y no dos y lo destrozan, y terminan abandonándolo estático y triste, ya nadie de sube de forma simétrica y equilibrada, para darle vida aunque sea por un instante.

El amigo que acaba de salir de la cárcel no sabe qué decir, el otro va pidiendo cervezas en lugar de café, y ya está hablando del colegio, ha recordado al calvo profesor de gimnasia, ha revivido el incidente de la fiesta de fin de curso. Mientras el otro gesticula y ríe, el ex reo calla casi todo el tiempo, y bebe cerveza como si así postergara el momento de la confesión.

El columpio es de uso individual e intransferible, como los carnés de socio de los clubes de golf. Es verdad que puede haber alguien ayudando a quien lo usa, ese alguien es casi siempre adulto y su labor consiste en empujar, bien porque el menor no sabe todavía impulsarse moviendo sus piernas de atrás a adelante, bien porque por sí sólo no se basta para alcanzar la altura deseada, quiere subir tan alto como subir se pueda. Son como siempre los mayores quienes se cansan del juego, y se ponen de pie en el columpio, o se suben tres y se rompe la cadena.

A la cuarta cerveza las historias del colegio se han agotado y se ha hecho un silencio espeso, como la crema de aceitunas que untada en pan les han servido como tapa. El ex presidiario ha decidido contar la verdad, pero al ver la cara requisitoria de su amigo ha surgido un último recurso para ganar tiempo. Debe disparar él primero. Y dime, ¿qué has hecho todos estos años?, pregunta al fin. Si tú supieras, contesta el amigo, después de dar un último trago a la cerveza. La cárcel no es vida, los que estáis fuera no os podéis imaginar cómo sufre uno allí dentro.

Y de pronto el parque se ha llenado de niños pequeños, y hay quien sube y baja por el tobogán como corresponde, el balancín está contento porque son dos los que en él están, suben y bajan al compás de su propio peso. El columpio parece también sonreír, con inquilinos que lo disfrutan respetando las reglas del juego, y como si el uso equilibrado de un parque infantil hubiera provocado una suerte de armonía universal, el amigo que también ha estado en la cárcel pero no lo ha dicho, ha pedido otra ronda de cervezas, y ha introducido, ahora él, el argumento del profesor de gimnasia, menudo elemento, dice riendo, y son los dos ahora los que ríen casi hasta las lágrimas.

XXXI

DIME DÓNDE ESTOY Y TE DIRE QUIÉN ERES

Un grupo de turistas españoles acaba de llegar a la Patagonia. En su primera salida, con las cámaras de última generación cargadas y la ropa de marca en su lugar de exhibición, los viajeros acuden como borregos a una estancia donde esquilan ovejas. La estancia ya no vive de esquilar ovejas sino turistas, y la visita incluye paseo, asado, té y chacareras de otros pagos. En el inicio del paseo, un peón muestra como ralear ovejas con perros australianos, y luego practica una llave de yudo a un animal con lana, mientras el guía describe las propiedades del bicho. Aquí, en el fin del mundo, proclama el exegeta, las ovejas viven diez años menos de lo normal, el pasto es duro y a los cuatro años se quedan sin dientes.

Phil Roberts descubre en su segundo año de estudiante en la Universidad de Oxford que no va a ser un gran escritor. La constatación de sus limitaciones no es sinónimo de desencanto, le queda la cátedra, la investigación, la labor crítica, y con la misma vehemencia con la que perpetraba versos sin rima, se consagra al estudio de un autor alemán del diecinueve.

La oveja reducida ha escuchado con atención y espanto las palabras del guía. Cuando el peón la suelta al fin, vuelve al rebaño una oveja que ya no es la misma. Acaba de aprender que vivirá poco, que cada mordisco de pasto es un día menos de vida, que al

comer cumpliendo con el instinto de supervivencia, está también acercando la fecha de su muerte.

Con los años Roberts se convierte en el máximo experto mundial del decimonónico autor, sus trabajos alumbran aspectos de la obra hasta entonces desconocidos, sus interpretaciones brillantes le dan a lo analizado una altura que nunca tuvo. El estudio ha superado así al objeto estudiado, y con esas premisas, no es de extrañar que en el primer congreso mundial dedicado al escritor con motivo del segundo centenario de su nacimiento, Phil Roberts sea el encargado de pronunciar el discurso de apertura.

La oveja consciente de su destino ha dejado de comer con el empuje de siempre. Ahora economiza sus mordiscos al máximo, aprovecha cualquier hierba cortada para darse un atracón, evita el desgaste casi hasta el ayuno. Pero no es esa dieta la que hace de su existencia un infierno, y sí el saber sin entenderlo que vive esa existencia nada menos que en el fin del mundo. Porque ahora, su estrategia de futuro basada en la alimentación escasa hace que tenga mucho tiempo para contemplar su entorno, y por mucho que añada el pensamiento a la contemplación no acierta a digerir que eso -es decir su circunstancia- pueda ser el fin, y le inquieta además sobremanera que ese fin lo sea del mundo. Y es que nunca pensó, ni en sus cavilaciones más íntimas, que la realidad tuviera una naturaleza sucesiva, y por eso las preguntas no dejan de repicar ahora en su cabeza. ¿Dónde estará el principio?, ¿habrá en ese lugar algo que comer?, y sobre todo ¿podré procurarme allí una dentadura postiza? Las preguntas tampoco dejan de repicar en la cabeza de Phil Roberts, quien a punto de jubilarse, en unas vacaciones en el sur de Francia relee por enésima vez la obra del hombre al que ha consagrado su vida. Y como sucediera al escritor que leyó su obra primera pasado el tiempo y la encontró insufrible, Roberts se dice a sí mismo aquello que siempre ha sabido. Ha dedicado su vida a un escritor menor. Y es esa afirmación la responsable en su caso de las odiosas preguntas. ¿No lo habrá hecho a conciencia?, ¿no será la mediocridad de la obra original la que ha permitido que brillen por contraste sus reflexiones?

XXXII

DE DÓNDE VIENES ALEGRÍA

Era una mañana de mayo, y al parecer la desgracia había decidido escoger la primavera para su aparición estelar, pues mi vida se vino abajo sin previo aviso. Perder a un ser querido, sentir que nada en este mundo tiene el menor sentido, y abandonar la tranquilidad, todo eso se juntó en ese día, como cuando al hambre se le añaden las ganas de comer y a éstas viene a sumarse el apetito.

Según nos cuenta Carlyle, Eróstrato fue un anónimo ciudadano de Éfeso, que prendió fuego al templo de Diana con el confesado propósito de pasar a la posteridad. Si nada de suficiente mérito había hecho en su vida, la quema de un templo iba a servirle para alcanzar su objetivo. Mari Carmen Lozoya no había leído a Carlyle, y no vivía en Éfeso sino en un pueblo de las afueras de Madrid, pero imbuida del espíritu de Eróstrato, acudió una tarde a unos grandes almacenes donde firmaba discos su cantante favorito, y ante el estupor de la concurrencia le roció la cara con un ácido de muy marcado poder abrasivo.

La única estrategia que se me ocurrió para hacer frente a la adversidad fue no enfrentarme a ella, y me senté en una terraza, y una vez allí sentado pedí una cerveza bien fría. Me quedaba media hora para que la realidad me llegara de golpe, hecha esta vez de familia, angustia y nostalgia del pasado. La jarra de cerveza estaba empañada como un parabrisas, y a hacerla transparente con los dedos consagré los siguientes minutos.

En Éfeso, las autoridades prohibieron bajo pena de muerte pronunciar el nombre de Eróstrato, quizá para evitar que cundiese el ejemplo, con seguridad para vengar a la diosa cazadora. La prohibición logró su objetivo sólo a medias, pues pese a no ser pronunciado en público, hasta hoy nos ha llegado su pirómana hazaña, síntoma de que los caminos de la posteridad no son exclusivos de la virtud. Mari Carmen se conformaba con la celebridad aun pasajera, ser famosa fue el móvil confesado tras su atroz agresión, nada le había hecho el cantante para sufrirla, con ella le había permitido entrar en la fama, conceder exclusivas, posar para los fotógrafos desde la cárcel.

De pronto, sin saber cómo llegaba ni advertir su presencia, una brisa de primavera me golpeó en la cara y me levantó de la jarra para hacerme contemplar el paisaje urbano del mayo madrileño. Intenté disimular dando un trago de cerveza, pero como estaba fría, deliciosamente helada, la maniobra de disuasión tuvo un efecto contraproducente. Sí, eso que yo sentía sin motivo era felicidad a secas, un golpe de felicidad, una bocanada de alegría y serenidad juntas, como si ellas, al igual que mis desgracias, hubieran querido presentarse de la mano. No tenía ningún motivo para estar contento, nada en mi vida segregaba la mínima razón para la euforia. Y sin embargo, como llegado con la brisa, un subidón de vida, un calambre de felicidad me recorrió el cuerpo, de los pies a la cabeza, de las uñas al lagrimal, y dos gotas gruesas de llanto salado bajaron por las mejillas para dar fe del acontecimiento irracional, mi vida se venía abajo, pero la vida venía de golpe a decirme que ahí estaba. En cuanto a Mari Carmen y su efímera celebridad indeseable, nada puedo decirles que conmigo tenga que ver, poco me importa su suerte, siga ella su camino y procure no cruzarse con el mío, bastante tengo yo con lo que tengo como para preocuparme de los demás.

XXXIII

AL DIABLO CON EL DETERGENTE

El Diablo llega a Biloxi Mississippi un día de aguacero, conduciendo un Corvette negro descapotable. Con aspecto cansado y luciendo gafas oscuras pese al día sin sol, entra en el Motel Gulf Paradise, paga un mes de estancia por adelantado, y se encierra en la habitación 220 con el rabo entre las piernas.

Miranda trabaja de cajera en un supermercado, y ya no sueña, tenía un sueño único en el que cantaba y la aplaudían, pero un día sueño y aplausos se marcharon para no volver. Ahora lleva un tiempo obsesionada por un asunto en principio baladí. Por su caja no pasan los detergentes, son seis semanas controlando compra tras compra, y para su sorpresa prescinden del detergente aun aquellos que hacen acopio mensual y se llevan desde la comida para el perro hasta el acondicionador de pelo, pasando por la mermelada dietética o el desodorante sin alcohol.

En las siguientes tres semanas el Diablo no abandona su habitación en ningún momento. No es sólo el agotamiento físico el que lo ha conducido a su voluntario encierro. Está también cansado de su vida, harto de sí, condenado a la negación, incapaz de poder emprender ninguna acción positiva. Durante años ha disfrutado de su condición, ejerciendo su papel con convicción y deleite, pero ya desde hace algún tiempo cumple con él por rutina, como el obrero que ficha en la fábrica cada mañana al entrar a trabajar, sin la motivación precisa para afrontar una tarea de la envergadura de la suya.

El detergente ha seguido sin pasar por su caja y sí por las de sus vecinas, pues detergente se ha vendido y mucho en el supermercado, y sigue reponiéndose cada día. Miranda no le ha dicho nada a nadie, aunque ya son dos meses y apenas puede dormir. Pero no va a decir nada, su jefe la tomaría por loca, y su novio ha dejado de serlo, por razones que no vienen al caso. Arroz orgánico, pasta de dientes para niños, pilas alcalinas, papel higiénico sin lija, maquinillas de afeitar que no cortan sino el pelo, cervezas en lata con premio asegurado. De todo ha pasado, de todo sigue pasando aún ahora, sin que el detergente aparezca ni por casualidad.

La primavera ha llegado a Biloxi con la humedad acostumbrada y sin sorpresas de calendario. El Diablo está ya agotando sus días pagados en el Gulf Paradise, pero para su fortuna la crisis existencial es ya casi asunto del pasado. Durante toda su estancia, en la que no sabemos qué habrá pasado por su cabeza, ha mantenido alto el volumen el televisor, castigándose con la espantosa programación de día y de noche, pero aislándose con ello del exterior para no oír los ruidos de cama de la pareja eventual o los gritos del borracho viajante de comercio.

Un hombre de edad madura parecido en aspecto a aquél que aplaudía en su sueño, distinto en el pelo y en la forma de la sonrisa, ha pasado esta mañana a comprar, y por fin, tras seis meses en los que Miranda ha dejado la tranquilidad y abrazado la histeria y el insomnio, se ha llevado en su compra semanal un paquete de Skip. Miranda sonríe y escruta nerviosa la cara del comprador, como si en ella estuviera la explicación a lo imposible. Pero no está, nada dice esa cara fuera de cóbreme y déjeme en paz, como tampoco lleva mensaje alguno la cara del encargado del Gulf Paradise, cuando llama a la 220 y le dice al Diablo que mañana se termina su mes pagado. Mañana me voy, contesta el Diablo sin abrir la puerta, Diablo de nuevo Diablo, superada ya la *crisis de Biloxi*, así le gusta recordar su mes de cansancio vital, su crisis de los cuarenta.

XXXIV

SEGUIR IGUAL PARA QUE TODO SIGA CAMBIANDO

Intento retener en la memoria el barrio donde vivo, pues tener un esquema mental del entorno de uno procura sosiego, confina la vida a unas referencias conocidas, deja a la sorpresa fuera de juego. Pero las calles de mi barrio cambian cada rato, ahora es un bar nuevo, después cierra la frutería de siempre, ayer han abierto un restaurante japonés en la tienda de guantes y complementos. Estas constantes variaciones del paisaje urbano producen zozobra, incertidumbre, desazón, los rótulos luminosos ya no son los que eran, el barrio no es mi barrio, no acierto a perfilar sus contornos porque ni él mismo sabe muy bien quién es.

Terminado el encuentro amoroso, que los técnicos llaman coito para con ello describir todo el proceso y anunciar sus posibles consecuencias, él se giró a la izquierda de la cama, y ella dirigió su cuerpo y su mirada a la derecha, arqueados los dos, dando en un plano cenital algo así como el perfil de una mariposa)(. Se hizo el silencio, o mejor dicho, ellos dejaron de emitir ruido y pasaron entonces a escuchar el ruido de la ciudad entrando por la ventana.

La permanente mutación de mi barrio se ha trasladado hasta la mesa de la oficina. La sociedad de consumo precisa cambios constantes para seguir vendiendo, y así me retiran sin previo aviso el ordenador para instalar uno nuevo, los rotuladores son cada día distintos, el mismo logo de la empresa y todo el diseño gráfico ha cambiado tres veces en el último año. El resultado de este vaivén es que cuando llego por las mañanas ya no reconozco nada, y no experimento esa sensación de bienestar que produce la reiteración de una presencia en la retina, si no más bien la extrañeza de quien ocupa un

lugar que no es el suyo. Ayer la secretaria me trajo el café en unas tazas nuevas, y tuve que mirarla a la cara para ver si ella seguía siendo la misma.

Al cabo de una media hora, en la que pudo haber sueño pero también reflexión sobre lo acontecido, ella se levantó de la cama dejando a la mariposa sin una de sus alas, algo así como si a)(se le partiera el corazón y quedara convertido en la parte delantera de un paréntesis. Tuvo que pasar casi una hora para que él se levantara, sorprendido de no encontrar a su pareja a su lado, y se vistiera a toda prisa, como si acabara de recordar una cita importante e inminente.

Tras mucha reflexión he decidido no ir contracorriente, tal vez haya que encontrar la estabilidad en lo cambiante, que sea el cambio la continuidad y lo permanente lo variable, que ver dos cosas dos días en el mismo sitio termine por generarnos desazón y no tranquilidad. Y como la realidad externa a la que me enfrento tiene ya de suyo un carácter cambiante, he optado por trasladarlo también a mi casa, y he cambiado sin decírselo a mi mujer la espantosa abstracción que decoraba el comedor y era regalo de boda. Ahora cada día llevo a casa algo nuevo, me compro ropa nueva de forma constante, me pongo una corbata distinta todos los días de la semana. Para cambiar también la visión monográfica de mi domicilio, ayer invité a dos jubiladas a tomar café, a tres adolescentes de mi misma escalera les he dicho que vengan mañana a ver el fútbol. Y así, en ese entorno dinámico, adjetivo dotado de todas las virtudes de la modernidad, sigo mi vida, y cambiar de mujer o de trabajo no será ya incertidumbre sino inercia, la inercia será eso, el ser distinto cada día. Claro que todos estos parabienes sucederán cuando yo me encuentre, he salido de casa esta mañana y ya no sé dónde estoy, no he encontrado el camino a la oficina, deambulo por otro barrio y ya no sé dónde está el mío ni cómo llegar a él, acabo de entrar en un bar para tranquilizarme, y ya no sé si pedir café con leche o infusión, churros o magdalenas. Para colmo, estoy escribiendo esto para poner en claro mis ideas, pero ya no sé si soy yo quien lo hace o es alguien quien me lo dicta, y por eso termino pidiéndoles a los amantes mariposa que hagan algo, quien quiera que sean, si es que todavía están ahí, hagan repito algo por ayudarme, por ayudarme a recordar quién soy yo.

XXXV

POR LA BOCA MUERE EL PEZ

Un hombre está sentado en la taza del váter de su casa, momento donde además de dedicarse a la actividad propia del lugar, aprovecha para reflexionar sobre su jornada, y acompaña su pensamiento con el gesto de jugar con la alianza. En algún momento de juego y reflexión la alianza se cae, y él sólo se da cuenta cuando se levanta y tira de la cadena, y nota un brillo dorado entre todo lo que el agua se lleva para no devolver. El incidente es tan absurdo que decide no contárselo a su mujer, y le encarga al joyero que le haga una réplica para suplir la falta.

Los tres hermanos Fernández Fresnadillo juegan al baloncesto en el equipo del barrio, su altura los distingue de los demás, sus orejas de soplillo les confieren una identidad común, un territorio compartido. El domingo se juega la semifinal, y ya están entrenando sin descanso para dar lo mejor de sí, volver a demostrar que es jugando donde la vida les ofrece su mejor cara, donde nada es imposible, donde los sueños pueden hacerse realidad.

La jornada ha sido dura, y mientras el hombre reflexiona sobre sus desgracias donde ya saben, apoya los codos sobre las piernas, en gesto claro de abatimiento. Al hacerlo, las gafas se han caído al mismo lugar que el anillo, y aunque esta vez se da cuenta y ellas le piden el rescate con las patillas erguidas, como los brazos de un naufrago implorando auxilio, él tira de la cadena por no meter la mano donde meter no se debe. De nuevo oculta el incidente, y compra unas gafas iguales para evitar tener que dar explicaciones.

Los tres hermanos Fresnadillo comen pasta abundante muy de mañana, Han leído que los hidratos son buenos para los deportistas y unos fetuccini, sin más aderezo que un rancio aceite de oliva han sido esta vez los elegidos. El partido empieza a su hora, el equipo contrario es sin duda superior, las canastas se suceden, el resultado en la primera parte deja poco margen para la esperanza.

El hombre que todo lo pierde ejerce de anfitrión en una cena con otros médicos del hospital. Pese a estar en uno de los momentos más bajos de los últimos años, finge alegría y departe con los invitados en el comedor. En un momento de la cena se levanta para ir al baño a orinar, y esta vez de pie y no sentado vuelve a ocurrir lo inevitable. Al inclinarse a tirar de la cadena, el pañuelo de seda que luce en el bolsillo de su americana cae, y se despide dando vueltas en el agua antes de desaparecer para siempre. El hombre se reincorpora a su puesto en la mesa, pálido como un muerto, incapaz en esta ocasión de fingir que nada ha pasado. Su mujer lo mira con espanto desde el otro lado de la mesa y le pregunta en voz trémula pero potente: ¿te ocurre algo querido? La pregunta acalla las otras conversaciones de los comensales y todos dirigen su mirada al demudado anfitrión, que mira al frente como quien contempla el vacío. Se hace un silencio. Al cabo de un minuto eterno, el hombre contesta, sin dejar de mirar a ninguna parte. La vida se me está yendo por la taza del váter, dice al fin, y todos se miran, alguno se ha atragantado, la esposa improvisa una conversación para salir del paso. Mis hijos han ganado esta tarde su semifinal, proclama la anfitriona, y en el tenue movimiento de sus orejas de soplillo se percibe que también ella está siendo presa del pánico.

XXXVI

NATURALEZA VIVA

Alberto Sanmartín contempla los cipreses del cementerio al que ha acudido a un entierro. Los llantos de los familiares acompañan con su cadencia el quehacer de los enterradores. Un perro cruza corriendo la escena casi estática, y a Sanmartín le llega con él una iluminación, o si prefieren, lo ilumina un pensamiento clarividente. Lo vegetal tiende a la verticalidad, como lo demuestran los cipreses sin curva, lo animal se caracteriza por la horizontalidad, como prueba el perro que ahora se rasca las pulgas.

Redondo, la clara dorada en los bordes, dubitativa la yema entre el estar y el marcharse, lo sólido y lo líquido peleando por ganar la partida. El pan que irrumpe en el debate y el mercurio naranja o amarillo que mancha el blanco immaculado. Al fin, el producto en la boca, y ese sabor que tanto nos recuerda a otras yemas más dulces, reconfortante, duradero. Con esta lírica más propia de una etiqueta de vino que de un conductor de autobús, recuerda cada mañana Fulgencio Ledesma su desayuno hecho de huevos fritos, y en el atasco de entrada a Madrid la evocación lo evade de la locura circundante y reafirma su serena y profunda convicción. Existe un ente superior, ese huevo frito es la prueba irrefutable.

Todo lo de noble que hay en el ser humano proviene de su verticalidad, esto es de su componente vegetal, todo lo malo surge de su horizontalidad, es decir, de su condición animal. La sabiduría, el silencio, la quietud, la perspectiva y la elegancia son atributos de lo vertical. El miedo, la incertidumbre, el movimiento, la falta de miras, lo son de lo horizontal. Desde el día del entierro, Alberto Sanmartín deja de comer carne. A esa abstinencia se une la sexual, pues advierte que la cópula es el colmo de la horizontalidad, donde más animal es el hombre. Desde el día del entierro Alberto Sanmartín deja de dormir tumbado, y sólo se permite descansar sobre un sillón de su dormitorio, erguida la espalda hacia el cielo para no perder nunca el norte, porque es en el cielo donde el norte está.

Fulgencio Ledesma aprovecha el descanso para tomarse un bocadillo de lomo de cerdo con queso, y como el pan es tierno y el queso está fundido, se le saltan las lágrimas y casi le da pena comérselo. Luego, cuando ya el cansancio le hará desear que termine la jornada, evocará esa conjunción fatal de queso y lomo, de cerdo y leche, y en ella encontrará aliento para terminar su turno, la perspectiva de la cena ayudará también en los momentos finales.

Ha llegado el otoño, también para Alberto Sanmartín, y Fulgencio Ledesma cambia en la pausa el bocadillo por un plato grande de lentejas, y en el desayuno le han servido migas, material suficiente para iluminar el día y no tener que envidiar a nadie ni a nada. Con el cambio de estación, a Alberto Sanmartín se le han comenzado a decolorar las hojas y se llena de ocre y marrones antes de quedarse al fin desnudo. Volverá la primavera, se dice resignado, volverán a brotar las hojas, volverá a sentir el cálido arrullo del zumbido de los insectos, la lluvia templada, la explosión de vida de la naturaleza de la que ya es parte, y desde su insobornable verticalidad contemplará con displicencia a cuanto animalito, con ropa o sin ella, se acerque por su vera.

XXXVII

DÓNDE MIRAS, PICARÓN

En su tercer encuentro que es también su tercera cena en común, Alfonso Garrido no puede dejar de mirar los pechos enormes de Leandra Rives. Al principio obra con aparente disimulo, pero el vino hace su efecto y según avanza la velada bajan los ojos de Alfonso Garrido, como baja también la estima que Leandra siente por su apuesto pretendiente.

La loba amamanta a Rómulo y a Remo con cariño, pero también con un punto de inquietud, sabedora de que en su comportamiento hay algo de noble gesto-está salvando dos vidas-pero también de traición a su especie-no suele uno dar de comer al enemigo, por mucho que al ser infante parezca inofensivo.

La cuarta cena será también la última. Alfonso Garrido no ha dejado de pensar en los pechos imposibles de Leandra Rives. Su inteligencia, su sonrisa amable y su conversación chispeante son sin duda maravillosas, se dice a sí mismo, pero ése no es más que un discurso racional elaborado, la realidad cruda es que la ha llamado diez veces para cenar otra vez, y no porque quiera volver a admirar su sonrisa, y sí porque no puede dejar de pensar en sus pechos. El problema es que a Leandra Rives empieza a no hacerle ninguna gracia Alfonso Garrido, ha accedido a cenar con él sólo para decirle a la cara que no quiere volver a verlo, un tarado que no para de mirar fijamente su escote no es para la vida un compañero de viaje muy atractivo.

Tal vez fruto de un proceso hormonal, provocado por la propia actividad alimenticia, la loba empieza a tomar con entusiasmo su labor de nodriza. Mientras los demás lobos la miran mal, ella sueña con estar haciendo algo grande, y en su delirio imagina un imperio fundado por esos niñatos que hoy alimenta y a quienes ya quiere más que a sus hijos.

Alfonso Garrido ha tenido una comida de trabajo regada con vino y rematada con pacharán, y llega a la última cena con las defensas bajas, y por eso baja la mirada ya desde el aperitivo. No aguanto más, se dice Leandra, para qué esperar a los postres. En presencia del maître, que desgrana con descriptible entusiasmo el menú de temporada, Leandra ha dejado su carta sobre la mesa y ya se dirige a la puerta de salida del restaurante, después de hacer dicho a Alfonso Garrido cuanto sigue: Sabes Alfonso, tienes unos pechos preciosos, pero no eres más que un idiota. Alfonso también ha dejado la carta sobre la mesa, y en un acto reflejo se está palpando sus pechos como si en ellos estuviera la explicación a lo sucedido, ante la risa ya sin recato del jefe de sala. Y así, con la loba perdida en un sueño de césares, escipiones y agripinas, Leandra Rives sale por fin de su pesadilla y del restaurante, y camina calle arriba hacia su casa. Sus pechos, ignorantes de ser el centro de atención, se mueven con el sube y baja del

caminar, y con esa cadencia suave terminan por quedarse profundamente dormidos, ajenos al mundo, impermeables a todas las miradas.

XXXVIII

DESPEGAR ES DESCANSAR

Borracho como en sus mejores días, Ben White llega al hotel y pide una copia de la llave, que es en verdad una tarjeta de plástico. El conserje no consigue entenderlo y debe repetir el número de su habitación hasta tres veces. Por fin, con la lentitud inquietante de los muy borrachos, un andar que en su cadencia puede confundirse con una sutil elegancia distraída, White se dirige, tarjeta en mano, al ascensor que debe conducirlo a la cama. Son las diez de la noche.

La doctora Jump viaja en avión con más frecuencia de la que quisiera. Casi cada vez que lo hace piensa que en el acelerar que precede al despegue, éste no llegará a producirse, y el avión seguirá pegado al suelo, inútiles las alas, inalcanzables la altura y velocidad de crucero. Hoy ha vuelto a pensar lo mismo, pero el avión ya está lejos de tierra firme, y ahora se olvida de su premonición siempre incumplida, y se acuerda de su hijo que la esperará en el aeropuerto, y mira a un pasajero que lleva un gorro de lana blanca, y hojea despacio la revista de la compañía.

La espera del ascensor ha sido eterna, porque Ben White ha olvidado pulsar el botón, y la falta de reflejos, suyos y del propio ascensor, que sólo se mueve por impulsos ajenos, hace que el paso del tiempo resulte fatal, porque en él el alcohol está haciendo su efecto, si alguien lo rozara ahora con una pluma se desplomaría como un árbol talado. Sólo la decisión del inquilino de la 347 que baja perfumado para no llegar muy tarde a su cena, ha traído consigo la aparición del ascensor, y al abrirse la puerta y oírse un ruido como de medio timbre que anuncia el feliz acontecimiento, White parece

despertarse, y por un instante ve su rostro en el espejo del ascensor, antes de hacer un esfuerzo sobrehumano y entrar en él.

Una tarde regresando de Londres, la doctora Jump vuelve a pensar en su tema recurrente y frustrado. Por un momento el piloto parece querer darle la razón y apura el despegue hasta el límite de la pista, pero al final hay despegue y se gana altura, y ahora la doctora está pensando en su próxima conferencia, un pinchazo en la muela mala le recuerda que debe acudir al dentista, las nubes comienzan a dibujar formas caprichosas detrás de su ventana.

Por fin, tras pulsar todos los botones del ascensor para así evitar equivocarse, Ben White sube hacia su habitación, y se baja cuando comprueba que la puerta se abre por cuarta vez, en dirección a la 467, con el andar ahora ya decididamente tembloroso. No llegará, porque ha olvidado pulsar un piso, y está en verdad en la quinta planta, las escasas fuerzas que le quedan no van a permitirle desandar el camino. Quien sí llega procedente de Ginebra es la doctora Jump, esa tarde ha vuelto a pensar que el avión no despegaba, pero cuando las necesidades de la narración imponían que algo raro ocurriese, el avión ha tomado aire con facilidad, y ella ha recordado entonces a su padre muerto, ha mirado con curiosidad a dos monjas con hábito, y ya está en casa disfrutando de una ducha de agua caliente.

XXXIX

AÚN PODEMOS GANAR LA FINAL

Cuando la principal alegría del día, si no la única, consiste en que el equipo de piragüismo de tu país ha obtenido una medalla en un campeonato mundial celebrado en algún lugar con agua suficiente, debes asumir que tu vida vale bien poco la pena, y que estás ya en el bando de quienes la ven pasar, y no de quienes por ella pasan. Así estoy

yo, contento, casi eufórico, con el triunfo rotundo del K4, los rusos nunca tuvieron la menor opción de alcanzar a los nuestros.

Martín Ribagorda decidió consagrar su tiempo a una ocupación metódica aunque absurda, algo que requiriera atención y disciplina, el objetivo era la tarea en sí, los resultados de la misma carecían de toda importancia. Para escándalo de su mujer y regocijo contenido de sus hijos, dejó de buscar trabajo con el que pagar las facturas, y comenzó una semana a llenar al piscina vacía por el procedimiento de abrir el grifo, llenar un vaso de agua Duralex (era de agua cuando ésta lo ocupaba) y trasladarlo hasta la piscina, para allí verterlo sin más ceremonia.

Lo impresionante no ha sido la victoria y sí el modo de obtenerla, con esa superioridad que aplasta al rival, que hace pensar que la carrera ha sido un mero trámite, desde el principio se veía que la disputa lo era sólo para el segundo puesto. La cara de nuestros muchachos al llegar confirmaba lo anterior, no era la cara del sorprendido por ganar y sí la del sereno tras cumplir con la rutina, medalla de oro, record del mundo y a otra cosa, que se hace tarde.

A las diez y media Martín Ribagorda se concedió un descanso. Trescientos vasos repletos habían transitado de la cocina hasta el jardín, y una vez allí hasta la solitaria piscina. Satisfecho pero exhausto, no bien llenó el que hacía el trescientos uno, se sentó en la veranda a bebérselo, ese líquido nunca llegaría a compartir destino con el resto. Consumido el refrigerio de un sólo sorbo, consultó su reloj, y cuando hubieron pasado cinco minutos en los que el cansancio físico le procuró ese vacío mental tan ansiado, se levantó como si hubiera sonado un despertador y prosiguió su tarea con la misma determinación, pues al fin y al cabo, al llenar la piscina no hacía otra cosa que llenar su vida.

Acabo de llamar a mi vecino Lucas para comentar la victoria, también él estaba frente al televisor, siempre le digo que deberíamos juntarnos para ver la tele, pero es más raro que un perro verde. Mañana lo comentaré en el desayuno en la cafetería, la alegría me durará al menos un par de días, y luego la programación deportiva me procurará alimento nuevo, el martes empiezan las eliminatorias del mundial de fútbol, seguro que el jueves hay un torneo de golf en algún lugar con césped y aspersores.

Ha terminado la jornada y Martín Ribagorda se acuesta con la sensación del deber cumplido. La piscina luce una pátina imperceptible de agua en su fondo, su mujer ha pasado del enfado a la cólera, y sus hijos de la guasa a la preocupación. Pero nada impedirá que Martín cumpla su proyecto, esa noche dormirá como un niño y al día siguiente reanudará la tarea hasta concluirarla. Entonces, llena la piscina y vacía de nuevo su vida, tendré que llamarlo como a mi vecino, para recordarle que el domingo siempre hay gran premio, coches o motos, fútbol o balonmano, material en fin para compartir alegrías, sufrir por las derrotas, tener al cabo alguna razón para vivir.

XL

HISTORIA DE LA BLANCA NIEVE BLANCA

Napoleón no ha pasado una buena noche, y se despierta de notable mal humor. Quienes hoy llamaríamos sus colaboradores lo notan de inmediato, y deciden que es mejor no llevarle la contraria. En realidad, como sucede con los locos, reflexiona uno de los colaboradores, siempre es mejor no llevarle la contraria, pues eres tú quien pagará las consecuencias.

Tras una tormentosa reunión celebrada por los adverbios de lugar, en la que pese a la tormenta no había nubes y sí una multitud de *allís, aquís, lejos y cercas*, un jueves de marzo y lluvia los epítetos decidieron también reunirse a puerta cerrada con un grupo de sustantivos, con la intención confesada de exponerles sus reivindicaciones. Más allá de los posibles resultados del encuentro, sobre los que me permito adelantar mi escepticismo, el hecho en sí de la reunión conmocionó a más de uno, pues cuando en un sistema gramatical los elementos cuestionan su posición en el mismo, la palabra crisis comienza a utilizarse y con fuerza.

A Julio Cesar le ha sentado mal la comida y peor la siesta, o para ser exactos se ha intoxicado con lo ingerido y la siesta no ha podido ser todo lo reparadora que él

quisiera. Quienes hoy definiríamos como las personas de su entorno más próximo han percibido nada más verlo que su estado no era bueno y han decidido no preguntarle nada. En realidad, como sucede con los sordos, reflexiona uno de las personas de su entorno más próximo, siempre es mejor no preguntar nada, pues serás tu quien pague las consecuencias.

El planteamiento de los epítetos fue claro como el agua clara: querían abandonar su condición de epítetos. Abrió fuego el adjetivo *blanco* para exigir ser aplicado a cualquier sustantivo (incluidos los peores) salvo a *nieve*, pues al juntarse con él se volvía puramente ornamental. *Rojo* secundó la propuesta, en su caso respecto de *sangre*, y *negro* se sumó en el último instante, aprovechando la presencia de la voz *noche* en la sala, a quien por cierto no dejó de mirar en toda la reunión con ojos de asesino. A algunos sustantivos la limitación les pareció intolerable, y recordaron a los epítetos que su función de adjetivos siempre es secundaria, al fin y al cabo lo esencial, por mucho matiz que aporte el adjetivo, se contiene en el sustantivo, ellos son los importantes, y lo complementario debe acostumbrarse a todo, pues como dijo uno de ellos es ley de vida, tampoco al sustantivo le hace gracia que le pongan a su vera lindeces como hipócrita, acabado o criminal. Cuando la situación hubiera hecho a un periodista afirmar que las posturas parecían irreconciliables, un epíteto con imaginación trató de acercarlas, sugiriendo que el objetivo de énfasis o redundancia buscado al añadir *blanca* a *nieve*, podría reemplazarse por la reiteración del propio sustantivo, y así al decir la *nieve nieve*, el efecto sería el mismo.

Ni Agamenon ni su célebre porquero han tenido mala noche ni peores digestiones, y se levantan en lugares distintos pero ambos de buen ánimo y mejor disposición. Aquellos que hoy nombraríamos como sus seres más allegados se han dado cuenta al instante, y han decidido no informarlos de lo mal que han ido los intereses griegos en campo de batalla. En realidad, como ocurre con las personas optimistas, ha reflexionado uno de sus seres más allegados, siempre es mejor no darles malas noticias, aunque no seas tú quien pague las consecuencias. Sobre todo porque al porquero nada le importa la guerra de Troya, y a Agamenón ya casi tampoco, está hasta el gorro de tantos años de fracasos, harto de Aquiles y su tropa, mucho más que hastiado de los dioses caprichosos y de la inmunda comida de rancho. También estaban hartos algunos de los asistentes a la reunión gramatical, y un sustantivo cuyo nombre omitiremos para evitar represalias, puso fin a la misma recordando a los presentes que cualquier discusión sobre su destino era un ejercicio de inocencia tan enternecedor como estúpido, pues de todos es conocido que ellos no son más que un juguete en manos del hablante y que éste puede en verdad hacer con ellos cuanto le de la gana.

XLI

NAVEGAR ES PINTAR PARA LA POSTERIDAD

El conjunto de la obra pictórica que Viorel Popescu dejó a la humanidad al morir constaba de seis obras, las únicas que pintó en su vida, una vida consagrada en su integridad a la ejecución de esas seis pinturas. De los seis cuadros, tres tenían un tamaño similar al de una puerta (eran en verdad tres puertas pintadas), y tres se aproximaban al de una contraventana (eran en verdad tres contraventanas pintadas).

Con la convicción precisa y una gorra vieja de capitán de navío, Santi Ledesma salió a surcar los mares en su goleta, aunque la realidad se empeñara en contradecirlo, pues la suya era una pequeña barca de una vela que apenas dejaba surco, y hablar de mares fuera incurrir en hipérbole y además en plural, porque sólo navegaba en un pantano, construido cerca de su pueblo hacía cinco décadas con el único propósito de ser inaugurado por el caudillo.

El inventario de la obra de Popescu se componía de tres autorretratos (las contraventanas) que nos mostraban al pintor en las tres fases de la vida (niño, adulto, anciano) y tres obras corales (las puertas) en las que el rumano nos brindaba su visión

del mundo, con un abigarramiento y una técnica de acumulación similares al entierro del Conde Orgaz, pero sin la presencia ni vivo ni ya cadáver del citado aristócrata. Popescu decidió que jamás expondría ninguna obra, pues la posteridad era el antónimo del éxito mundano, y precisaba de ascetismo y desconocimiento de los demás, amen de un reducido número de pinturas que multiplicara su valor futuro. Con estas premisas dedicó su vida a esos seis cuadros, que formaban en realidad una serie de título único, *El hombre y el mundo*, destinada nada menos que a condensar en forma y fondo toda la esencia de la humanidad y a resumir la historia del arte europeo.

La mirada al frente, el viento golpeándole la cara, la mano al timón. Santi Ledesma aceptaba que era exagerado hablar de goleta o mentar mares para nombrar pantano. Pero él sostenía que lo relevante es la intención, la actitud con la que se afronta la empresa, pues es aquella quien otorga a ésta su categoría. Y lo siguió sosteniendo ese día, hasta que el grito ¡Santi, vuelve a la orilla que ya está lista la paella! proferido por la voz chillona de su madre gorda, puso fin a navegación y pensamiento.

Viorel Popescu dejó precisas instrucciones sobre el destino de su obra, en veinte folios que su única hija arrojó a un contenedor junto con los pocos objetos personales (ropa, botes de pintura, pinceles) del ya malogrado artista. Dos meses después la heredera vendió la buhardilla donde su padre vivía y el nuevo propietario le dijo que se llevara las pinturas, pues eran demasiado chillonas para volver a ejercer su función primigenia (en esos términos se expresó) y demasiado espantosas- usted perdonará- como para colocarlas en ningún otro lugar.

La llamada al almuerzo despertó a Santi de sus reflexiones con viento y lo trasladó a la realidad de merendero de ese agosto sin brisa. Bajo una sombra casi generosa el padre de Santi, cubierta la paella con papel de plata, servía los aperitivos con devoción, como si fuera la cena de fin de año. Lo importante, le dijo el padre al Santi cuando éste se sumó al festín, no es lo que haces sino la trascendencia que confieres a tus actos. Y Santi asintió con un *Y tú que lo digas*, mientras su imaginación se perdía en los mares del sur, en terribles tormentas con mástiles rotos. No debió pensar lo mismo la hija de Popescu, pues tras llevarse a casa los cuadros, los fue utilizando como leña en la chimenea, dado que compartía sin matices el juicio expresado por el nuevo propietario de la buhardilla. Para un crítico reputado, que no llegó a ver los cuadros pero supo de la historia, en ese gesto la hija del pintor reveló haber heredado el genio artístico de su padre, construyendo la metáfora de lo efímero, la esencia del arte de nuestros días, toda la tradición pictórica de occidente destilándose en fuego mientras la heredera de esa tradición degusta su telenovela favorita.

XLII

EN LA DUCHA CAEN BANDEJAS

Un hombre se ducha cada mañana y esa ducha responde siempre al mismo patrón. Se enjabona y aclara en dos minutos, y luego se queda al menos cinco con la cabeza

agachada y el chorro de agua sobre ella, dedicado a contemplar el caer del líquido interrumpido por su cuerpo aún joven.

Moncho Martín, camarero, lleva el pedido de dos mesas en una bandeja. La mesa seis está más lejos, a ellos les toca el grueso del encargo, dos jarras grandes de cerveza, un martini, ración de patatas bravas. La mesa dos está mucho más cerca, y lo suyo es sólo agua mineral y la cuenta. Moncho duda un instante, porque dejar agua y cuenta le obliga a dejar la bandeja entera sobre la mesa, y en ese instante un niño que corretea entre las mesas le hace tropezarse, y es al fin la mesa cuatro quien recibe de golpe y sin pedirlo todo el contenido de la bandeja, liberados los sólidos y líquidos de los vasos y platos que los contenían.

Los años pasan y el hombre de ducha diaria permanece fiel a su costumbre. Una mañana ya en los cuarenta, transcurridos los dos primeros minutos, inicia la contemplación del agua cayendo, y es entonces cuando comprueba con cierto espanto que la barriga le ha crecido al punto de no poder verse el pene, y tiene que inclinar más la cabeza para comprobar que sigue allí pese a no poder verlo.

La reprimenda brutal y no exenta de alusiones personales de su jefe idiota hace que las dudas de Moncho Martín se conviertan en inquietud permanente. Las horas punta son las peores, ahora es la del aperitivo y sólo la mesa siete luce desnuda esperando cliente para que el bar haga pleno. Esta vez en la barra han cargado sólo para la mesa cuatro - tres cañas una clara y la tapita- pero la distorsión le viene a Moncho de la tres, donde un cliente pesado lleva dos horas protestando. ¡Jefe, es para hoy o qué!, vuelve a

gritar delante de su cara, y al girar sobre su eje para no verlo pierde la referencia de la cuatro, se trastabilla, y es la mesa dos la que hace pleno, ante la carcajada del pesado de la tres y la mirada asesina de su jefe imbécil.

El hombre con barriga lleva ya tiempo duchándose con agua más templada, la cabeza sin pelo no tolera igual las altas temperaturas, aunque ahora ya no precisa casi champú, y es mayor el tiempo de contemplación del agua cayendo sobre su cuerpo ya anciano.

A la próxima te vas, ha sido la frase del jefe pasado el escándalo, amenaza destinada sin duda a motivar a Moncho Martín, para que con el miedo su rendimiento mejore. Durante tres días controla la situación porque apenas acude gente, pero el sábado sí acude puntual y con su presencia soleada aparece el aperitivo y quienes van en masa a la terraza a consumirlo. El jefe mira, en la barra tratan de cuidar a Moncho cargando poco, pero esa estrategia hace que se multiplique el tiempo de espera, la lentitud es en este caso pan para hoy y hambre para dentro de diez minutos, hambre y quejas, gritos y descontento. La mirada ahora ya simplemente demente del jefe a la barra hace que esta vez la bandeja vaya cargada, describir su contenido sería hacerles un listado de las costumbres de aperitivo del norte de España. A Moncho no le basta una mano para llevar la bandeja, y sudoroso, agarrando con las dos oferta tan variada, se dirige a la mesa diez, observado ya no sólo por el jefe sino por toda la terraza. Dos gotas gruesas de sudor recorren sus sienes, el sol pega, el tiempo se detiene sin que por ello el sudor interrumpa su caída. Moncho vuelve a detenerse un instante antes de dejar la bandeja sobre la mesa, se hace un silencio, que él rompe con un grito desgarrado y sin palabras. Vuelve el silencio, siguen fijas las miradas, y ante el escalofrío general Moncho arroja

hacía lo alto la bandeja, con todas sus fuerzas, y mientras la gente se levanta para que sobre ella no caigan los vasos, Moncho sale despacio de la escena, como si supiera que todo lo que ahora vuela va a esperar su partida para estamparse contra el suelo. Y ahí, con el aperitivo detenido en el aire, nuestro hombre de la ducha ya muy anciano inicia su rito, hoy más tarde porque es sábado y no hay motivación alguna para levantarse pronto. Pasados los minutos de agua y reflexión, sale con torpeza de la bañera, y con torpeza se cae y se rompe la cadera al golpearse contra el suelo, tal vez también la cabeza haya sufrido el impacto. Y en el suelo se queda inerme a esperar a su mujer, y ella ha tardado tanto en hacer la compra que cuando llega, un reguero de orina acompaña al cuerpo ya inmóvil. Y ahora sí, como si a ellos también los hubieran esperado, sobre el suelo de la terraza cae el aperitivo con estruendo, cuando Moncho ya no está, cuando el viejo no va a volver a ducharse más, al menos por ahora.

XLIII

LECTURA CON MAREA, SOMBRILLA SIN SOL

Una familia llega a la playa donde debe pasar una semana. El primer día los progenitores aprovechan el mal tiempo para ir de compras, y además de material suficiente para llenar la nevera, se hacen con toallas para los niños, crema protectora, chancletas para los seis.

Un bañista lee en otra playa un libro de Camus. El autor no viene al caso, tampoco el libro en cuestión, pues nada tienen que ver con lo que a continuación sucede, salvo tal vez su poder de distracción, si convenimos que es él el desencadenante de los hechos.

El segundo día amanece nublado como el anterior, y mientras los cuatro niños vuelven a quedarse encerrados en el apartamento viendo dibujos animados, los padres acuden otra vez al centro comercial de un pueblo vecino y compran sillas de playa, sombrillas, una pequeña nevera para poder llevar bebidas bien frescas.

En la playa del lector la marea sube y baja, de otra forma no sería marea, y en el subir una ola ha mojado los pies del absorto bañista. La siguiente no llega, pero la tercera ha alcanzado y con creces ya a la silla sobre la que reposan el libro y quien lo lee. Hasta aquí todo resulta bastante natural, que alguien lea a Camus en edición de lujo en la playa puede ser una extravagancia pero no constituye noticia. La noticia viene con la cuarta ola, cuya fuerza desplaza la silla del lector. Éste, lejos de levantarse y cambiar de sitio, recupera el equilibrio sobre la silla y sigue leyendo imperturbable.

Quienes veranean de toda la vida en la playa ahora sin sol no recuerdan tres días seguidos de mal tiempo, pero ese miércoles llueve sin descanso sobre la arena sin gente. Los cuatro niños vuelven a quedarse en el apartamento, hoy en día hay dibujos las veinticuatro horas, aunque los más pequeños, aburridos, han dedicado también su tiempo a pintar sin permiso la pared de su habitación. Los padres no pierden la esperanza, y ya que están casi equipados, deciden acudir otra vez al centro comercial para eliminar el matiz. Y no era sólo matiz, pues habían olvidado los inevitables cubos y palas, y a éstos se agregan gafas y tubos para bucear, aletas para hacer lo mismo, y unas gorras de playa con el nombre de ésta.

Los casi cien kilos de peso han ayudado a que la siguiente racha de olas no se lleve a la silla y a quien la ocupa hasta el mar cercano. Pero llega una ola enorme, distinta en su ímpetu y tamaño a sus predecesoras, y pasa por encima de la cabeza del bañista, lo tumba de un golpe seco. La silla, sin el peso generoso y fijador, es arrastrada por la resaca lejos de la orilla. El libro se ha quedado abierto flotando un rato, y luego acompaña a la silla en su camino interior.

En la playa sin sol se ha repetido la misma historia en los días siguientes, distintos son sólo y sólo a veces los dibujos animados, distintos los nuevos productos de playa

que los padres siguen adquiriendo para al fin disfrutar del sol con toda la impedimenta precisa. Colchonetas, tablas de bodysurf, gafas de sol, un enorme aparato de música, una mesa plegable y un termo de diez litros, completan hasta hacer exhaustivo el equipo playero familiar. Por fin, el último día el sol aparece. Los niños aún sanos lo celebran, se organizan los preparativos para ir al tan deseado lugar con mar y arena. El día empieza mal porque la falta de rutina ha hecho que todos se acuesten tarde, y tarde se levantan, perdiendo así una mañana preciosa de sol. La distribución del material adquirido provoca la primera disputa, la falta de aletas para todos degenera en una nueva pelea, hay gritos, arañazos, llamadas al orden. El día transcurre, y cuando por fin toda la familia se dirige a la playa el sol ya no está, primero porque ya no es su hora y segundo porque han vuelto las nubes y con ellas la humedad, y con ellas la lluvia. Llover sigue sin llover en la playa del antes lector, que ahora yace unos segundos varado en la arena y contempla como el mar se lleva libro y silla, mientras concluye que ya no terminará jamás esa novela. Un instante después otra ola hace que entre agua salada en su boca ahora abierta y ese detalle menor parece hacerlo despertar, y de un respingo se levanta rebozado en arena y se dice casi en voz alta: Creo que ya va siendo la hora del gintonic.

XLIV

SI YO RESPIRO TIEMBLA CARTAGO

Mauricio Catalán cree conocer los entresijos de la vida, por injustos que sean suelen tener explicación, y esa explicación no elimina la injusticia, pero sí la hace comprensible. Pero ahora, hace apenas un segundo, acaba de ocurrirle algo extraño. Mientras pensaba en esa chica que no quiere verlo porque siempre llega tarde, caminando por la Castellana, ha dado una calada profunda a su cigarrillo negro como su conciencia, y un instante después ha visto cómo salía una bocanada de humo de un respiradero del metro, y es que por él respira el metro y todos quienes a él se suben. Catalán sabe que no existe relación aparente entre su gesto de inhalar y la expulsión de otro aire por otro conducto, pero no deja de pensar que entre los dos hay una extraña relación de causa-efecto.

Elena Lamestre lleva tres días sin ir al baño. Al principio ha podido ser por despiste, es cierto que tiempo no ha tenido, lleva varios meses maldiciendo su sino, su programa cotidiano fijado por otros, su falta de alternativas. Quizás convenga aclarar para los muy escrupulosos que al baño no ha ido a hacer aguas mayores ni tampoco menores, ducharse se ducha cada mañana, se lava los dientes al menos dos veces por día.

Terminada la jornada laboral, Mauricio Catalán ya está en casa, adosado de la sierra con hipoteca de por vida, y se dirige a la puerta para sacar la basura, vestido con el chándal que es el uniforme del reposo cotidiano. Deja la bolsa en el cubo y cierra éste, y en ese mismo instante, como si un resorte las hubiera accionado, se abren de golpe las contraventanas de la casa de enfrente. Mauricio sabe que no hay relación aparente más allá de la temporal, entre el cierre de su basura y la apertura de las contraventanas, pero esa sucesión de hechos y el recuerdo del humo lo llevan a deducir que algo han tenido que ver.

Cuando transcurre una semana entera sin evacuar ni sólidos ni líquidos, rompiendo con ello todos los registros médicos al efecto, la cara de Elena es ya un poema, su vientre, un globo aerostático. Para entonces la omisión ya no puede achacarse a un despiste, a una falta de tiempo, a un descuido. Para entonces la única explicación verosímil es que Elena o su subconsciente han decidido no evacuar y con ello hacerse notar, mostrar al mundo que la pobre no tiene tiempo ni siquiera para hacer la tarea más simple, la más cotidiana, la que en principio no obedece a nuestra propia voluntad, pues tiene sus inercias propias.

Con el paso de los días, Catalán comienza a pensar que cada uno de sus actos produce un efecto en apariencia absurdo, y no ya en el terreno moral sino en el físico, por muy extraño que resulte. Así, si pisa en el suelo de la calle al salir a ella, ve cómo inmediatamente alguien levanta su pie del suelo para seguir caminando, si bebe de su café en el bar de la esquina, ve como traga quien a su lado tiene, si se coloca su gorra cuando va a ver a su sobrino al fútbol, comprueba cómo un espectador se quita la suya

para limpiarse el sudor de la calva. La vida es una concatenación de reacciones, le dice un día sudando él a su amiga Susana, mientras la invita a almorzar, y pasa a desgranarle la lista completa de sus preocupaciones. Quien pasa a tener preocupaciones y de las serias es Elena Lamestre, tras quince días ha tenido que ser ingresada en un hospital, lo que es un acto natural ha tenido que ser provocado, y los médicos están ahora dedicados a averiguar las causas, las físicas parecen en principio descartadas. Pero hay alguien que no parece compartir preocupación alguna, ni de su pretendiente tarado ni de una Elena Lamestre a quien no conoce, y ese alguien es Susana, que no bien termina de escuchar el delirio de Mauricio Catalán, ha decidido dar por terminada la charla. Gracias por el almuerzo, Mauricio, dice levantándose de la mesa. Eso sí, no me llames más, no vaya a ser que pase algo, añade al despedirse, y en sus palabras no parece atisbarse un solo ápice de ironía.

XLV

AGUA SIN NUBES, TRAMPA CON FIN

La carrera de impostor de Mauricio Lanza comenzó con una equivocación en el aeropuerto de Santiago de Chile. El hasta ese día viajante de comercio ejerció entonces con acierto de profesor de derecho, y además le tomó gusto al vértigo de hacerse pasar por quien no era, al fin y al cabo cualquier cosa era más interesante que su propia vida. Médico famoso, torero retirado, vendedor de seguros con letra pequeña, en los siguientes años fue todo eso y más, suplantando a quien eso hacía, sirviéndole de poco a la víctima el que el impostor no hablara su idioma o ejerciera profesión distinta a la suya.

Los pronósticos del tiempo descartan por completo que vaya a llover ese día en Alburquerque, y por una vez todos confían en la predicción, y no porque crean que saben de lo que hablan, y sí porque el cielo azul y el aire seco y detenido otorgan a las nubes la condición de quimera, hacen del agua un líquido embotellado más, y no un elemento natural que puede venir del cielo.

La peligrosidad del juego en el que se había metido la entendió Mauricio Lanza demasiado tarde, las puertas estaban ya cerradas para salir, y ocurrió cuando decidió hacerse pasar por un padre de familia alemán, y todo por cumplir con una apuesta en la que sólo él era candidato a ganador o perdedor. Tras volar de Madrid a Munich, se dirigió en tren a una localidad pequeña y próxima, y allí se fue al primer barrio que vio, y en éste se metió al azar, con el corazón palpitando, en el domicilio de la familia Kahn, donde saludó a la señora de la casa con un beso en la mejilla y dijo en un perfecto alemán: He tenido un día de perros, ¿cómo estás tú, cariño?

Cuando una lluvia torrencial empieza inundar las calles de Albuquerque con su jubilosa y líquida alegría, los lugareños salen a la calle a recibirla con alborozo pero también con inquietud, nadie ha visto al cielo nublarse, nadie ha percibido la humedad antes de mojarse. La fuerza de la lluvia impide que nadie mire al cielo, y cuando cesa de pronto de caer agua, como si alguien hubiera apagado el grifo para ahorrar, el cielo al que todos miran vuelve a estar azul inmaculado, siendo la mácula la nube que todos asociamos al agua de lluvia.

Diez años después de su entrada triunfal, Mauricio Lanza seguía viviendo con su nueva familia alemana. El azar había querido que la señora fuese viuda, y aceptó al impostor de inmediato y sin hacer preguntas, por mucho que no fuera su enorme y bávaro marido y sí un español calvo y bajito con aires de ex seminarista. Mauricio asumió la impostura hasta hacerla verdad, y se hizo cargo de forma impecable de la educación de los hijos, con el rigor y tesón que su nueva nacionalidad imponía, y ejerció con tal perfección su papel de padre alemán, que dos nuevos vástagos nacieron en los años siguientes, tan rubios y recios como sus hermanos. Hoy es un perfecto padre de familia, instalado en la mediocridad de la que pretendía escapar con sus engaños, pero a veces la vida es así, nos sorprende cuando ya parecía que no podía hacerlo, también los ciudadanos de Albuquerque siguen saliendo a la calle siempre que llueve, para comprobar con estupor como las nubes brillan por su ausencia.

XLVI

NO HABRÁ SIDO POR FALTA DE GANAS

Los oníricos sueños, los estivales veranos o las oxidadas herrumbres, nos revelan cuán difícil nos es librarnos de nuestro propio yo, a veces no lo logramos ni aun mediando compañía, añadiendo adjetivos. Tobías Manglano sentía de forma permanente esa imposibilidad, era consciente cada minuto de su vida de todo lo que no podía ser, limitado estaba a su triste mismidad.

Tras años de dudas, decisiones irrevocables y arrepentimientos inmediatos, María Salobre acometió la siempre postergada empresa de suicidarse. Los caminos de la vida

se habían agotado para ella, expresión que viene a querer decir que ya no encontraba ningún motivo para seguir viviendo. La sucesión de fracasos convertida en regla general de su existir no iba a interrumpirse en esa su última aventura, y al arrojarse desde el sexto piso donde vivía, el toldo de una tienda de productos ortopédicos le salvó la vida, procurando al negocio no sólo la sombra exigible a su condición de toldo, si no además un nuevo cliente para la empresa, pues silla de ruedas precisa quien, como la cucaracha, ya no puede caminar.

Las estudiantas lámparas, las calles fatigadas, los áridos camellos, nos están diciendo a su modo que uno puede también tomar propiedades del entorno, enriquecerse con lo adyacente, nutrirse de lo ajeno. Tobías Manglano lo descubrió una mañana gris y desde entonces comenzó a aplicarlo a rajatabla, al fin y al cabo robar, que es a lo que dedicó su vida, no es cosa distinta a nutrirse de lo ajeno, a tomar propiedades del entorno, a enriquecerse con lo adyacente.

Cuando María Salobre supo que la silla en la que se desplazaba provenía de la tienda cuyo toldo había malogrado su suicidio, comprendió que los caminos de la crueldad no sólo son inextricables, son también infinitos. Comprendió también que estaba condenada a vivir, pues ni suicidarse podía. Pero para sorpresa de todos, la constatación de la imposibilidad de poner fin a su vida, lejos de sumirla de nuevo en la depresión la libró de ella, dándole a su existir un inexplicable baño de tranquilidad y sosiego.

Los caramelos amargos, las brujas hermosas, la revolución institucional o los honrados próceres, dan a entender en su conjunto que en realidad se puede ser uno y lo contrario, que la contradicción está en la misma esencia de las cosas. Tobías Manglano lo advirtió ya instalado en el mundo del crimen organizado, pues la misma persona tierna y adorable que amaba a su mujer y a sus hijos y era capaz de mostrar una exquisita sensibilidad, asesinaba a sangre fría, mandaba matar a su mejor amigo sin pestañear. Así, entendida y digerida su condición, vivió feliz Tobías Manglano, como serena y alegre lo hizo María Salobre, pues es el asumir la realidad aquello que nos permite vivirla plenamente.

DI LO QUE PIENSAS, HAZ LO QUE DEBES

Tras casi cuatro meses de asedio, cansados quienes querían entrar y exhaustos los lugareños que trataban de impedirlo, asaltantes y asaltados decidieron darse una tregua, que lo fue por cuanto los asaltantes dejaron de disparar durante dos días, y los asaltados no repelieron la agresión por cuanto agresión no había.

Hay veces que la cara no es el espejo del alma, ni siquiera su imagen, a veces una cara dulce pertenece a un alma homicida, y la mejor de las personas gasta rostro de asesino en serie. Al parecer, y pese a que los retratistas infundieron a su rostro el aire de guerrero atroz que alguien de su hoja de servicios requería, el mítico Atila tenía cara de osito de peluche, unos mofletes rojizos y una mirada lánguida invitaban al afecto y no al temor, al abrazo y no a la huida.

Con el tiempo para pensar procurado por la falta de actividad bélica propiamente dicha, el alcalde de la pequeña villa encaramada en un monte sin verde pidió hablar con el jefe del destacamento enemigo. En el resto del país la guerra proseguía su curso sangriento y absurdo, aunque en la zona donde se encontraba el pueblo asediado los combates habían cesado y era tiempo de rendición.

La madre Teresa de Calcuta tenía el rostro ajado por las muchas horas al sol, pero también una mirada torva y un gesto áspero que en nada reflejaban su bondad infinita. Ni siquiera el hábito cambiaba esa primera y terrible impresión, y las personas que iban a recibir su ayuda no podían dejar de pensar que algo malo iba a sucederles sin remedio.

El alcalde acudió al encuentro con el ánimo dispuesto a ceder pero con la estrategia de no mostrar esa disposición, pues ello implicaría una debilidad que iba a perjudicar su posición a la hora de negociar las condiciones. El jefe enemigo quería también llegar a un acuerdo, cansado estaba él y cansados estaban sus hombres, ya nadie quería proseguir esa lucha sin avances, pero finalmente también él optó por no mostrar sus cartas para no dar señales de flaqueza. De la fatal conjunción de las dos actitudes iba a resultar la ruina, que empezó con fracaso total de la reunión. Y así, sin que nadie quisiera en verdad seguir matándose, se sucedieron los combates, se avanzó par luego retroceder, y al cabo de un año, cuando ya la guerra había terminado hacía ya meses en todo el país, los invasores entraron en el pueblo agotado y hambriento, ocuparon sus casas, fusilaron a quienes encontraron sin hacer prisioneros, instalaron el odio para siempre entre los supervivientes, escondidos en cuevas, aparecidos tras seis meses de cautiverio. Y todo por no actuar en su momento, también a Florencio Martínez le hubiera bastado hablar con esa voz atiplada y suave para que no lo tomaran por un asesino, pero calló, y el rostro depravado que había heredado de su abuela paterna condujo a la policía a tomarlo por el homicida que andaban buscando, y dispararon sin preguntar, a alguien con esa cara no se le dan nunca segundas oportunidades.

XLVIII

LA CARA, EL ALMA Y LOS ESPEJOS

Una mañana, mientras se maquillaba para acudir al trabajo, Heather Weetaker se dio cuenta de que el espejo le devolvía una imagen de su rostro distinta de la habitual. Desde que un día descubriera a un hombre con su cara en la Capilla de los Reyes Magos del Palazzo Medici Riccardi, Weetaker se había dado de bruces con su propia faz en los lugares más extraños, leyendo un cómic, viendo una película alemana, hojeando un diario deportivo. Y ahora, cuando ya se había acostumbrado a ese fenómeno paranormal y lo había asimilado como una de esas rarezas de la vida carentes de toda explicación racional, el único medio capaz de proyectarle sus propios rasgos, el espejo, había decidido cambiárselos sin avisar.

Como nadie en la oficina le dijo que su aspecto hubiera cambiado, Weetaker se olvidó del incidente matinal, pero la ducha vespertina previa a una cena de trabajo la obligó a enfrentarse de nuevo con el espejo, para de nuevo no reconocerse en él. En el restaurante acudió al baño preocupada y comprobó que no sólo el espejo de su casa distorsionaba su cara, al parecer todos los espejos hacían lo mismo. Al subir del baño le preguntó a su jefe si la notaba cambiada. Tan guapa como siempre, contestó él con una sonrisa y añadió: tal vez un poco como ausente, en lo que era sin duda una manera de afearle la conducta, dada su escasa contribución al buen desarrollo de la cena.

La fotografía y el video, utilizadas en los días siguientes, no consiguieron devolver a Heather Weetaker su rostro, y sí lograron sumirla en la más profunda desesperación, y desde entonces evitó mirarse al espejo cuanto pudo. En Semana Santa cambió su caribeño destino previsto por Florencia, y allí acudió al Palazzo Medici sin siquiera pasar antes por el hotel. Pagó su entrada, dejó su maleta a una empleada, espero la cola, y al entrar se dirigió directa al lugar donde había encontrado por primera vez su cara, con la extraña esperanza de que también ella hubiera cambiado. Un grito histérico escandalizó a los turistas y mostró su disgusto, el grito de quien comprueba que ha perdido para siempre sus rasgos, que su verdadero rostro ya no está en ella misma si no en una de las paredes de la Capilla de los Reyes Magos del Palazzo Medici Riccardi, y

no puede y a verse cada día en el espejo, si no sólo en Florencia, pagando una entrada, y con tiempo riguroso de estancia para que los turistas no se aglomeren, y así pueda cada uno de ellos contemplar esa maravilla del Renacimiento con el espacio suficiente, con la precisa perspectiva.

XLIX

LA GRAVEDAD ES LEY

Pensar que saldrá bien es otorgarle a la suerte la facultad que no tiene, aleatorio es arbitrario pero posible, no hay espacio para el triunfo cuando no hay más posibilidad que la derrota. Entonces ya no es apuesta, faltan el juego y el azar, la emoción y también la sorpresa, y nos resta tan sólo la constatación de lo inevitable, si no podía ser de otra forma, no hay forma de que sea cosa distinta a lo ya esperado. Yo deseé con todas mis fuerzas ser la Reina de la Primavera del Instituto, ese premio debía ser para mí y no para esa masa de carne a quien llaman Melissa Duncan, la más fea de todas las feas, la más ambiciosa de quien no tiene más atributo que la ambición. Pero en verdad el premio no podían concedérmelo ni en broma, yo no me presenté al concurso de Reina de la Primavera, y si no te presentas no pueden votarte, y todo por que un año eligieron a la tímida Doris O'Hara sin ella quererlo, y la corona debió pesar tanto sobre su cabeza que se arrojó de un sexto piso y no pudo lucirla más.

En la caída sí interviene la incertidumbre, aunque el gato de los del tercero saltaba a la calle como quien se baja de la cama, estiraba las piernas y volaba sin la mirada de inquietud del riesgo al accidente. Pero un día le cayó a Don Valentín, el alcalde de mi pueblo, sin más intención que la de agarrarse a algún sitio, y mi pueblo es Maderuelo, como era de Don Valentín la cara arañada y anciana. ¡Anarquista!, le gritó Don Valentín al pobre gato, y desde entonces el animal de uñas no siempre escondidas pasó a ser

Durruti para todo el pueblo, y en las fiestas, cuando soltaban en la plaza a una vaquilla, lo tiraban al albero para que demostrara su capacidad de salto, o más bien su habilidad para caer sin dañarse, pues no iba él al ruedo por propia iniciativa, como si fuera un espontáneo en busca de su oportunidad.

Melissa ganó y ya no hay quien lo remedie, llorar ahora es demostrar impotencia, también un grado de arrepentimiento, de asunción de la propia estupidez, debía haberme presentado, pero el miedo al fracaso pudo más que las ganas de ganar, y ahora es ella quien sale con Ed Wilson, el capitán del equipo de baloncesto, y yo aun me quejo, y he roto la revista del instituto donde ambos aparecen sonrientes y de la mano. Saber que fue culpa mía no ha logrado aliviarme, a veces el conocer las causas de nuestras angustias no sirve para que desaparezcan, es más, ayuda a alimentarlas, pues termina por convencernos de nuestra incapacidad absoluta, de nuestra imposibilidad real para ser siquiera medianamente felices.

Dicen que son siete, pero Durruti debía haber ya consumido las otras seis, la de la guerra y otras cinco, cuando lo arrojaron desde el campanario para que batiera su propio registro, y fue desde el campanario porque ése era el lugar más alto del pueblo. Esta vez no le cayó en la cabeza a don Valentín, ni siquiera lo arañó, esta vez se dio de bruces contra la piedra sin que nada amortiguara la caída, y murió como se dice en el acto, en ese acto que consistía en tirarlo del campanario, y además de forma inmediata. ¡Bárbaros!, gritó Doña Casilda, la presidenta de la cofradía, y no al gato y sí a los de la peña El Tiburón, autores del salvaje crimen del animal doméstico, acusados no sin razón de impudencia temeraria. ¡Tírate tú si tienes agallas!, remató Doña Casilda con su vocabulario de almoneda, señalando con el dedo al responsable máximo de los escualos, quien pretendía justificar su conducta con la excusa de las fiestas y las necesarias actividades de esparcimiento que éstas generan.

Supongo que habrá quien quiera decirme lo mismo que Doña Casilda a su paisano, pero les anuncio que yo no voy a tirarme, saltar al vacío como Doris O'Hara, pues morir por Ed Wilson es morir por nadie, y además ahora salgo con Freddy Mulligan, es feo y con gafas pero me hará madre rica y con descapotable. Y si esto no bastase, tirarse de un sexto piso es tentar la suerte, tropiezas con la ropa tendida de los del quinto y terminas rompiéndote sólo un brazo y las dos piernas, y viene a verte Melissa al hospital, y te regala la corona, y ahí tienes que añadir el bochorno al dolor, sumar a la falta de ganas de vivir, la imposibilidad de dejar de hacerlo.

NO SERÉ YO QUIEN LE LLEVE LA CONTRARIA

Tres años y veinte días después, y cuando su destino parecía ya marcado por la elección de un lugar de vida tan reducido, Marco di Bari salió sin que nadie lo llamara del baño de caballeros del aeropuerto de Fiumicino, donde había permanecido encerrado sin intención de hacerlo. Tras sacar dinero de un cajero automático, cogió un

taxi y le pidió que lo llevara a su casa, Via Nizza 25 en el barrio Trieste, sin saber si su esposa todavía seguiría viviendo allí.

Un hombre recibe todos los días un correo electrónico que le anuncia chicas gratis, y contiene la curiosidad por miedo al virus, como quien elude un contacto sexual por temor al contagio. Al séptimo mes de diario bombardeo la curiosidad lo puede, abre el correo y ante él aparece un mosaico de fotos. Dirige al azar con su ratón la flecha hacia una de los retratos del medio, presiona el ratón con el índice y con suavidad, y la pantalla del ordenador se llena con la fotografía a cuerpo entero de su hija mayor, desnuda, y en actitud bien distinta a la que gustaba en la estática estampa de su boda en Acapulco.

El recorrido hasta Piazza Fiume hizo que Marco se reencontrara con su ciudad, el tráfico intenso le permitió obtener del taxista información sobre lo ocurrido en los años del retrete, cambio de gobierno, fichajes de los equipos de fútbol, guerras, atentados. La ciudad seguía como siempre, tres años no son nada en la vida de Roma, en otra ciudad puede ser una eternidad, aquí, eterna es la ciudad ya lo sabemos, no son más que un suspiro.

El espanto inicial del cibernauta fue seguido de una reacción curiosa, pues de forma metódica, el oficinista cibernauta fue abriendo cada una de las cincuenta fotografías restantes, aunque en ellas no encontró ninguna otra foto de su hija, ni tampoco de las otras dos que junto con tres varones conformaban su numerosa familia. Al terminar el recorrido, volvió a la foto de su hija para comprobar que no era una pesadilla, y para su sorpresa se encontró con una rubia oxigenada entrada en carnes, que en nada se parecía a su primogénita. Una a una abrió de nuevo el elenco completo, comprobando con satisfacción que todo había sido una alucinación, derivada sin duda de las muchas horas frente a la pantalla.

La llegada a casa de Marco di Bari fue menos emotiva de lo esperado, o igualmente emotiva pero con una emoción distinta de la prevista. La buena noticia era que su mujer seguía viviendo en la casa que el padre de Marco les regaló, y su rostro era el mismo, quizás un poco más ajado pero igual. La mala noticia era que no estaba sola, un turinés de aspecto patibulario estaba sentado en el sofá viendo la televisión, y al llegar no mostró la sorpresa de su mujer y siguió indiferente contemplando su programa favorito.

Desde el día en el que creyó ver a su hija en la página prohibida, el hasta entonces ímprobo trabajador dedicó casi todas las horas de la oficina a bucear en páginas porno de la red, con la insana certeza de que tarde o temprano volvería a encontrarse con la foto de su hija, a quien desde ese primer día apenas pudo mirar a la cara. La obsesión terminó por costarle el empleo y provocar el divorcio, y cambió Turín por Roma, para vivir arrejuntado con una mujer a quien su marido había abandonado hacía tres años sin preaviso. Cuando un día el marido volvió, Francesca di Bari comenzó a golpearlo, presa de un ataque de histeria. Te buscamos por todos lados, no sabes lo que me has hecho pasar, eres un desgraciado, fueron algunas de las palabras que se le escaparon entre sollozos. Marco no opuso resistencia, y al cabo de cinco minutos los gritos cesaron, los arañazos también y Francesca se le abrazó sin por ello dejar de llorar. He estado todo este tiempo en el baño de caballeros del aeropuerto de Fiumicino, no me preguntes por

qué, no sabría qué contestarte, dijo al fin Marco. Francesca se separó de su hombro, se secó las lágrimas, y tras echar un vistazo al nuevo inquilino de su casa y sofá, le dirigió a su marido una mirada donde no había rencor y sí un punto de sana curiosidad. ¿Y por qué no te vuelves?, le dijo tras vencer la vergüenza.